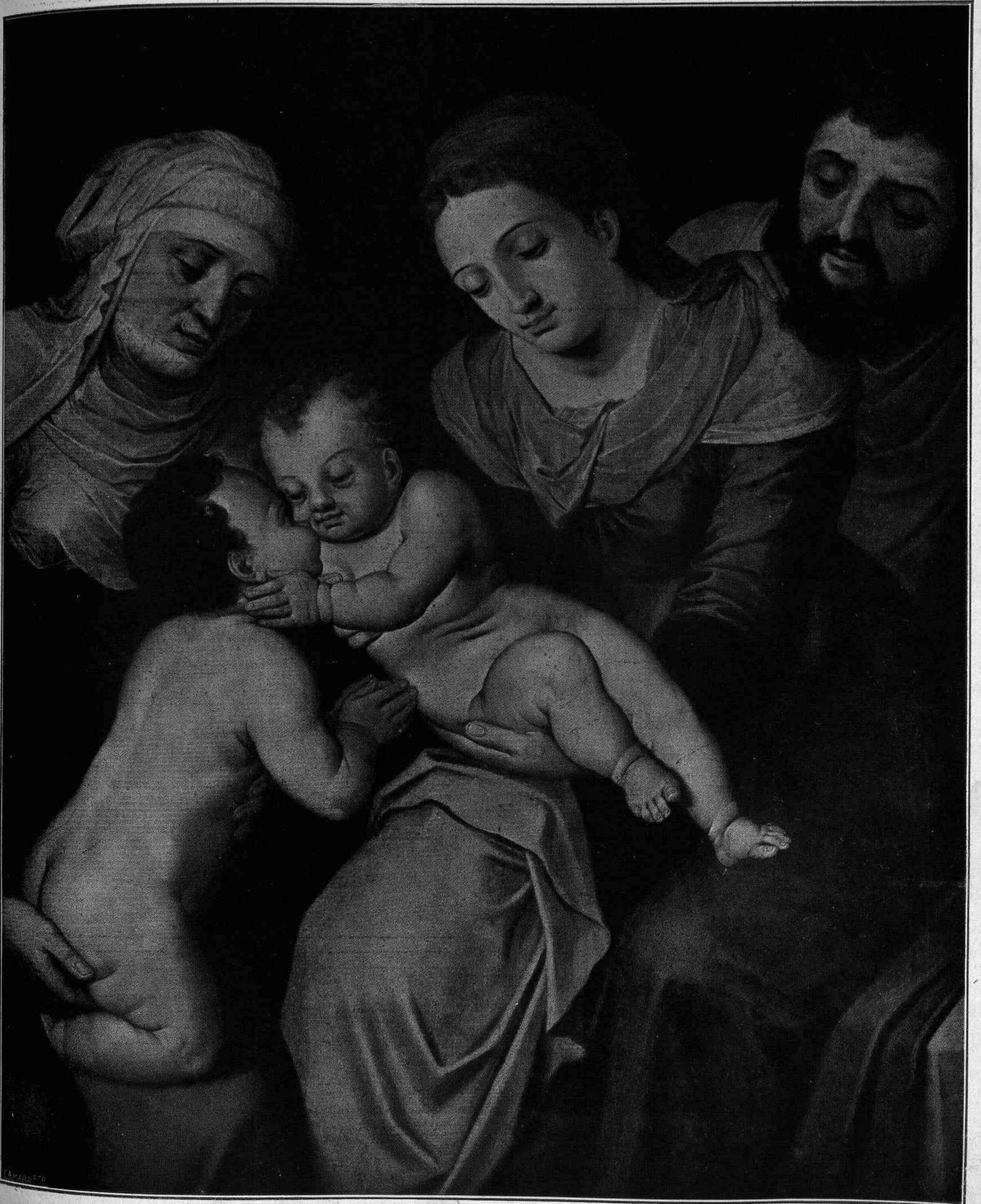


La Esfera

Año VII • Núm. 359

Precio: Una peseta



LA SAGRADA FAMILIA, cuadro de Crispín van den Broeck, que se conserva en el Museo del Prado

ALMACENES DE JOYERIA Y PLATERIA

FERNANDEZ Y VEIGA.-Esparteros, 16 y 18, Madrid. TELÉFONO 2.529 M.
Pagamos su valor por brillantes, perlas y toda clase de alhajas.
:-: Grandes existencias en objetos para regalos, vajillas, bandejas y orfebrería :-:

ANCOLE
DE ENTREMÉS, DE CAZA, DE CAMPO
Y DE VIAJE, LO MEJOR DE TODO...
SARDINAS FINAS
MARCA
"LAS NOVEDADES"

EL MEJOR POSTRE
Carne de membrillo
JUSTO ESTRADA
PUENTE GENIL

LA BIEN
PAGADA

ÚLTIMA NOVELA
DE

"El Caballero Audaz"

:: EN TODAS LAS LIBRERÍAS ::

J. C. WALKEN

FOTOGRAFO

16, Sevilla, 16

PRENSA GRÁFICA

SOCIEDAD ANÓNIMA, EDITORA DE

☐ "LA ESFERA" ☐ "MUNDO GRÁFICO" ☐
"NUEVO MUNDO"

Oficinas: Hermosilla, 57, Madrid.—Teléfono 5-9

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

La Esfera

MADRID Y PROVINCIAS.....	Un año	40 pesetas
» »	Seis meses.....	22 »
» »	Tres »	12 »
EXTRANJERO	Un año	60 »
»	Seis meses.....	35 »
PORTUGAL	Un año	45 »
»	Seis meses.....	25 »

Mundo Gráfico

MADRID Y PROVINCIAS.....	Un año	15 pesetas
» »	Seis meses.....	8 »
EXTRANJERO	Un año	25 »
»	Seis meses.....	15 »
PORTUGAL	Un año	18 »
»	Seis meses.....	10 »

Nuevo Mundo

MADRID Y PROVINCIAS.....	Un año	19 pesetas
» »	Seis meses.....	10 »
EXTRANJERO	Un año	30 »
»	Seis meses.....	16 »
PORTUGAL	Un año	22 »
»	Seis meses.....	12 »

VIGOR SALUD

rápidamente

obtenidos



con el uso del

VINO DE VIAL

Por su acertada composición

**QUINA, CARNE
LACTO-FOSFATO de CAL**

es el más poderoso de los tónicos.

Conviene a los convalescientes,
ancianos, mujeres, niños y todas
las personas débiles y delicadas.

EN TODAS LAS FARMACIAS.

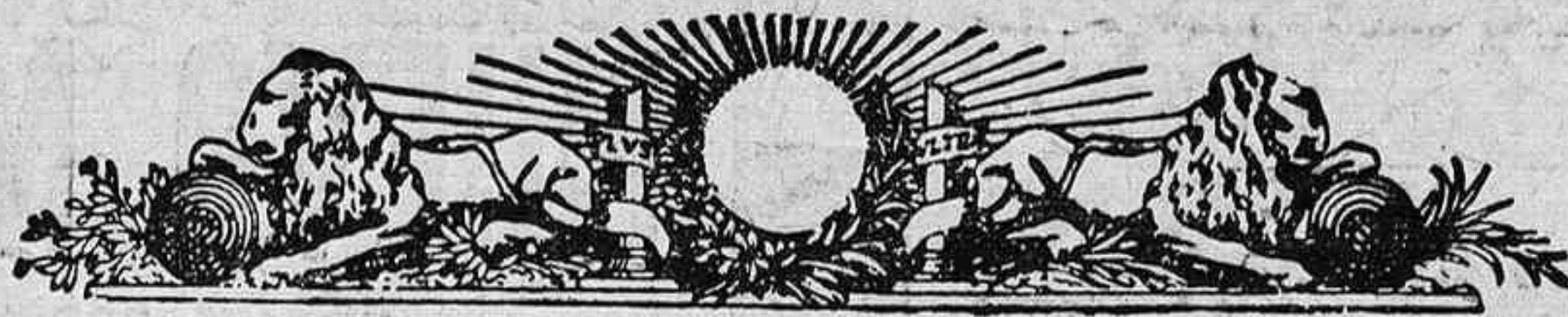
Dr. Bengué, 47, Rue Blanche, Paris.



De venta en todas las farmacias y droguerías.

SE VENDEN los clichés usados en esta Revista.
Dirigirse á Hermosilla, número 57.

EL



SOL

Es el único periódico de España
que ha conseguido el exclusivo
derecho de publicación de la se-
rie de artículos

RUSIA EN LAS TINIEBLAS

que acerca del país moscovita
ha escrito el gran novelista inglés

H. G. WELLS

El próximo y cuarto artículo se
titula

EL ESFUERZO CREADOR DE RUSIA

y aparecerá en

EL SOL

correspondiente al domingo 21 del actual.

Van publicados:

PETROGRADO AGONIZANTE

En EL SOL del domingo 31 de Octubre.

NAUFRAGIO Y SALVAMENTO

En EL SOL del domingo 7 de Noviembre.

**LA QUINTA ESENCIA
DEL BOLCHEVISMO**

En EL SOL del domingo 14 de Noviembre.

Lea usted

EL SOL

16 grandes páginas.

Completa información de todo el mundo.

20 céntimos.



Meccano es el mejor juguete del mundo para los niños.

MECCANO

Induzca Vd. á su niño á hacer uso de su inteligencia y de sus manos para construirse él mismo sus juguetes. Cada niño puede construir con Meccano centenares de modelos realmente efectivos de acero brillante. Torres, con verdaderos ascensores, Automóviles, como el automovil ilustrado aqui, que puedan correr, Gruas para alzar pesos reales, Telares para tejer corbatas y cintas verdaderas, Tornos para

tornear tiradores de puertas.

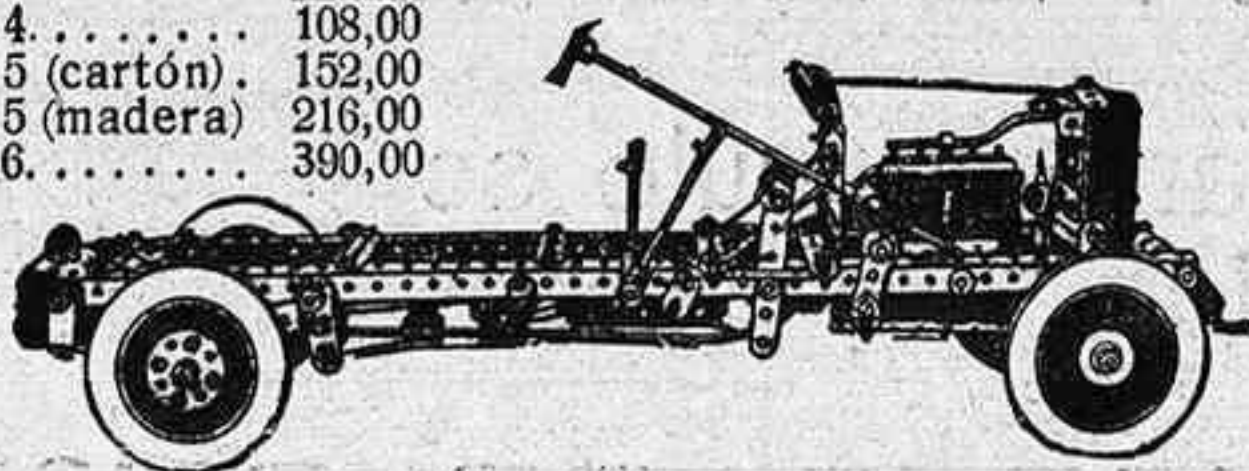
Porque cada pieza Meccano es una verdadera pieza mecánica en miniatura, su hijo de Vd. aprende la ingeniería, mientras que juega. Los modelos construidos por él son de construcción correcta y tienen una apariencia maravillosamente real.

Construir con Meccano es deliciosamente fácil é infinitamente encantador. No se necesita ninguna habilidad ó estudio.

Dé Vd. un Meccano a su niño como aginaldo.

PRECIOS:

	PESETAS		PESETAS
Equipo núm. 0.	13,00	Equipo núm. 4	108,00
» » 1.	21,50	» » 5 (cartón)	152,00
» » 2.	43,00	» » 5 (madera)	216,00
» » 3.	65,00	» » 6	390,00



Para otras informaciones y literatura descriptiva, dirigirse á nuestro agente:

Sr. JOSÉ PALOUZIE, Serra Industria, 226, Barcelona, Dept. núm. 3

Lea usted los viernes

NUEVO MUNDO

REVISTA POPULAR ILUSTRADA

Número suelto: 40 cénts. en toda España

TÉ ENDVAR es una delicia al paladar



Se admiten suscripciones y anuncios para esta revista en la

Librería de San Martín

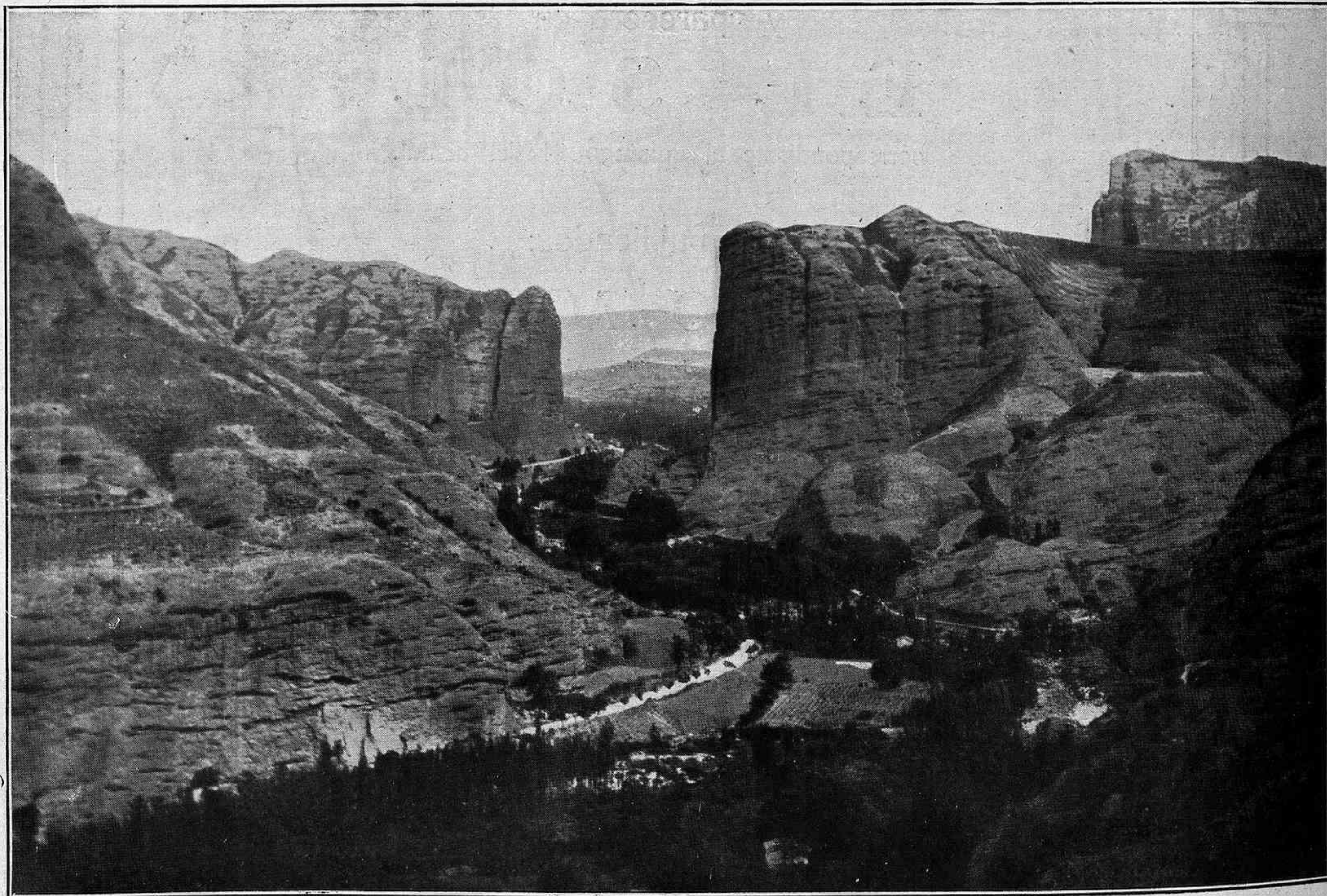
Puerta del Sol, 6

MADRID

ALFONSO

FOTOGRAFO
6, Fuencarral, 6

PANORAMAS DE ESPAÑA



La carretera de Soria á Logroño, vista desde Viguera

FOT. PÉREZ RODRÍGUEZ

POR TIERRAS DE VIZCAYA



Un típico caserío de Vasconia

FOT. SATUÉ



ENCICLOPEDIA

UNIVERSAL ILUSTRADA EUROPEO-AMERICANA

ESPASA

Hijos de J. Espasa, editores. **BARCELONA**
Calle de Cortes, 579 y 581

Es la obra mejor ilustrada del mundo.—Ha obtenido el primer premio en todas las Exposiciones á que ha sido presentada.—Se adquiere á precios módicos y con toda clase de facilidades.—Se suscribe en las principales librerías y centros de
:: :: :: suscripción de España y América :: :: ::

La crítica, que le prodiga elogios sin tasa, reconoce con rara unanimidad que está muy por encima de todas las publicaciones de su género,
así españolas como extranjeras

Un ligero examen de cualquiera de sus tomos es aconsejable antes de adquirir un diccionario enciclopédico

Un desastre que pudo ser evitado



apagando a tiempo
una cerilla.

No descuide usted su padecimiento, que fácil y oportunamente puede ser vencido de modo radical, imposibilitando graves complicaciones. Para casos de **NEURASTENIA, ANEMIA, DESNUTRICION**, etc., el más rápido **RECONSTITUYENTE** es el jarabe de

HIPOFOSFITOS SALUD

Aprobado por la Real Academia de Medicina :: 30 años de éxito creciente

AVISO: Rechace usted todo frasco donde no se lea en la etiqueta exterior **HIPOFOSFITOS SALUD**, impreso en tinta roja. En la Argentina pídase "HIPOFOSALUD"

Agentes para la venta.—*En la República Argentina:* Iglesias, Bidón-Chanal y C.ª, Moreno, 661 y 663, Buenos Aires.—*En Venezuela:* Eliseo de Aramburu, Coliseo á Corazón de Jesús, 48, Caracas.—*En Cuba:* De venta en las principales farmacias y droguerías.—*En Panamá:* Gervasio García, Avenida Central, 68, Panamá.—*En Filipinas:* Martini Drug Co Inc. P. Moraga, 29. Tel. 535, Manila.—*En Colombia:* J. M. y N. E. Acosta Madieto, Progreso, 5, Barranquilla.—*En Chile:* Eduardo Liminana, Santa Victoria, 350, Santiago de Chile.—*En Puerto Rico:* José Combas, Apartado 182, San Juan.—*En Méjico:* F. García Castelló, Avenida República El Salvador, núm. 50, Méjico.

La Esfera

Año VII.—Núm. 359

Madrid, 20 de Noviembre de 1920

ILUSTRACIÓN MUNDIAL



LA DAMA DEL HALCÓN

Cuadro original de Manuel León Astruc

DE LA VIDA QUE PASA

UN AUTOMÓVIL LLEGA AL LUGAR

HEMOS acabado ya? ¿Los hemos visto todos? El candidato trata de ensanchar con los dedos el cuello de la camisa, que le oprime. Se enjuga el sudor, y se resigna. Ya que no el pan, tendrá que ganarse la elección con el sudor de su frente. Pero, ¡si fuera la frente nada más! Todo él suda y transpira como en un baño ruso. Puede decirse que lo que menos le suda es la frente.

—No. ¡Qué hemos de acabar! Nos faltan seis pueblos. Por tres de ellos no podemos pasar. Sería peligroso. Los otros tres no nos perdonarían el olvido. Y, sobre todo, ¡falta Requejón! Vienen á ser ciento cincuenta votos.

Hay que ir, por lo tanto, á Requejón. Trepada el automóvil. Se le oye gruñir, en la vasta y desierta planicie manchega, como un ogro de muy mal humor. Y luego arranca por un mal camino de carros que no se acaba nunca; á veces arenal, á veces junquera; ni una sola, por casualidad, prado. Pero siempre bajo la espléndida luz del sol que encendió la imaginación de Alonso Quijano y que, por lo visto, ha perdido ya toda su virtud, pues no llega á inspirarle un adarme de ilusión á este candidato.

—¡Si es igual!... No sé por qué vamos... Hubiera sido más cómodo mandar al administrador.

Toda aquella carrera por el desierto parece que no se ha organizado para ir en busca de la voluntad popular, sino para encontrar un almuerzo. No hay pueblos. No hay mesones ni paradores. No se ve una casa ni una veleta. El candidato tiene hambre. El diputado provincial que le acompaña tiene hambre y sed. El secretario va irritado. El chófer lleva una cantimplora de aguardiente, y á su luz sabe encontrar el camino, cuando se pierde en la igualdad de los terrones grises, ó cuando le borra, á ojos de forastero, la reja del arado. Una hora, dos, no se sabe cuántas... Al divisar á lo lejos la desmochada torre de Requejón, el chófer suena la bocina... Le contestan, muy sorprendidos, unos cerdos.

Y ya está el automóvil del candidato dentro del lugar, en las eras, seguido de muchedumbre de chiquillos, y mirado de través por los votos probables. Baja primero el diputado provincial, que es quien conoce allí las palabras mágicas; luego, el secretario, y, por último, rojo,

apoplético, ventrudo, magnífico de poder y de grasa, baja el candidato. Desde el primer momento procura sonreír. Pero, ¿á quién? No hay nadie. Los electores se reservan. Es necesario ir á buscarles.

Cuando dan con Júpiter, con el Olimpo del lugar, y con todo el *Deus est machina*, parece que entran secuestrados. Misteriosamente, forman con ellos el conciliábulo. Son caras duras,

magras, secas, recién afeitadas y casi todas cejijuntas. ¡Terrible aspecto tiene en aquel rincón del mundo la cabeza del Cuerpo electoral! El candidato, un poco temeroso, se atreve á sonreír. El secretario prepara sus argumentos. Y empieza el trato...

Pero, ¡qué nos importa á nosotros cómo y por cuánto se lleva la política de Requejón! Lo esencial es el automóvil. Allí ha quedado en medio de la plaza. Una nube de muchachitos, vestidos de hombres, le rodean. Jamás se ha presentado en ningún paraje del planeta una máquina maravillosa que produzca tan vivas emociones como aquel coche reluciente, que no lleva caballos, en los chicos de Requejón. Primero empezaron por mirarlo de lejos, con el respeto que infunde lo desconocido. Luego, llegaron á tocarlo con la punta de los dedos... Si el chófer le hacía retemblar, se iniciaba una desbandada, contenida bien pronto por un sentimiento de curiosidad y de entusiasmo. ¡De entusiasmo, sí! Los chiquillos veían y tocaban el milagro hecho, no carne, sino hierro.

—Venga usted, anústé—le decían.

—¿Dónde se come en este pueblo?—preguntaba el chófer.

Y los muchachos le llevaban de un lado para otro, sólo por el placer de verle marchar. ¡Placer frenético, que promovía gritos, disputas, golpes, por adelantarse unos á otros para encontrarse en un minuto siquiera junto al ídolo misterioso! ¡Placer nuevo, joven, immaculado!... ¡Placer que sólo se tiene una vez en la vida, y que ya no volverán á tener, hasta que llegue otro candidato en otras elecciones, los muchachos de Requejón!

Salió el grupo. El secretario preguntaba también:

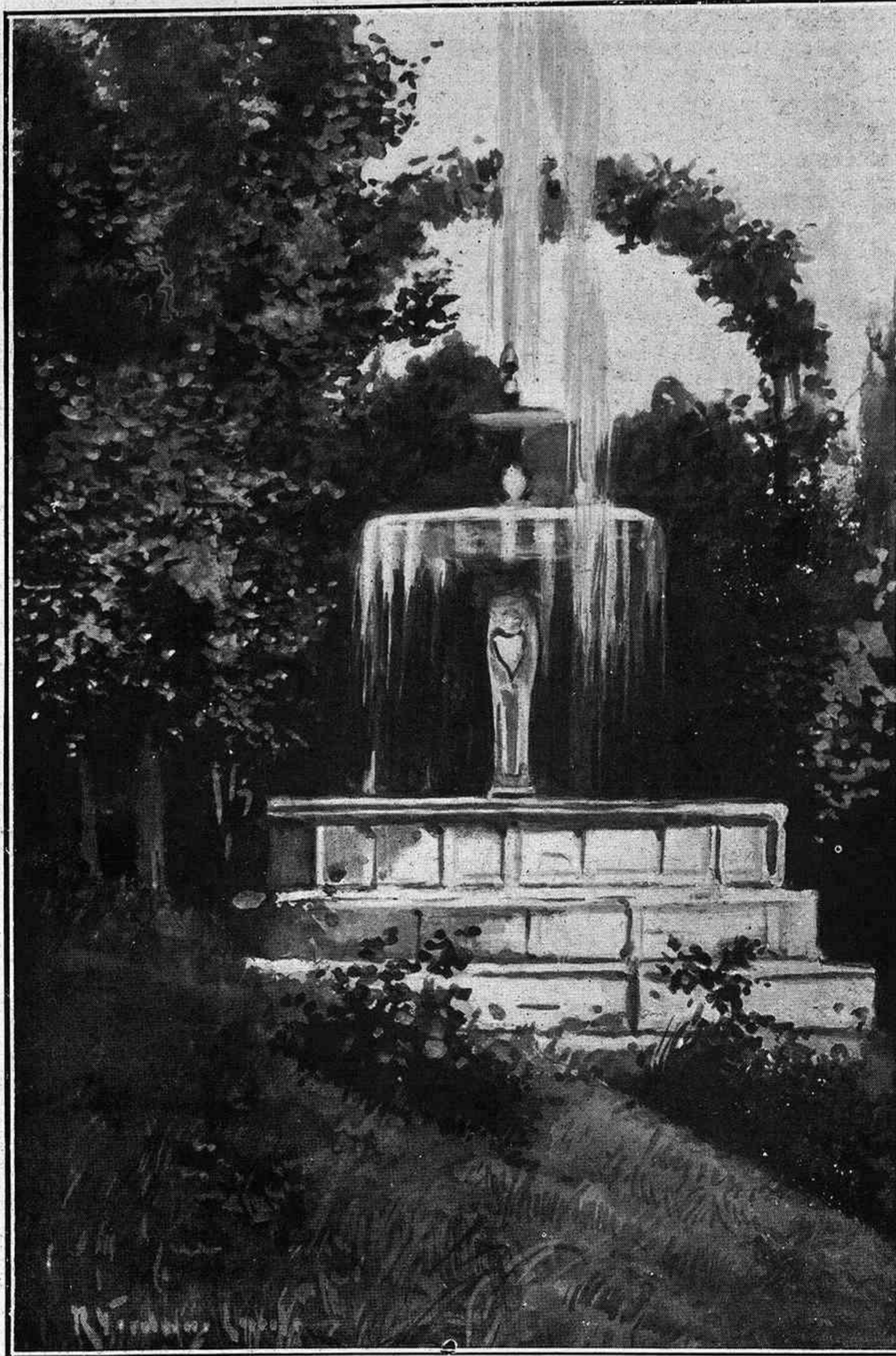
—¿Dónde se come en este lugar?

El candidato miraba á un lado y á otro, como un pez fuera del agua, como un pez que se ahoga.

—¿Dónde?...

Pero su guía le arrastró al automóvil. Los secuestradores necesitaban verle marchar; que no hablara con nadie, que no se interpusiera nadie. Otra vez al camino, con hambre y con sed, sin enterarse de que en aquel viaje electoral lo de menos eran los ciento cincuenta votos que se llevaban, y lo importante la aparición del automóvil.

JARDÍN DE ENSUEÑO



Del aromado jardín galante brota la esencia de un madrigal, cálido beso de un tierno amante para la musa de su ideal. Jardín de ensueño—paz y ventura—, la luz fulgente filtra sus rayos en la espesura y, en homenaje, dora el ambiente lírica gama de los colores; jardín risueño, donde Cupido tejió entre flores el dulce nido de sus amores.

Todo belleza, todo armonía; las aves cantan su melodía; la clara linfa de la fontana es alegría que se desliza, que se desgrana, y es himno al triunfo de una mañana de poesía. Como el perfume de amante anhelo que al Cielo sube, diáfano y puro, sin una nube, preside el Cielo.

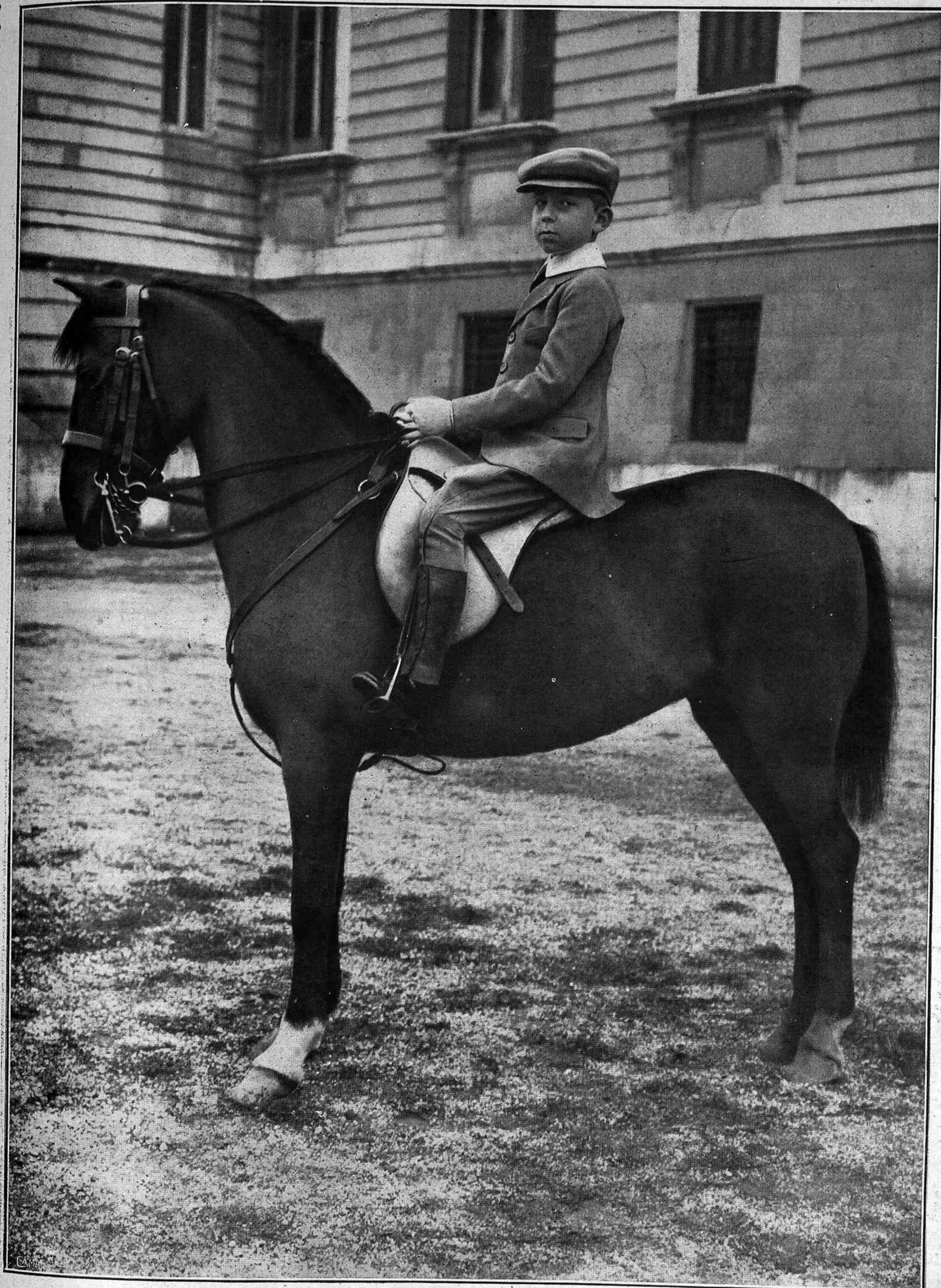
Por la enramada

—que un viento suave mece y no agita— discurre, lenta y acompasada, gentil pareja que allí, en la fronda, se dió la cita para jurarse ferviente amor, y suspirando su amor se aleja... Flota en el aire, como una queja, vago rumor; como ironía de la aventura, ríe y murmura la clara linfa del surtidor.

Federico GIL ASENSIO
DIBUJO DE VERDUGO LANDI

Luis BELLO

LOS HIJOS DE LOS REYES

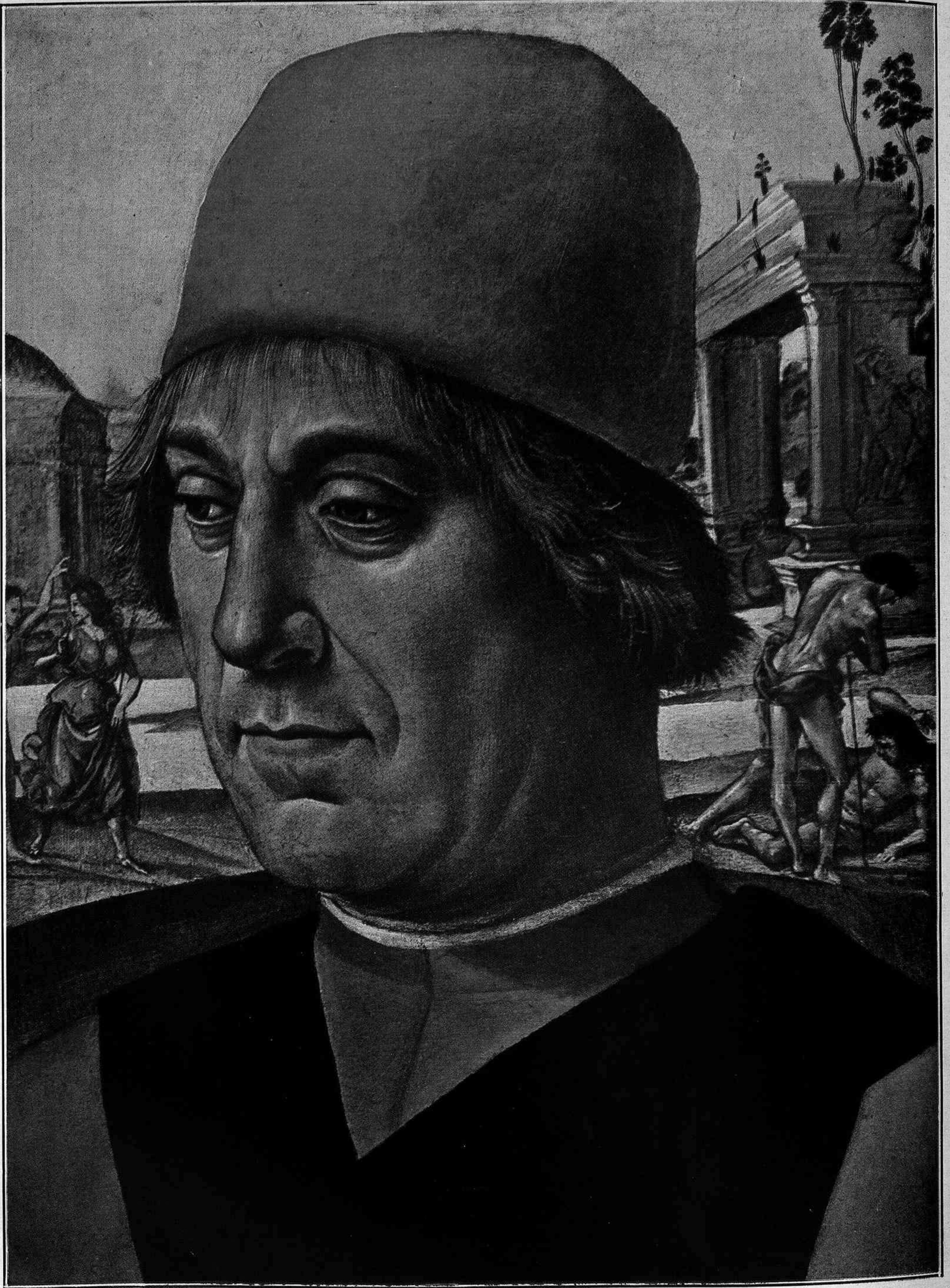


S. A. R. el Infantito Don Juan, en su caballo favorito "Diana II", durante uno de sus paseos

FOT. MARÍN Y ORTIZ

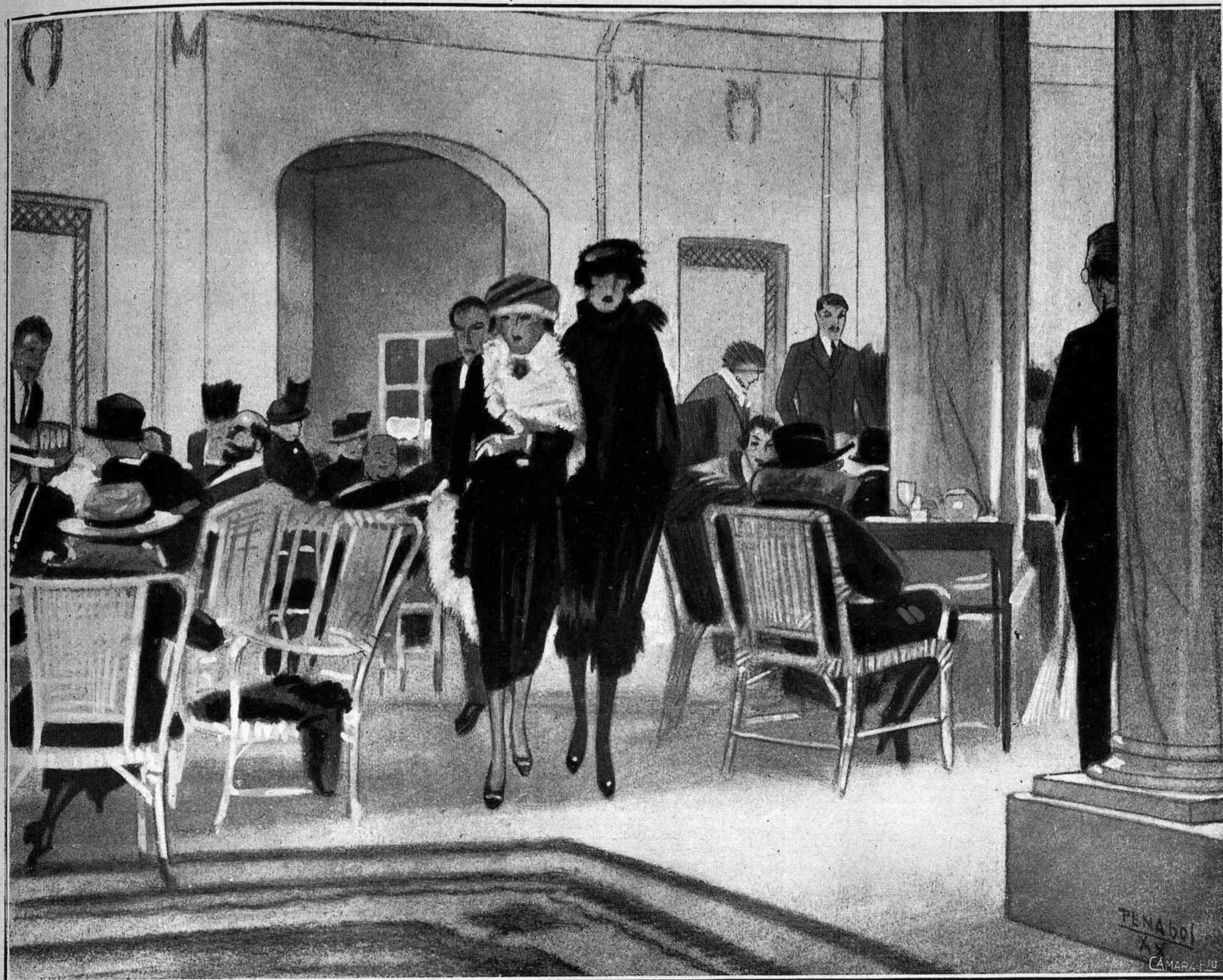
LA ESFERA

LA PINTURA ITALIANA



RETRATO DE HOMBRE, cuadro original de Luca Signorelli

LA ENIGMÁTICA DEL PALACE HOTEL



AQUELLA mujer, alta, morena y ondulante en sus lujos negros, desplegaba, al pasar, una extraña inquietud de misterio. Sobre su rostro perfumado—un perfume inconfundible y sin nombre—hervían las miradas y los cuchicheos ajenos.

Nunca sonreía con la herida vermellón y circunflexa de su boca; nunca el fulgor hondo de sus niñetas cambiaban, en el afecto de un saludo ó la curiosidad furtiva de otra *toilette* femenina, su mirada lejana y melancólica. El rostro cálido, que las patillas largas enmarcaban anguloso, le florecía en lo alto del talle esbeltísimo de su cuerpo. Sus trajes, sus abrigos, sus pieles, sus sombreros—tantos, tan fraternos y tan adaptados á la innata distinción de su carnal euritmia—, tenían una suprema distinción allí donde difícil era destacarse en la cotidiana feria de elegancias.

Alguna vez la acompañaba una muchachita menuda, con el pelo de oro pálido, de oro enfermo, con ojos de malaquita y labios carnosos, que siempre debían estar tibios. Al lado de la línea altiva y sombría de la enigmática, aquella insinuación vernal de la otra, clara como sus sonrisas, y sus telas, y sus piernas, que recogían los brillos de las luces y los deseos mudos de los hombres, aumentaba el misterioso encanto.

Pero casi siempre iba sola, en un lento paso que no era desdeñoso, pero que contenía las audacias del piropro; ó se sentaba en un sillón cerca de los Boldi; apagaba con los párpados el fulgor obsidiano de sus pupilas, y en la doble y cígneá línea de sus brazos desnudos parecía reptar el alma vaga de las vagas músicas...

En torno suyo la rotonda tenía esa fuerte sensación de bienestar que sugiere siempre. De un alegre estímulo en las mañanas; de una turbulencia mundana y festera en las tardes; de una languidez nostálgica á las altas horas de la noche...

La rotonda del Palace es como el corazón del

Hotel. Un corazón pagano, siempre encendido de pasión, por donde pasan recuerdos femeninos, y al que se asoman femeninos rostros de la quién sabe nueva aventura.

En las mañanas, las mesas están raramente ocupadas. Los hombres de negocios, estos hombres recios, musculosos, que hacen pensar en los protagonistas de Berstein, se desayunan y mordiscan el primer puro del día. Se encuentran distintas mujeres: las envejecidas de las vigiliás locas, y las frescas, regocijadas, del madrugón feliz. Del techo, de cristal florido, la luz del cielo se tiende con discreto optimismo.

En las tardes, los mismos hombres, las mismas mujeres, y, además, tantas figuras que antes de la guerra Madrid sólo conocía de verlas, inmóviles é inaccesibles, en las páginas de la *Gazette du Bon Ton*, de la *Vogue*, y que ahora le son tan familiares en las horas fugitivas y vesperales, bajo el cristal florido, dorado por la luz de abajo, entre las columnas enormes, y en las charlas, frívolas, que flotan sobre las armonías brincadoras, americanizadas, de los Boldi.

En las noches, cuando ya han terminado las cenas y han empezado los teatros, la rotonda recobra su calma de las mañanas, con los hombres recios y las mujeres un poco desencantadas. Entonces el violín de Boldi suena como nunca, en una evocación romántica de la lueñe Hungría.

Y era entonces cuando más dueña del Hotel parecía aquella mujer.

Se sentaba cerca de los músicos, cerraba los ojos, tendía sus brazos, desnudos, sobre las combas blandas del butacón, y su cuerpo parecía tremer de apasionada entrega.

Alguien, intrigado por el enigma de su vida, convivió muchos días en el Palace. No se resignó á las fiestas mundanas de los vésperos, ni á buscarla en la suave laxitud de la noche, cuando todavía el vie-

jo Boldi toca para sí, en una abstraída complacencia de remotos momentos.

Busca, además, esos furtivos encuentros en la sala de escribir y de lectura, en el ascensor, en los pasillos, enormes, que hacen pensar en la vida errante y fastuosa de los grandes transocéánicos.

Pero siempre respetuoso, cohibido por aquella sensación de orgullo y de vida propia que sugería la enigmática.

Una noche, embrujados los tres por el hechizo de la música—el violinista, la mujer morena, el galanteador galante—, fué ella quien le habló. Boldi, bajo sus cabellos grises, hundido el mento en la caja sonora de su violín, les sonreía. ¡Había visto nacer así tantos amores, y acaso brotados de la misma mujer, en los otros grandes hoteles del mundo!

Y, sin embargo, el que quisiera ser galán, no tenía en el rostro la sonrisa triunfal, ni ella le miraba al hablarle. De la herida bermeja y circunflexa caían las palabras como si no la importase ser oída más allá de sí misma. No aceptaba un nuevo cortejo; evocaba algo ya remoto y ceniciento de tiempo.

Al día siguiente desapareció del Hotel. El *alguien*, más intrigado por el primer vencimiento, la buscó inútilmente.

ooo

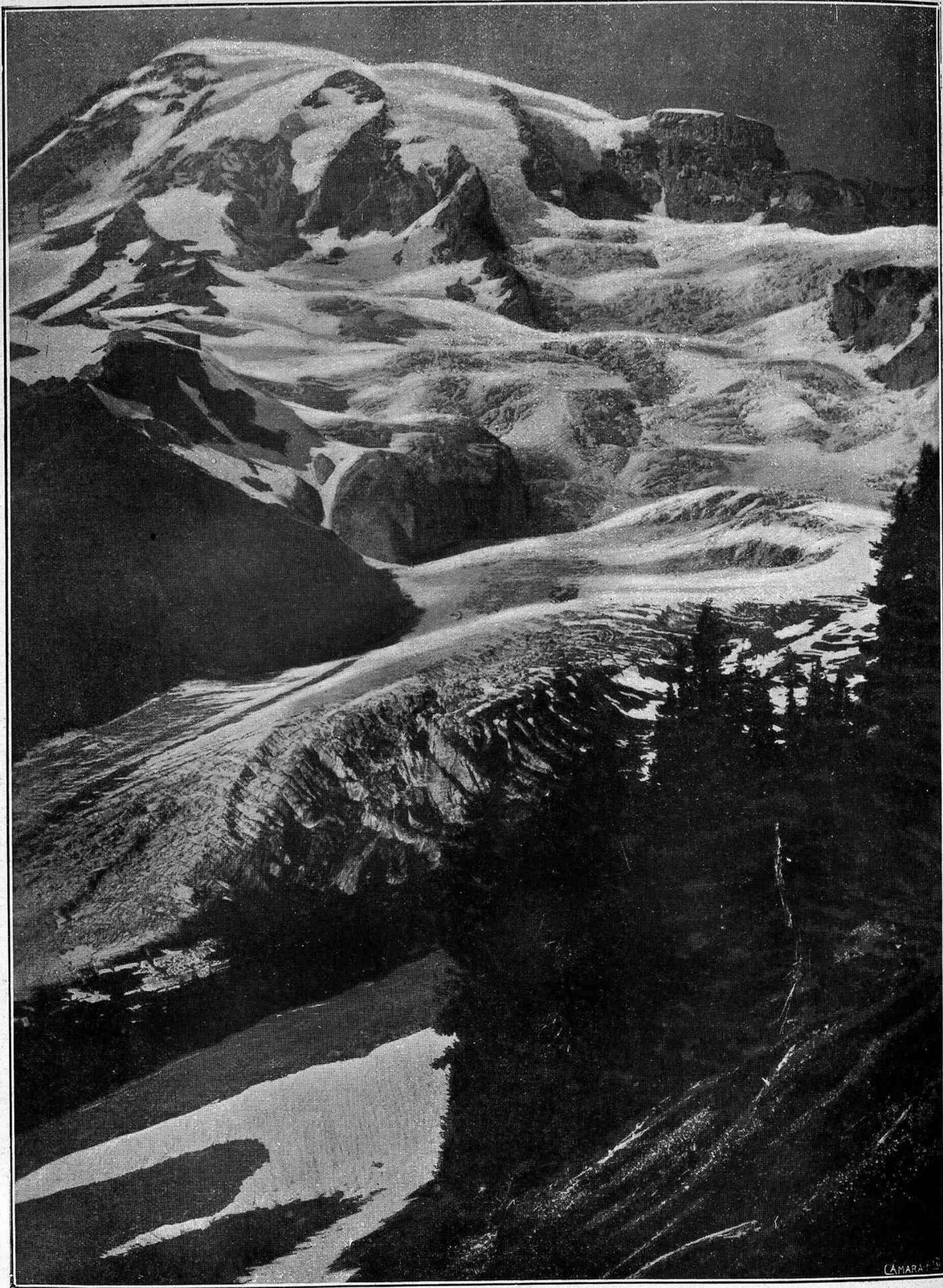
Han pasado los años. Terminó la guerra. Los Boldi tornan á tocar, en los festivales de las tardes, para embriagar de ruido armónico la inarmonía de las charlas, y en la calma de las noches, para acunar los espíritus que calculan jugadas bursátiles ó jugadas sentimentales.

Y de nuevo la mujer enigmática ha vuelto también, con su rostro moreno, sus miradas indiferentes y su cuerpo ondulante en los lujos negros.

FORTUNIO

DIBUJO DE PENAGOS

PAISAJES DE AMÉRICA



El monte Rainier, en los Estados Unidos

Una de las grandes bellezas naturales que poseen los Estados Unidos, es el Monte Rainier. Su cima alcanza la altura de 3.767 metros sobre la cordillera litoral ó Coast Range, en el territorio de Washington. En la parte más escarpada de la montaña se halla el ventisquero de Wisqually,

descubierto en 1792, tras penosísima y arriesgada ascensión, por el capitán George Vancouver. Fué denominado el escarpado monte *Mount Rainier*, en honor del almirante británico del mismo nombre. El turismo americano lo hace objeto de sus peregrinaciones.

CAMARAT

DEL MADRID
VIEJO

CALLES DE LEYENDA Y EVOCACIÓN

EN el corazón del Madrid viejo, ese Madrid encantado, que aún parece palpar con ritmos del tiempo de los Austrias, se esconde esta antañona calle del Rollo, fina, estrecha y retorcida, en cuyas piedras, rinconadas, rejas, paredes y balcones parecen dormir un eterno sueño de leyenda los días lejanos del siglo XVII, el siglo gallardo y español, que hizo ondear el oro y la púrpura de nuestra bandera sobre los más apartados rincones del mundo; el siglo de la capa y de la espada; el siglo del Rey galante y rimador, que abandonaba los graves asuntos de su Estado por el encanto de una comedia ó un madrigal, ó por el divino y fulgurante resplandor de unos ojos de mujer, mientras la Reina, triste y olvidada, hacía brotar en el corazón de un conde, poeta, aventurero y espadachín, la pálida flor de unos amores sin esperanza, flor tronchada, trágicamente, en un día triste que hizo nacer en el jardín de la vida cortesana la fragancia dolorosa de una purpúrea rosa de sangre...

Antañona calle del Rollo, empinada y angosta, silenciosa y centenaria, de rinconadas oscuras y siniestras, que parecen guarida de acechos y venganzas; calle de paredes tan juntas, que sólo dejan ver, entre el espacio de sus aleros, un jirón del cielo madrileño, de ese divino cielo de Madrid, intensamente azul y líricamente luminoso, que hace palpar á los corazones con desconocidos ritmos de alegría y de pasión; que hace estallar á las flores con nuevos y deliciosos perfumes; que hace florecer en las bocas femeninas, más encendidas y más fragantes, los musicales acentos de canciones y de risas; que hace vivir á todo con la mágica maravilla de su luz y su color...

¡Embrujador encanto el del viejo Madrid!... El alma de los tiempos pasados parece estar aprisionada entre las piedras de estas calles arcaicas, estrechas y serpeantes; de estos palacios, enormes y silenciosos, con largos corredores y anchurosas estancias, que hacen surgir, en la noche, medrosos contornos fantasmales; de estas plazas, quietas y solitarias, evocadoras de escenas siniestras y cuadros sombríos; de todos estos rincones y lugares que el tiempo y la fantasía fueron envolviendo en hechizados ropajes de conseja, de encanto y de tradición...

Estas viejas y silenciosas calles de Madrid fueron forjadas por la cálida imaginación de poetas y de artistas, en yunques de leyenda y evocación. El alma encuentra embrujados jirones legendarios y mágicas huellas evocadoras en las paredes, casi unidas, de estas calles; en sus rinconadas oscuras, que hacen pensar en el brillo cegador de dos espadas cruzándose en un desafío á muerte; en sus rejas y balcones, que la señorita Primavera, al llegar, riente y triunfadora, del brazo del Príncipe Abril, esmalta con la estallante policromía de las rosas, perfumadas y espléndidas; de los claveles, encendidos y sensuales; de las violetas, diminutas y humildes; de los jazmines, blancos y fragantes...

En la quietud bruja de la noche, cuando la luz blanca de la luna ilumina estos divinos rincones con claridad de poesía y de misterio, tienen las viejas calles madrileñas un encanto que hace florecer el corazón en líricos jardines de quimeras y de ensueños. Ante el mago hechizo de estas horas de leyenda y evocación, nuestro ser parece despojarse de los lazos que le sujetan á la vida moderna, y en su lugar cree ajustarse al cuerpo los gregüescos y el jubón; cubrirse la cabeza con un sombrero, de roja pluma ondeante; llevar sobre los hombros una airosa capa, de amplio vuelo y bello color, que al andar flamease gallardamente, y ceñirse al cinto una espada reñidora, de filo cortante y afiligranada empuñadura... Junto á una reja creemos ver un hidalgo que rima al oído de una dama—¿Doña Sol, Doña Elvira, Doña Violante?—los versos de su triunfadora canción de amor... Del fondo de un portal, obscuro y tenebroso, parece surgir la figura arrogante del rey poeta, altivamente embozado en su capa y satisfecho de haber podido añadir una nueva perla, hermosa y codiciada, al collar de sus amos y aventuras... Y van naciendo, á la luz de la fantasía, escenas de encanto y de poesía, mientras un viejo reloj, lejano, va lanzando sus campanadas, lentas, graves y sonoras, que dicen al espíritu, medrosamente, de consejas, de brujería, de misterio...

El incesante correr de los tiempos fué tejen-



La calle del Rollo

do la historia de estas arcaicas calles de Madrid, con los hilos encantados de la leyenda. Sus tapias, sus enrejadas y sus rincones, fueron testigos de medrosos lances de misterio y de tragedia, que aún viven en los nombres extraños de estas callejas antañonas. En ellas parece que el tiempo se ha detenido, y que todo yace dormido silenciosamente, bajo el peso de la tradición. Sólo un hechizado corazón de leyenda palpita en estos lugares, en sus rinconadas misteriosas, en sus piedras seculares, en sus rejas esmaltadas de flores...

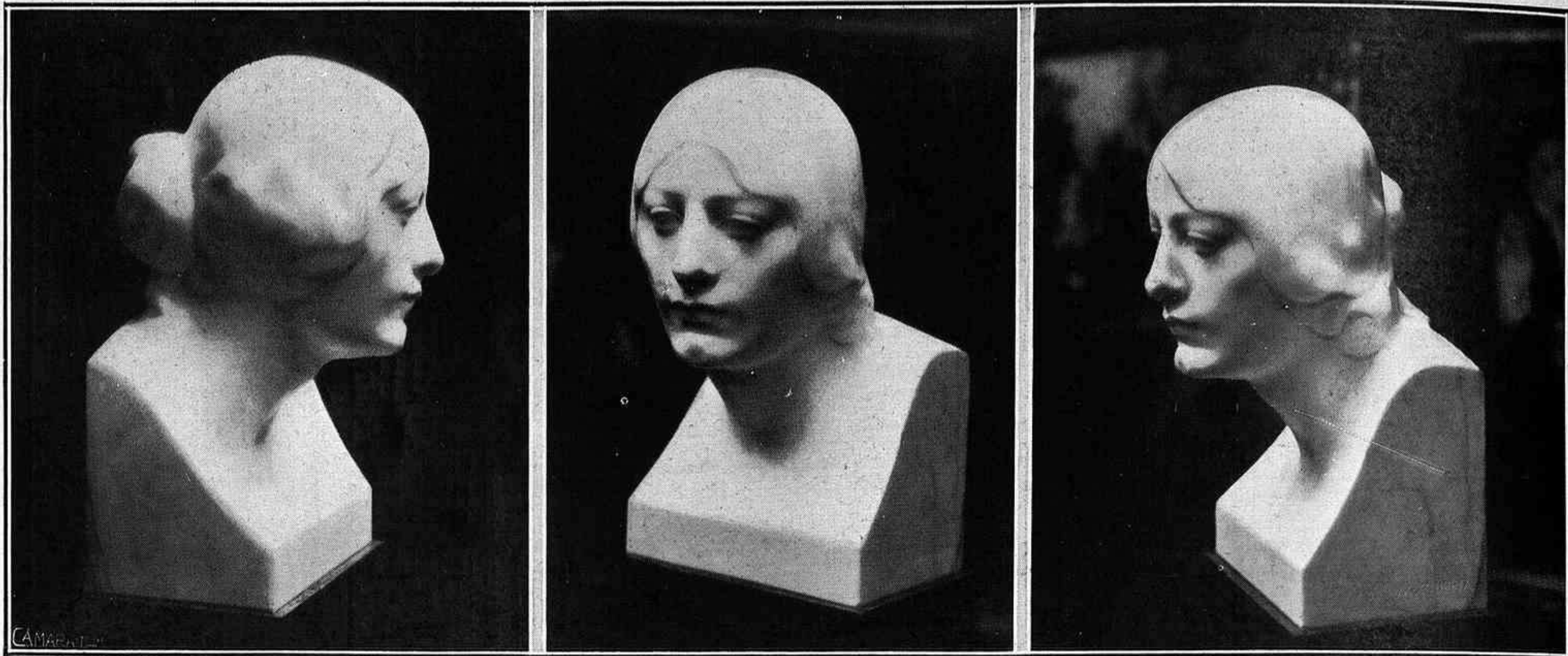
¡Calles del Madrid de antaño!... ¡Viejas calles, de evocación y de leyenda!... El encanto de los siglos que fueron, exaltados, luminosos y caballerescos, aún vive en ellas, en sus mansiones silenciosas y en sus recodos embrujados... El alma de los tiempos pasados renace, con todo su esplendor y toda su poesía, en estas viejas calles madrileñas, líricas, encantadas y evocadoras...

José MONTERO ALONSO

DIBUJO DE A. SÁNCHEZ



LA VIDA ARTÍSTICA
EL SALÓN DE OTOÑO



Tres aspectos de la escultura "Cabeza femenina", original de Mateo Inurria

II

DECÍAMOS en nuestro artículo anterior que la pintura de paisaje predomina en esta Exposición sobre la de figura.

El caso no es nuevo. Las Exposiciones Nacionales últimas ya nos habían mostrado esta misma superabundancia de paisajes, donde la calidad no siempre respondía á la cantidad. En el Salón de Otoño, sin medallas, sin preparación suficiente de los artistas—de suyo poco trabajadores los unos, poco estimulados los otros—, era lógico esperar este alud de paisajes, aumentado por la amplia aceptación hasta de las simples notas de caja pequeña que supone la sección de *Apuntes de viaje*.

De este modo, el ochenta por ciento de los cuadros son paisajes, donde hay de todas clases, tamaños y condiciones: desde *La ermita roja*, de Mir, y *Calle belga*, de Opsomer, propiedad del Círculo de Bellas Artes, hasta ciertos motivos para cromos de comedor hospederil, que sólo en una Exposición tan libre como ésta, donde nada se ha rechazado, podían exhibirse.

Y dentro de esos límites tan opuestos, el espectador ha sabido elegir, para su deleite espiritual, para su entrega emocional al alma de la Naturaleza, estéticamente interpretada, á unos cuantos lienzos admirables y á otros varios encomiables: las notas románticas del belga León Londot; el *Barrio del Cubillo*, de Gómez Alarcón, donde el ilustre paisajista obtiene plenariamente su conquista vibracional de la luz, iniciada sin total logro en su último cuadro de la Nacional; *La escala*, de Roberto Durant, revelador de una fina sensibilidad; *la Huerta de Pinedo*, de Manaut Vi-



"El garrochista", escultura original de Mariano Benlliure

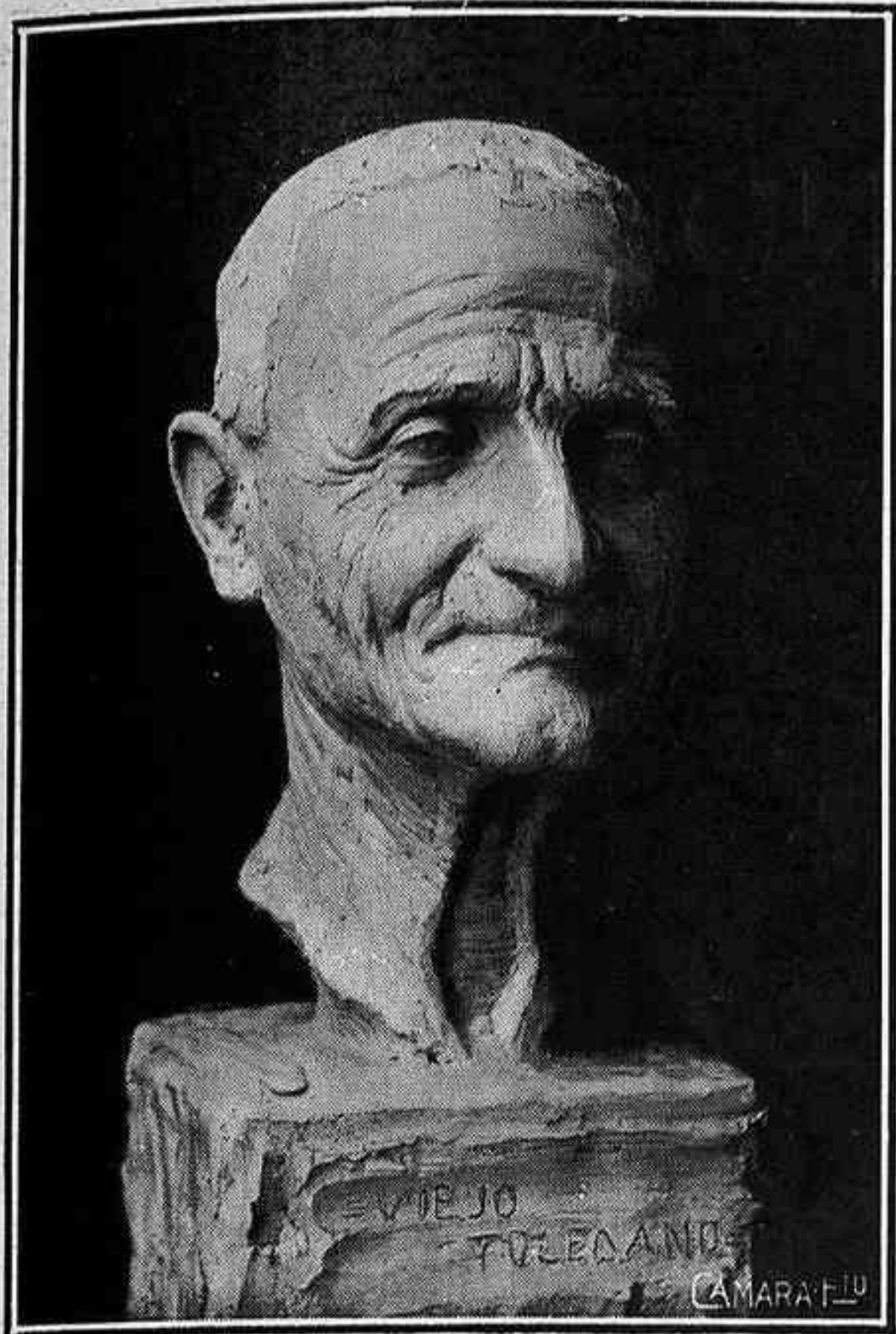
glietti, un poco agrio, pero audazmente compuesto y resuelto con vigoroso dominio de la perspectiva; *La Sierra*, de Igual Ruiz, que acusa toda la delicadeza, no exenta de energía profunda, del joven paisajista valenciano; *Por tierras de Extremadura*, de Adalardo Covarsi; *Hora romántica*, de María Pérez Herrero, tan sugeridor, tan pleno de unción meditativa como recientemente construido; *El solitario* y *Noche de estío*, de Núñez Losada, que ama las cumbres ingentes y los cielos puros de las alturas; la *Ermita del Cristo del Amparo*, del argentino Ernesto Riccio, y *Encrucijada de San Andrés*, del italiano Mignoni, orientados hacia un decorativismo rico y pomposo; *Ibiza*, de Santiago Martínez, tan simpático de color, tan orquestal de composición; *Un encerradero de ganado* y *Puesta de sol*, de Juan Espina; los dos *Ranchos*, de González Ibaseta; el *Otoñal*, del sevillano Molleja; la *Calle Alcalá*, de Andrés Cuervo.

Incluiremos en esta sección el *Interior de un convento de monjas*, de Alfonso Grosso, lienzo excelentísimo por todos conceptos, dotado de un encanto hondo y de una sabiduría técnica extraordinaria; y omitamos el comentario—por respeto á su merecido prestigio y á su juvenilidad eterna—de los envíos de Joaquín Mir.

En cuanto á la serie de apuntes, muy numerosos, hay estudios interesantes de Gómez Salvador—evocadores de Pinazo, padre, y de Sorolla—, de Castro Gil, Lafuente, Verdugo Landi, Gómez Mir, Espina García y Ribera.

ooo

Más reducida de méritos es la pintura de figura. Es ella la que manifiesta con mayor elocuencia la ineficacia del



"Viejo toledano", por Francisco de la Fuente

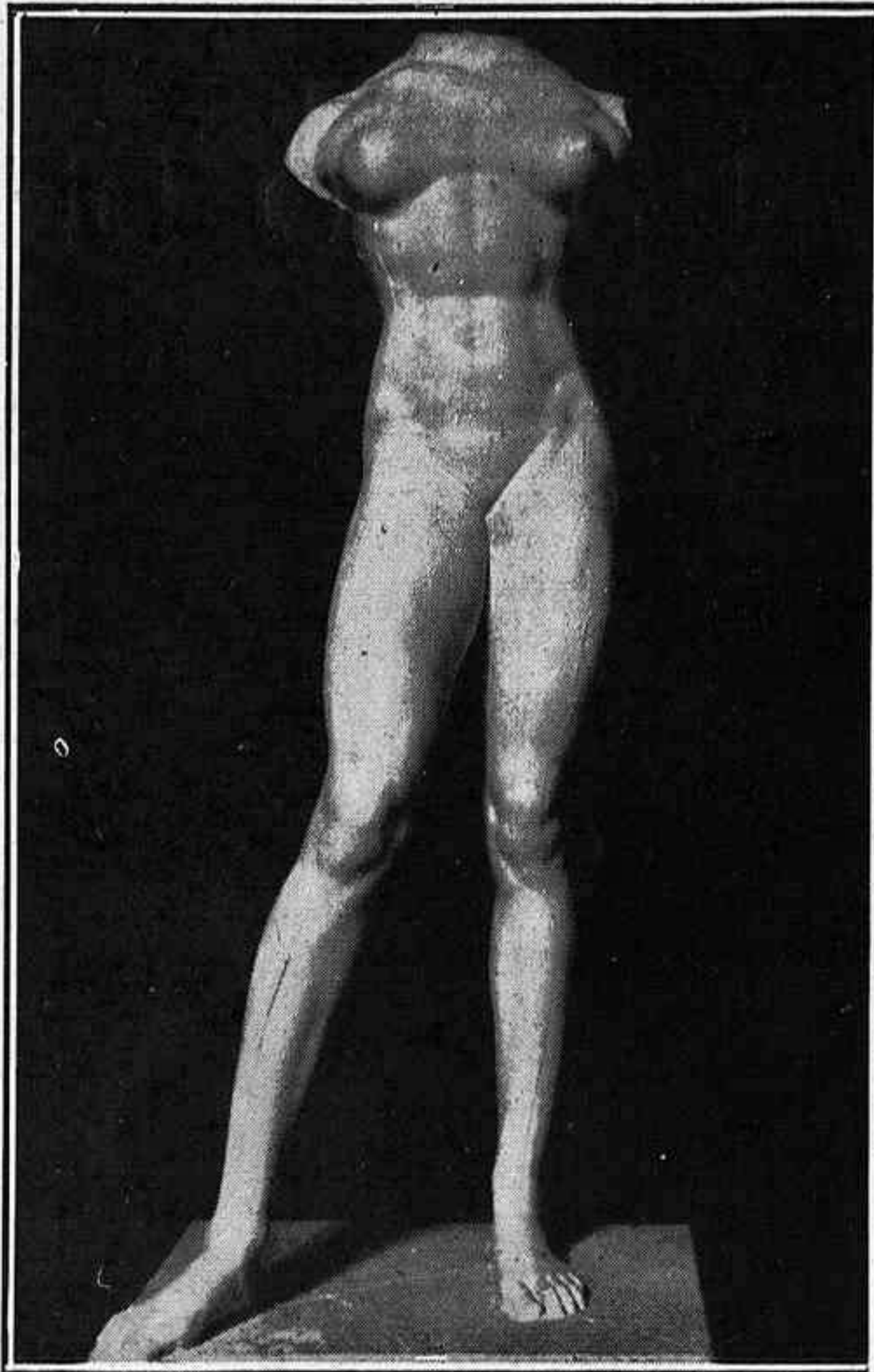
Salón de Otoño, tal como se ha entendido al principio; la necesidad de una reorganización en el Comité futuro, y de una inevitable selección, para que el exceso de obras mediocres, ó francamente malas, no dañe á las dotadas de cualidades positivas.

Ante todo se destacan los envíos de Daniel Vázquez Díaz y de Gutiérrez Solana.

El cartujo, de Vázquez Díaz, y *Las peinadoras*, de Solana, tan distintos de concepto y de finalidad, tan alejados de inquietud sentimental, son las sendas obras que mejor les definen á cada uno. Luego hay — en ellos siempre — los aciertos del apunte de la *Cabeza de Unamuno* y del espejo superior en *La tertulia del Café de Pombo*.

Dentro de la misma sala deben elogiarse los cuatro cartones de Enrique Ochoa, este inquieto, sagaz y exquisito artista, que habrá de ser uno de los pintores españoles más capacitados para toda clase de empresas estéticas, siempre de vanguardia; *Signorelli* y *Ecce Homo*, de Benjamín Palencia, de quien puede decirse algo parecido á lo que sugiere la inquietud y el deseo renovador de Enrique Ochoa.

Fuera de esta sala, más allá también de la fulgurante de los polacos y sus afines, encontramos, un poco desperdigados, los retratos de

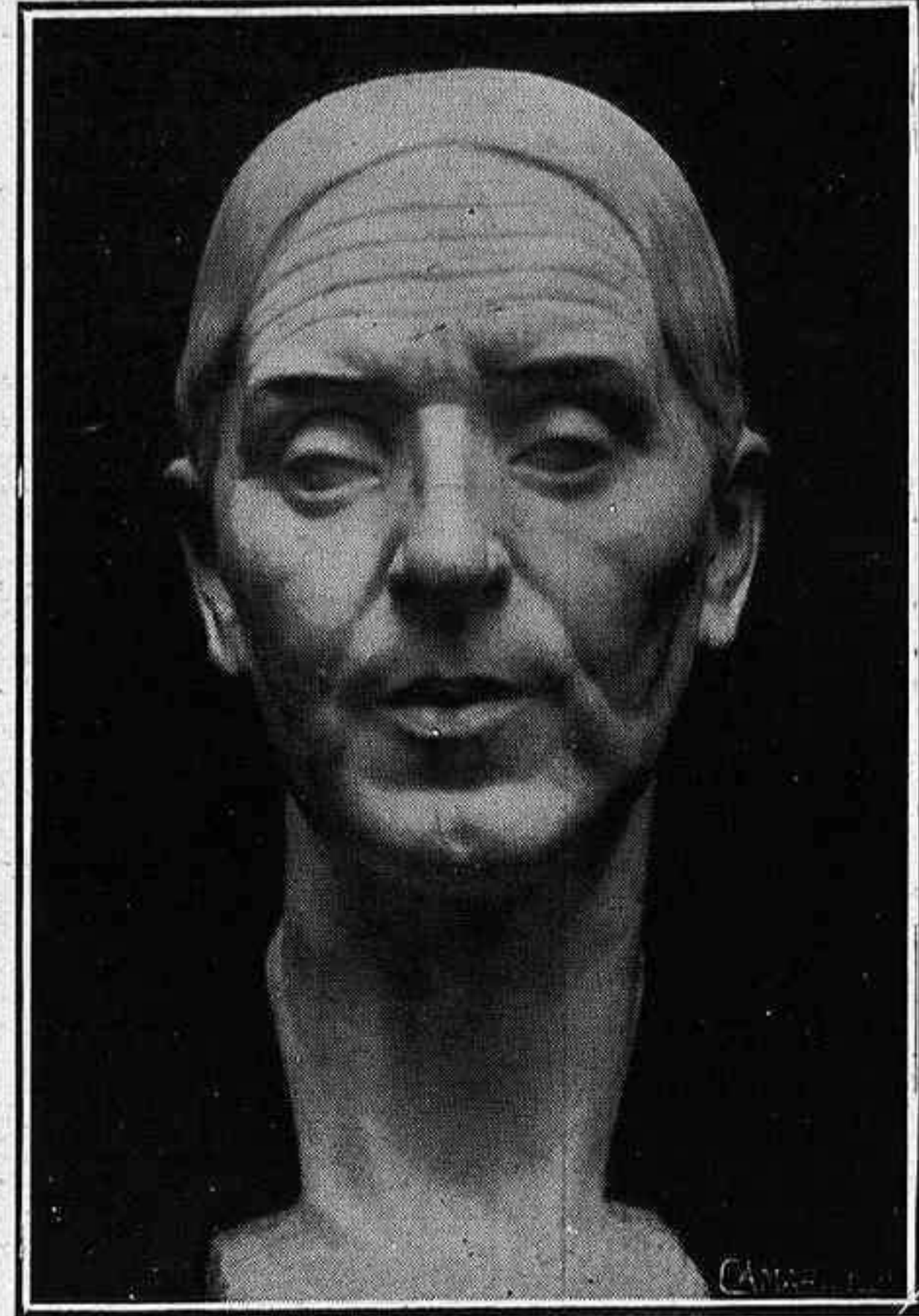


"Desnudo", por José Díaz Bueno

Miguel Angel del Pino, tal vez demasiado perfectos con arreglo á lo que se entendía por perfección técnica á últimos del siglo XIX y en España, pero donde hay indiscutiblemente la personalidad de un pintor muy hábil y muy obsesionado todavía por el ejemplo de los Museos; el retrato del violinista Quiroga, por Juan Luis, que prolonga esa dulce melancolía característica de todas las obras del joven maestro gallego; el retrato de María Teresa Díaz Canedo, hija del admirable poeta, por Sanz de Tejada, cuyos desnudos afianzan, además, nuestra fe en su porvenir; *1918*, de Agustín López, evocador de una retirada en la gran guerra; *Estudio para un retrato*, de Lafuente, y *Vieja bretona*, de Luis Bea.

Además, en las salas del Círculo y de Recuerdos, están: el *Descanso de la modelo*, de Cortina; el retrato de Martín Rico, por Casto Plasencia; *El violinista*, de Rosales, y las dos obras de Sala, *Retrato de Palmareli* y *Cabeza de hombre*.

En la sección de dibujo y grabado han de ano-

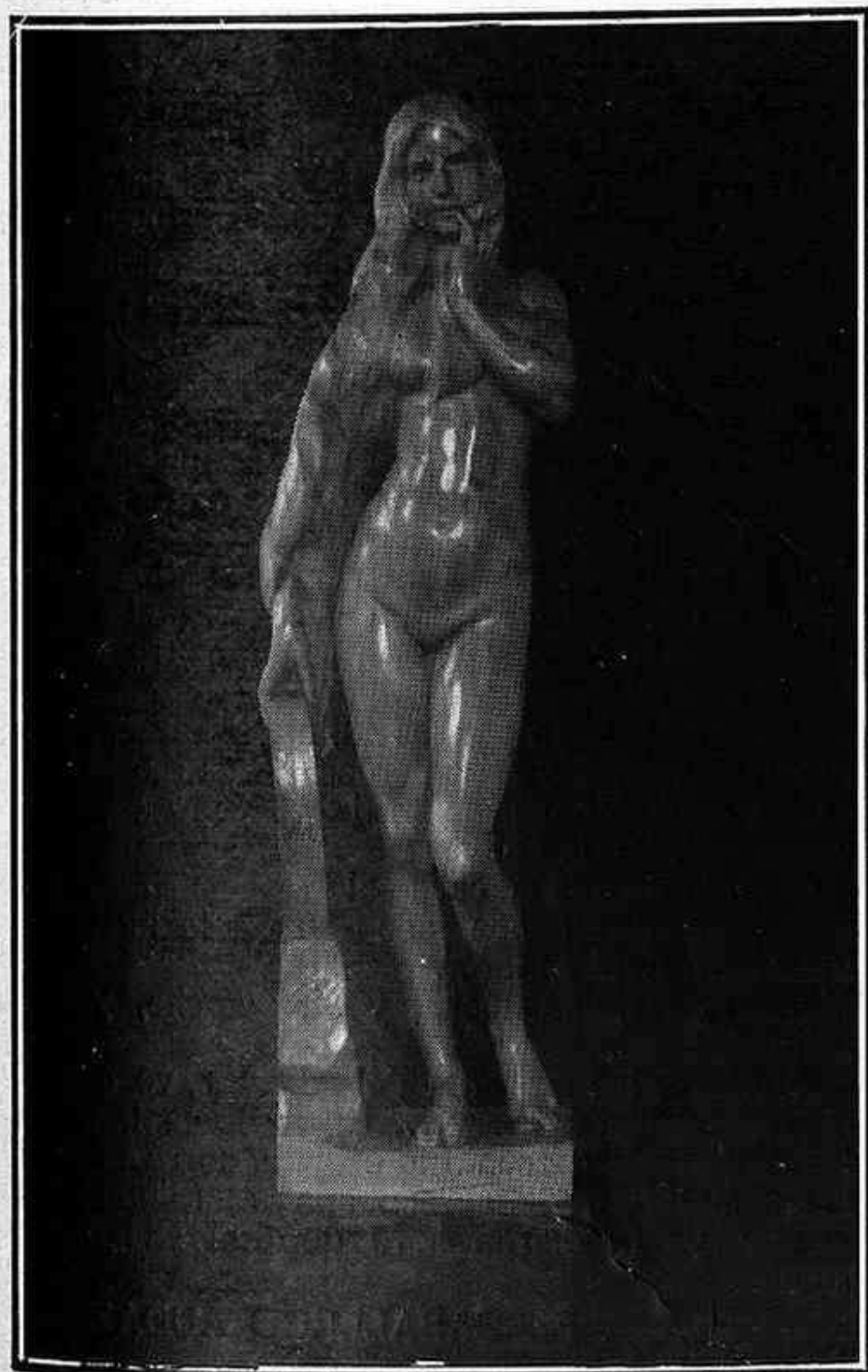


"Jacinta", por Ignacio López

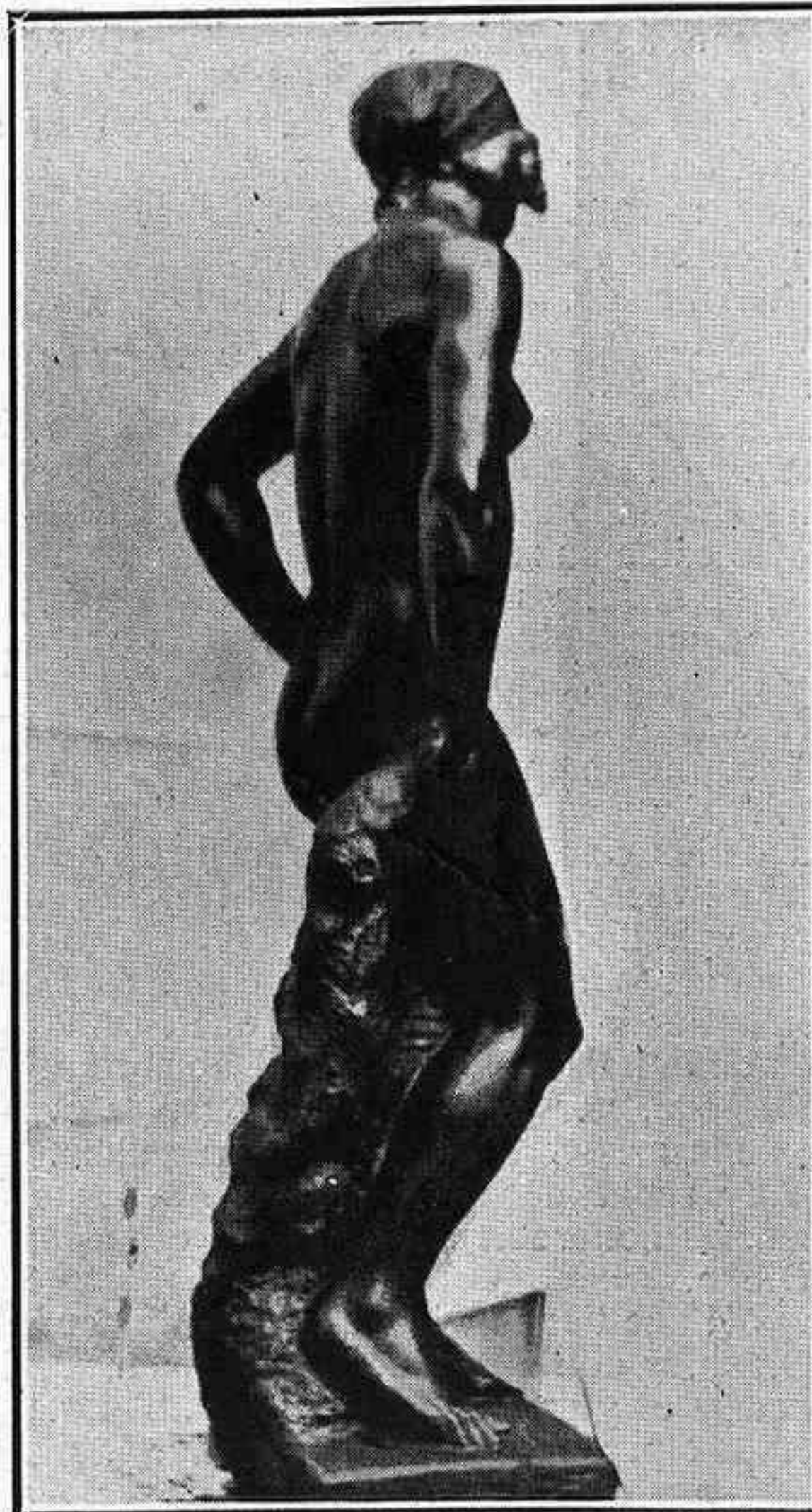
tarse las aguafuertes de Castro Gil, Espina, Navarra, Vera y Pedraza; las bellas ilustraciones editoriales de Máximo Ramos y Zamora, y, sobre todo, un estupendo dibujo de *D'Hoy*, titulado *Las sobras*.

Finalmente la escultura, que cumple una secundaria misión de ornato de las salas, más bien que una exhibición independiente, por el número y calidad de las obras, tiene, no obstante, la *Cabeza de mujer*, de Mateo Inurria, una de sus obras más sutiles, más unguadas de espiritualidad interior y maestría externa; la *Ternura*, de José Clará, tan alabada por nosotros en varias ocasiones; un bronce de Julio Antonio, propiedad del Círculo de Bellas Artes; la *Cabeza* y el *Arte bizantino*, de Eva Aggerholm, y el *Desnudo de niña*, de Helena Sorolla, estas dos admirables artistas que el Jurado de la Nacional última fingió olvidar; *Mujer*, de Ortells, deliciosa figura donde la parquedad de dimensiones no excluye la fortaleza del modelado; *Agustina* y *Desnudo*, de Julio Vicent; *Mi nieto*, de Mariano Benlliure; *Princesita de los ojos azules*, de Juan Cristóbal; *Desnudo femenino*, de Adsuara Ramos; las tallas en madera de Juan Bautista Palacios; *Desnudo*, de Díaz Bueno, y las simpáticas tentativas de Eulogio Blasco.

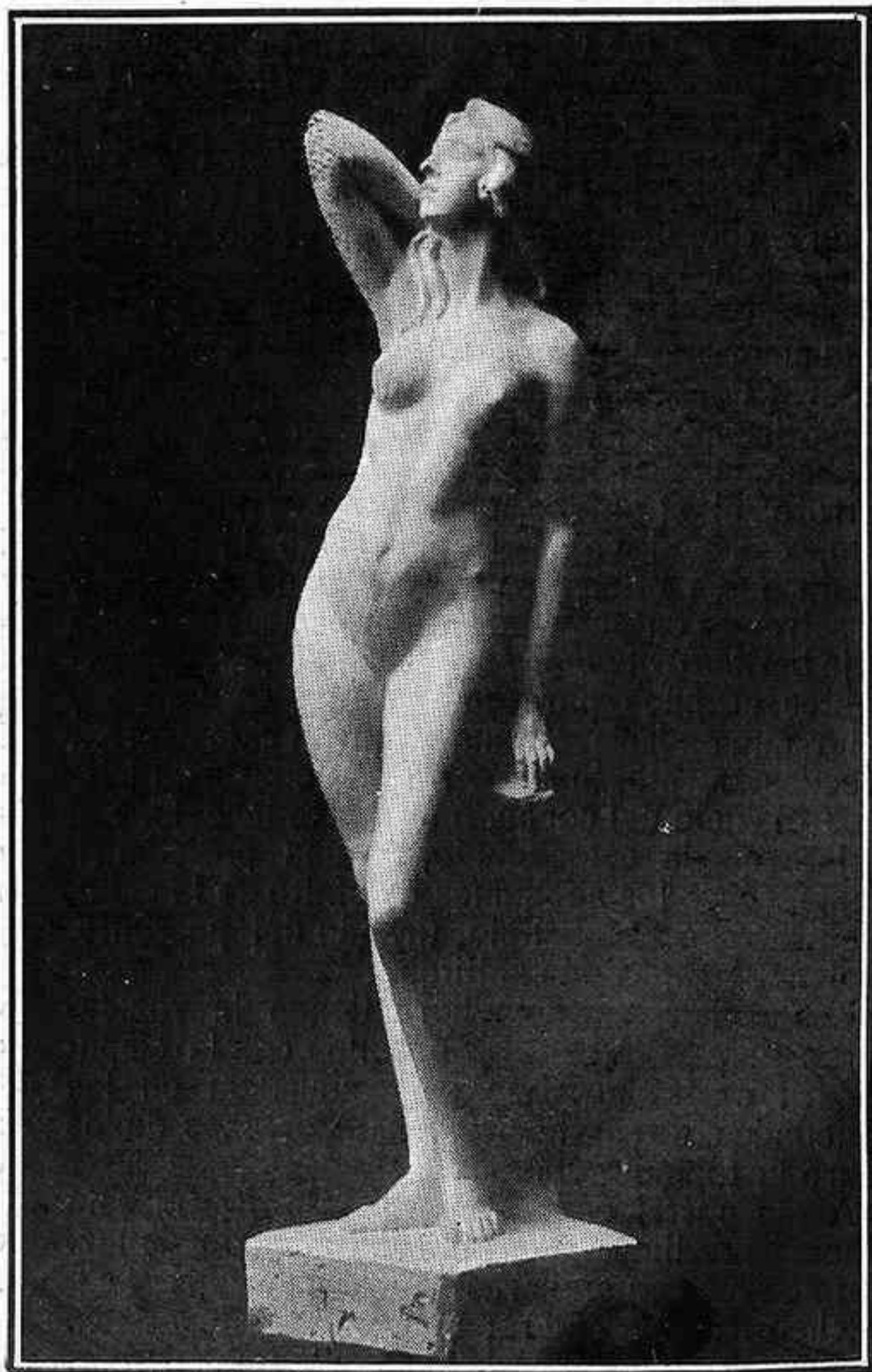
SILVIO LAGO



"Desnudo", por J. B. Palacios



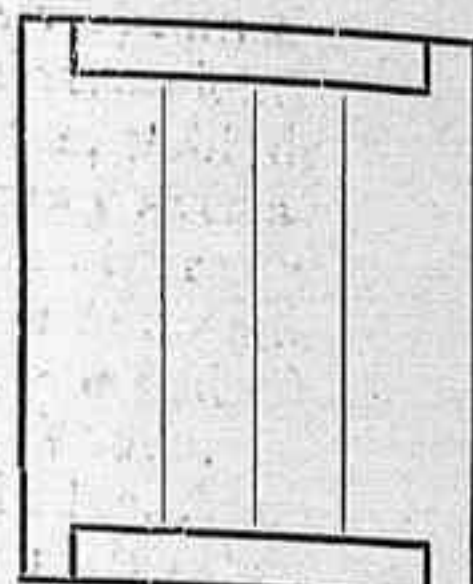
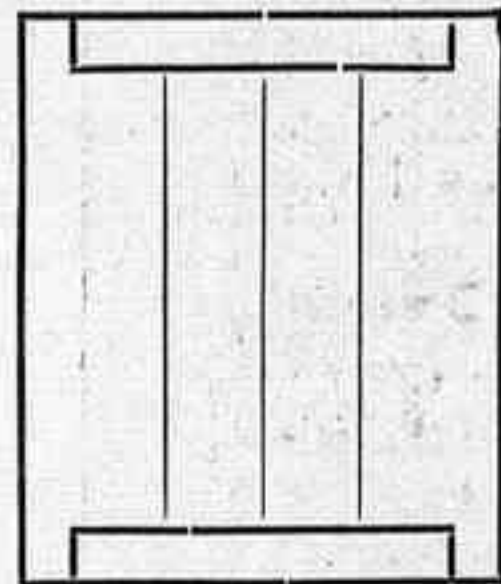
"Desnudo", por Julio Vicent



"Mirasol", por M. de la Cruz

HORAS MADRILEÑAS

LA DE DON DIEGO DE NOCHE



YA dejaron de circular los tranvías...

La ciudad duerme envuelta en el tul de una neblina que comenzó a extenderse al anochecer.

Los hampones se han guarecido con su miseria en los cafetines y en las casas de dormir... Algunos, más miserables todavía, han caído como harapos humanos sobre las baldosas de la calle solitaria ó en los quicios de las puertas, y allí, encogidos y tiritando, roncan y maldicen.

Un hombrecito pequeño, de caminar acelerado, ha ido matando las lenguas rojas de los faroles que, envueltos en la niebla, daban una luz tenue, como tamizada por un cristal esmerilado.

En las negruras sólo se destacan, á lo largo de las calles, que parecen abismos, las linternas de los serenos, cual misteriosas luciérnagas, que, en la obscuridad siniestra de la ciudad, vagaran augurando maleficios. De rato en rato, se oye, de lejos y de cerca, el cascabel de un coche; después, el trote perezoso y cansino del jaco. Es un «simón»...

Estos «simones», que circulan á las altas horas de la madrugada, merecen la atención del observador... Parecen carros del infierno. El caballo, generalmente, es tordo, largo y tan seco, que se le pueden contar todos los huesos... No marcha al trote, ni al galope, ni al paso...: marcha de lado, como si ya hubiese perdido la brújula, dando unos brinquetes muy descompuestos y arrastrando en pequeños y desiguales tirones la vieja berlina ó el *milord* desvencijado, cuyos alarmanes crujidos parecen ayes de cansancio y dolor que anunciasen una pequeña catástrofe... Frecuentemente, la catástrofe se consuma: húnlese el suelo del coche, ó se parte la caja, y el viajero queda estacionado, en una posición ridícula, sobre los adoquines ó asfalto de la calle, mientras que el caballo, tirando del pescante, sigue..., sigue dando saltitos...

Los cocheros de esta hora tienen la voz cavernosa, y castigan á los caballos con la empuñadura del látigo. Los golpes suenan en las oquedades de la noche como porrazos dados sobre la tapa de un ataúd.

Algún portal quedó abierto. El interior está tenuemente iluminado por una ampolla de luz. Si te detienes, percibirás frú-frú de sedas y cuchicheo en la escalera; risas y alegría, arriba. Es la casa del pecado, de la pena y del mal vivir. También el Club está abierto.

El bueno de Martínez, encargado de los coches, duerme al abrigo del portal; el portero del guardarropa, duerme detrás del mostrador; el cerillero, duerme; un «botones», duerme, y dos cocheros, roncan. Repiquetea un timbre y todos los sirvientes se despiertan, sobresaltados.

—¡Anda, chico, que debe ser don Diego!... Y el botones corre, escalera arriba, como si fuera un gamo...

En efecto: el que llamaba era don Diego de Noche... Don Diego es el caballero más elegante, más entonado del Casino. Lo viste un sastre inglés; lo calza un zapatero americano; usa ropa interior de seda, y mira con impertinencia á través de su monóculo. Casi todas las noches don Diego viste de *frac* ó de *smoking*... Además de árbitro de la elegancia, es el árbitro del honor. Don Diego tiene un alto y elevado concepto del honor. Allá, en su juventud—don Diego ha pasado ya de los cincuenta años—, se batió media docena de veces, y siempre, en el terreno, supo conservar la línea, arrogante... Don Diego fué un hombre temible; muy diestro en la esgrima, casi siempre hirió... Después del duelo mandaba grabar en la hoja de la espada el nombre de su amante—que, por lo general, era una elevada dama de la aristocracia—, y se la regalaba.

... Hay repartidas por ahí, entre señoras de apariencias honorables, seis ú ocho espadas de don Diego.

Todo el que tiene un lance pendiente acude á don Diego, y don Diego aconseja, apadrina, dirige combates y preside tribunales de honor.

Ha sido diputado, y ahora es senador vitalicio; sin embargo, odia la política. Don Diego no ama más que á su Club y á la noche. El no sabe

buen tono ser la amante de don Diego de Noche... No da dinero—solamente flores y bombones—, pero es un mundano «chic» é influyente.

¿Es casado don Diego?... ¿Es soltero?... ¿Es viudo?... Tuvo épocas de todo... Se casó, se divorció y enviudó... Ahora vive solo con sus criados: un viejo ayuda de cámara, una doncella pizpireta y una cocinera gruesa, y... un galgo, que se llama *Boy*, y duerme á los pies del amo...

Al ver al «botones», don Diego consulta el reloj; son las cuatro. Da un último sorbo al *whiskey* y se pone de pie. Después ordena, dulcemente:

—¡Coche!... Si está Eulogio, Eulogio. Baja lentamente. Todos los criados se cuadrán á su paso... Le dejan caer sobre los hombros la airosa talma; se encasqueta el flexible sombrero negro, y, ágil, salta dentro de la berlina.

Corre el caballo por las calles, oscuras, y él, recostado, con elegante pereza, en un rincón del coche, enciende un «muratti» y, poco á poco, va entornando los ojos.

Cuando llega á su casa sale á recibirle *Boy*... Se despoja de su capa y se mira en la luna del armario... Está pálido...

Todo esto, una noche, y otra noche, y así treinta años...

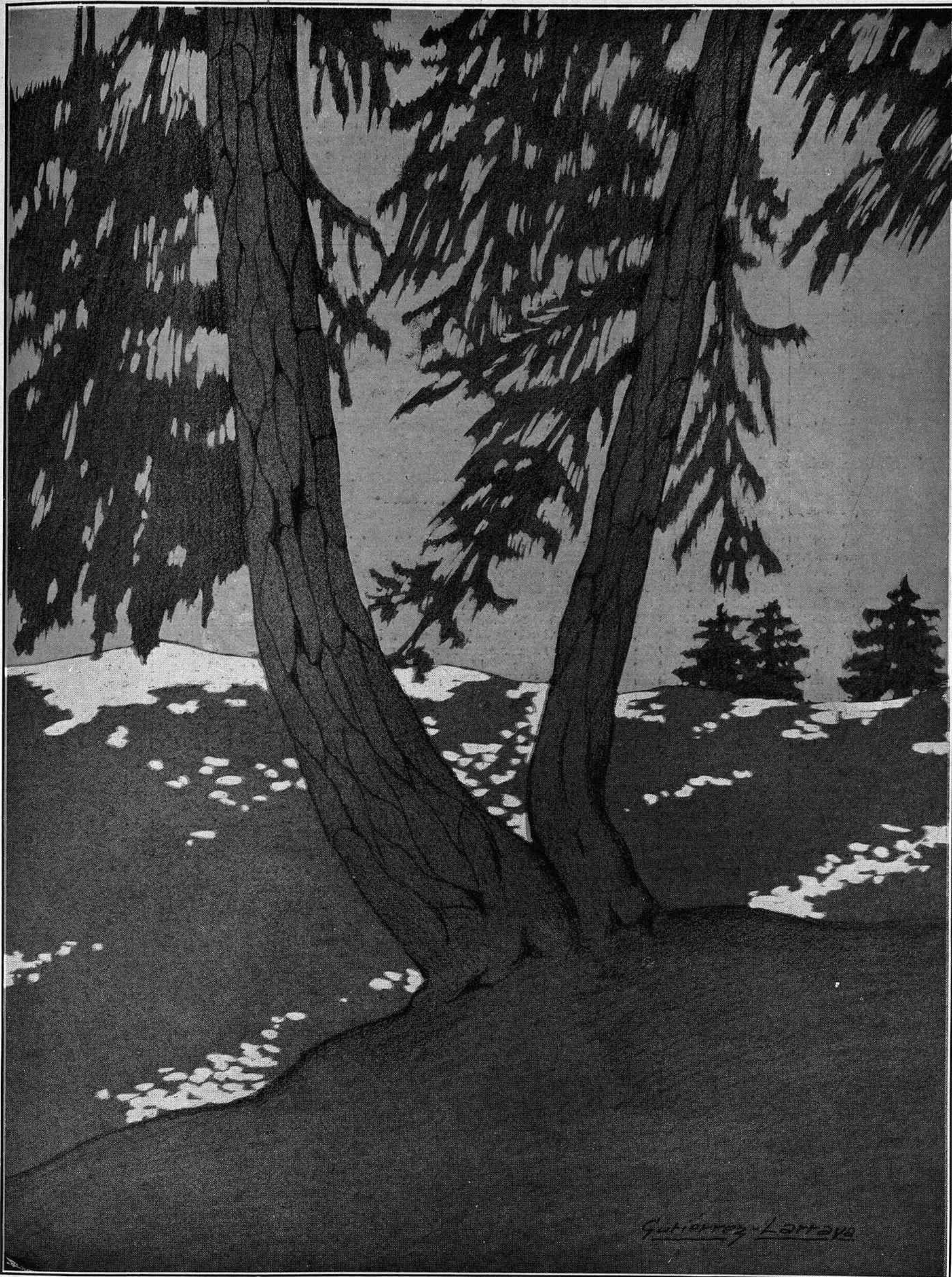
Al correr las maderas del mirador, ve que el cielo comienza á grisear... Un gallo canta en la lejanía; el tabernero de la esquina corre su persiana metálica, y el sereno apaga su linterna...

Pasó ya la diurna hora de don Diego de Noche.

EL CABALLERO AUDAZ

DIBUJO DE RIBAS

TEDIO



El mismo tedio en todos los jardines... El mismo hastío y sufrimiento en todas las ciudades... Todos los cielos tienen nubes de pesimismo... Todas las almas guardan hondísimas saudades...

¡Ay! ¡De nada le sirve á aquel que sufre, el viaje! Dondequiera que él vaya, su pena irá consigo, cual va sobre los barcos cargado el tonelaje... ¡Según yo voy andando, mis penas van conmigo!

¡Pobre alma, encadenada al sufrimiento! ¿En dónde la dulce agua Castalia del "no sufrir" se esconde? ¿Cuándo hallarás el lecho sagrado de tus bodas?

El tedio de los viejos jardines es el mismo... ¡Todos los cielos tienen nubes de pesimismo, y hondísimas saudades todas las almas..., todas!...

Xavier BÓVEDA

DIBUJO DE GUTIÉRREZ LARRAYA

LAS TERTULIAS DEL PRÓCER

EN una sala de su biblioteca, sentado en sillón de alto respaldo, está don Vincencio Juan de Lastanosa. Examina con avidez una de las *Crisis* que su gran amigo y protegido Baltasar Gracián le ha dirigido, para que haga en el texto las salvedades y correcciones que su buen juicio estime. Acabada esta tarea — grata por el deleite de la doctrina y por los deberes de la amistad —, hojea unos libros recién salidos de las prensas, en Zaragoza: son relaciones de *palestras* ó certámenes poéticos. Lucidos ingenios han concurrido á ellos.

Lastanosa mira con impaciencia un reloj de pie de ágata, con aplicaciones de bronce: son las cuatro. Es ya la hora... Mas no recibe aviso. Mientras, paséase cachazudo, de modo solemne, por la estancia. Ostentosa es ésta, en verdad. Repósteros con las armas lastanosinas; sillas de Moscovia con clavazón dorada; escritorios con lindas figurillas. Aquí, una estatua de Hércules; allá, otra de Cupido, de blanquísimo mármol; espejos parabólicos. Sin querer, se van los ojos tras un ídolo de las Amazonas: un diablo en cuclillas, feo y original, á fe mía. Otros muchos objetos, á cual más valiosos, recrean la vista; bien se puede esperar allí. Aun Lastanosa, habituado á tal deleite, muestra en su rostro íntima satisfacción. Observémosle un instante: á pesar de sus años (frisa ya en los sesenta y cinco), viste con soltura su sayo de terciopelo morado, con pasamanería de oro, sus gregüescos y su tersa media. Anda erguido, digno...

Un criado pide licencia. Los señores han llegado. Lastanosa se adelanta á recibirlos. De gran calidad parecen: son nada menos que el duque de Lerma y el marqués de Camarasa. En ricas carrozas de Lastanosa han venido, con lucida cohorte de pajes y lacayos.

Cortesías, reverencias, pero también saludos efusivos y cordiales... Hay unos momentos de descanso y de cumplimiento en la sala de los retratos. Regia es, ciertamente. De las paredes penden lienzos con las efigies de los héroes lastanosinos, incluso la del noble prócer y su esposa y señora doña Catalina Gascón, arrebatada á la vida tiempo ha. Hay lindas pinturas. Apolo y las nueve Musas contemplan, extáticos, la escena. Los visitantes fijan la vista en un gran lienzo, en el que hay un escudo con las armas de Lastanosa, y asidos á él otros ocho, que presentan las de aquellas familias que, por el lazo estrecho del matrimonio, han ilustrado la linajada casa.

Hace calor en las habitaciones, pues Agosto ha hecho su entrada. Lastanosa propone á sus amigos bajar á los jardines, para oírse y aspirar la fragancia de las flores y recrear la vista; que tiempo quedará para ponderar estatuas, armas, monedas, márfiles, vasos y camafeos. Los huéspedes aceptan, gustosos; y así, bajan todos al patio principal de la casa, y se dirigen á una gran puerta, que sirve de entrada á una calle que va al estanque principal. Los ocho jardine-

ros de Lastanosa (casi todos franceses) forman doble fila, abriendo paso.

Numerosas calles forman preciosos cuadros, llenos de cuantas flores y frutas conocen Italia, Francia é Inglaterra, y aun las hay de Africa. Todas las paredes están pintadas; el duque de Lerma pondera la perspectiva de aquel incendio de Troya; su compañero alaba el dibujo de un «Rapto de Elena».

brero tener fruta y hoja. Imposible orientarse por allí, á no ir con un buen guía.

A la salida, se ofrece á la vista un extenso y limpio estanque, navegable, detrescientos ochenta pasos por sus cuatro frentes, poblado de tenecas, anguilas, barbos, tortugas y aves acuáticas. Tres barquitos conducen á una torre que hay en medio del agua, verdaderamente notable por sus escaleras, jardincillos y estatuas de Neptuno, Baco, Venus, Diana, Juno y Palas. Aquello parece un retiro de Atenas ó de Champaña.

Todo suscita los más donosos comentarios; para cada objeto tiene su dueño un decir adecuado y oportuno; Lastanosa, en fin, está poseído de ese vivo é inconsciente regocijo que engendra la alabanza de lo propio en boca ajena... y más si esta boca es tan discreta y tan galana como la del duque de Lerma, como la del marqués de Camarasa, hechas entrambas á la cortesanía y al arte del ingenio.

El sol se dispone á alumbrar nuevas tierras; cien pajarillos de distintas variedades, cautivos en sus jaulas, cantan sin cesar, y una brisa gratísima llega enviada por la Sierra vecina. Los hidalgos señores se descubren por unos instantes al toque de oración, y luego desfilan, con pausa, hacia la casa solariega.

—En verdad — dice el duque — que bien se expresó nuestro Rey Don Felipe, que santa gloria haya, cuando dijo que no había visto cosa igual á la casa de vuestra merced, señor don Vincencio. Y veo cuán cierto es lo que os manifestó el Srmo. Sr. Duque de Orleans, luego de haber admirado estos jardines: que no tenía el Rey de Francia otros que ni siquiera se les asemejaran.

—Por algo — replica el marqués — en la Corte corre de boca en boca el dicho: «Quien va á Huesca y no ve la casa de Lastanosa, no ha visto cosa».

Y con estas y otras pláticas se encaminan á las galerías del palacio, para admirar desde allí

los últimos magníficos destellos del sol poniente.

ooo

La sala es ostentosa. Es una pieza, grande, que mira al Poniente. Sus paredes se adornan de pinturas; hay en ella un clavicímalo. Sobre la puerta está el retrato de Homero y el de Séneca, y á mano izquierda un mapa universal, con orla de trajes y ciudades, de famoso colorido. Cinco escritorios, de ébano y marfil, ocupan los espacios que dejan libres los balcones; en ellos hay libros de estampas, de Historia, de Arqueología y otras disciplinas. En un escritorio se ven instrumentos para el uso de la Geometría, Matemáticas, Astrología, Catoptría, Fortificación y Perspectiva. En otro, gran copia de raras monedas y medallas. Adornan la estancia una estatua de Hércules, otra de Mercurio, un lienzo de Tintoretto, otro de Ribera y dos paños de *raz* con monterías de Diana. En el centro, una amplia mesa y sillas de Moscovia, con clavazón dorada.



D. VINCENCIO JUAN DE LASTANOSA

Famoso arqueólogo y patricio oscense, del siglo XVII
(Retrato grabado, de Rosell)

Ambos caminan embelesados, y Lastanosa los mira con complacencia, sonriendo á cada exclamación de tan graves y austeros señores. Aquí, murtas, cipreses, rosales; allí, gran copia de frutales de toda suerte.

Unos rugidos hacen estremecer un tanto al marqués. «¿Qué es ello?», pregunta. Poca cosa: el tigre y el leopardo, que avizoran desde sus cuevas, cerradas por rejas de hierro, junto á unas caprichosas grutas. Enfrente de aquellas hay otras dos, que encierran un león y un oso.

Fuentes de jaspe de Tortosa, con delfines y otras estatuas, surgen á cada paso. De pronto, sobreviene una como espesa lluvia, que produce sorpresa en los visitantes. Son múltiples cañoncitos de bronce, que, con mucho disimulo, arrojan agua hacia arriba, á una orden de nuestro patricio.

De intento, Lastanosa les ha llevado al laberinto de murtas y arbolitos de frutas extrañas, que, por el abrigo de los cipreses, suelen por Fe-

Sentado está el dueño de la casa, don Vincencio Juan de Lastanosa. Viste casaca, de amplio cuello, y ricos gregüescos. Tiene en la mano un libro que acaba de recibir: es una donosa *Relación de festejos*, publicada por su caro amigo Uztaroz. Acompañanle el canónigo don Manuel de Salinas, que hace un instante ha llegado de la Seo, de cantar Vísperas; Jerónimo de Agüteca, sutil é ingenioso grabador, y no flojo poeta; el marqués de Torres, grácil y decididor; el señor maestro Fr. José Abad, varón beatífico, que idolatra á Fr. Luis de Granada; don Juan Sanz de Latrás, conde de Atarés, de severa pres-tancia, y doña Josefa de Sayas y Pedroso, poetisa de inspiración y galanura, que pueden competir con las de Garcilaso ó Castillejo.

Dan las cuatro. Entra un criado y da á Lastanosa dos cartas y un paquete: la una, del padre Baltasar Gracián, llena de cariño y respeto, y del conde de Guimerá la otra. Envíale el padre unas monedas romanas, que son examinadas con curiosidad. En cambio, el conde le pide—no acaba nunca de pedir—unos dinerillos jaqueses y el índice de la librería.

El padre abad cuenta cierto ruidoso incidente habido entre el maestrescuela y el rector de la Universidad. Cuestión de competencia... Pero es el caso, que el Claustro está dividido, y hasta en la puerta de la Universidad ha aparecido un cartel burlesco. El padre, bondadoso y ecléctico, no sabe á quién dar la razón...

Doña Josefa alaba el talento de doña Ana Francisca Abarca de Bolea, monja en Casbas. El marqués, sobrino de ésta, sonrío. Bella cosa es una poesía que le ha enviado.

Léela:

A vos, Madre de gracia, en quien contemplo
el centro del favor, en lo piadoso,
se ofrece España como á sacro templo.

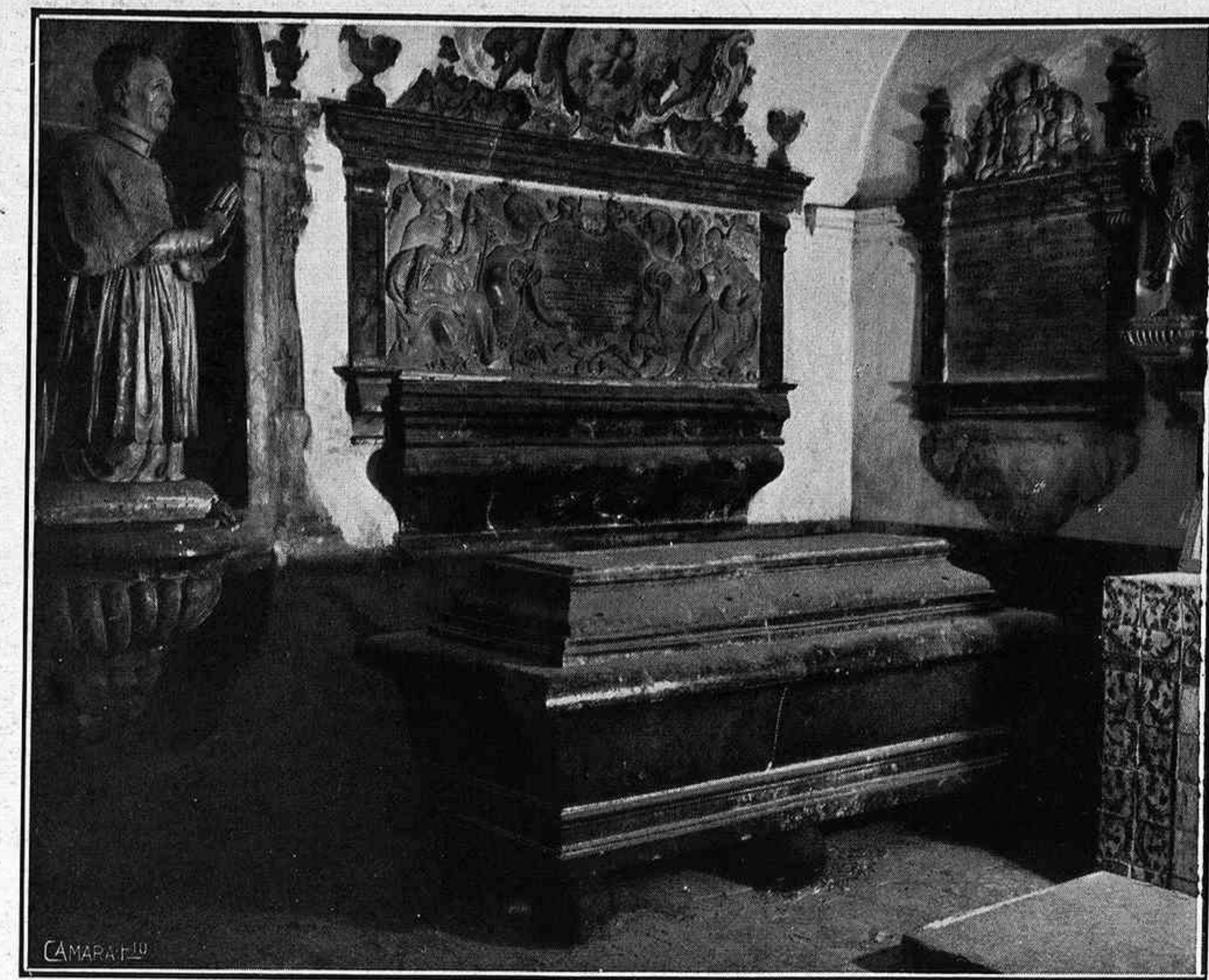
Don Vincencio asiente. Pero está pensativo y como abstracto. Duélele en el alma la persecución de que es objeto Baltasar Gracián.

—Mi amigo—dice—el padre Gracián me comunica desde Zaragoza que los furiosos del padre Goswin Nickel, general de la Orden, y del padre Jacinto Piquer, provincial de Aragón, arrecian contra él. Menguada justicia la que se hace á sus méritos... El provincial, á lo que parece, no escucha mis ruegos...

Precisamente, don Vincencio ha reunido á sus amigos para leerles la *crisi* II de la tercera parte del *Criticón*, que Gracián le envía para que la censure. Quiere que den su opinión.

Grave y reposado, lee:

«Llamó acertadamente el filósofo divino al compuesto humano, sonoro animado instrumento, que, cuando está bien templado, hace maravillosa armonía...»



Panteón de los Lastanosa, en la catedral de Huesca. Estatua orante de D. Orencio de Lastanosa, canónigo, hermano de D. Vicente

FOTS. OLTRA

«Es la embriaguez fuente de todos los males, reclamo de todo vicio, origen de toda monstruosidad.»

—Discreta y brava cosa es esta—dice don Manuel de Salinas.

—¡Cuerpo de Dios!—exclama el conde de Atarés— ¡Qué agudo discernimiento el del padre Gracián!

Doña Josefa ríe aquello de que los beneméritos de la vida y despreciadores de la muerte puedan quitarse años...

Los comentarios, y aun las glosas, se extienden. Cada uno da su opinión, y todos en el sentido de la mayor alabanza. Sin embargo, don Vincencio, más ecuánime y experimentado, tiene para sí que aquellos conceptos acerca de los

efectos del vino y de la risa en los jóvenes han de ser limados un tanto, lo cual hará á solas en su escritorio. Aquel discurrir del padre Gracián es tan rápido...

Comunica don Vincencio que á don Juan le ha dado S. M. una plaza en Indias. El recomendó el negocio cerca del Rey. Añade que el Duque de Orleans le ha anunciado su venida á Huesca, y que será su huésped por unos días. Quiere admirar despacio el Museo lastanosino. Los jardinerros franceses que Lastanosa tiene andan regocijados al sólo vislumbre de que podrán hablar en su lengua con el Sr. Duque, con más desembarazo que con don Vincencio.

—Don Matías de Oña ha enriquecido copiosamente su librería—dice el marqués—. Posee ya cinco mil cuerpos de libros.

—Yo—arguye Lastanosa—tengo muchos más; y en el Museo han entrado poco ha piezas en alto grado curiosas. Ya verán vuestras mercedes...

El marqués no cesa de picar el amor propio de don Vincencio; eso sí, con gran corrección y mesura.

Las oposiciones á la cátedra de Prima de Teología de la Universidad, parece que van á ser muy reñidas. Hay muchos doctos aspirantes. En el Colegio Imperial y Mayor de Santiago corren malos vientos, por no sé qué desafueros cometidos con un colegial, de valimiento y de campanillas.

Jerónimo Agüesca se refiere á las *Conclusiones* que en el sábado inmediato se defenderán en la Universidad. No serán de turno, sino extraordinarias y á toda ceremonia. Traen mucho ruido, por los preparativos y por la calidad y el saber de los sustentantes. Dícese que las presidirá el obispo. Los escolares no hablan de otra cosa.

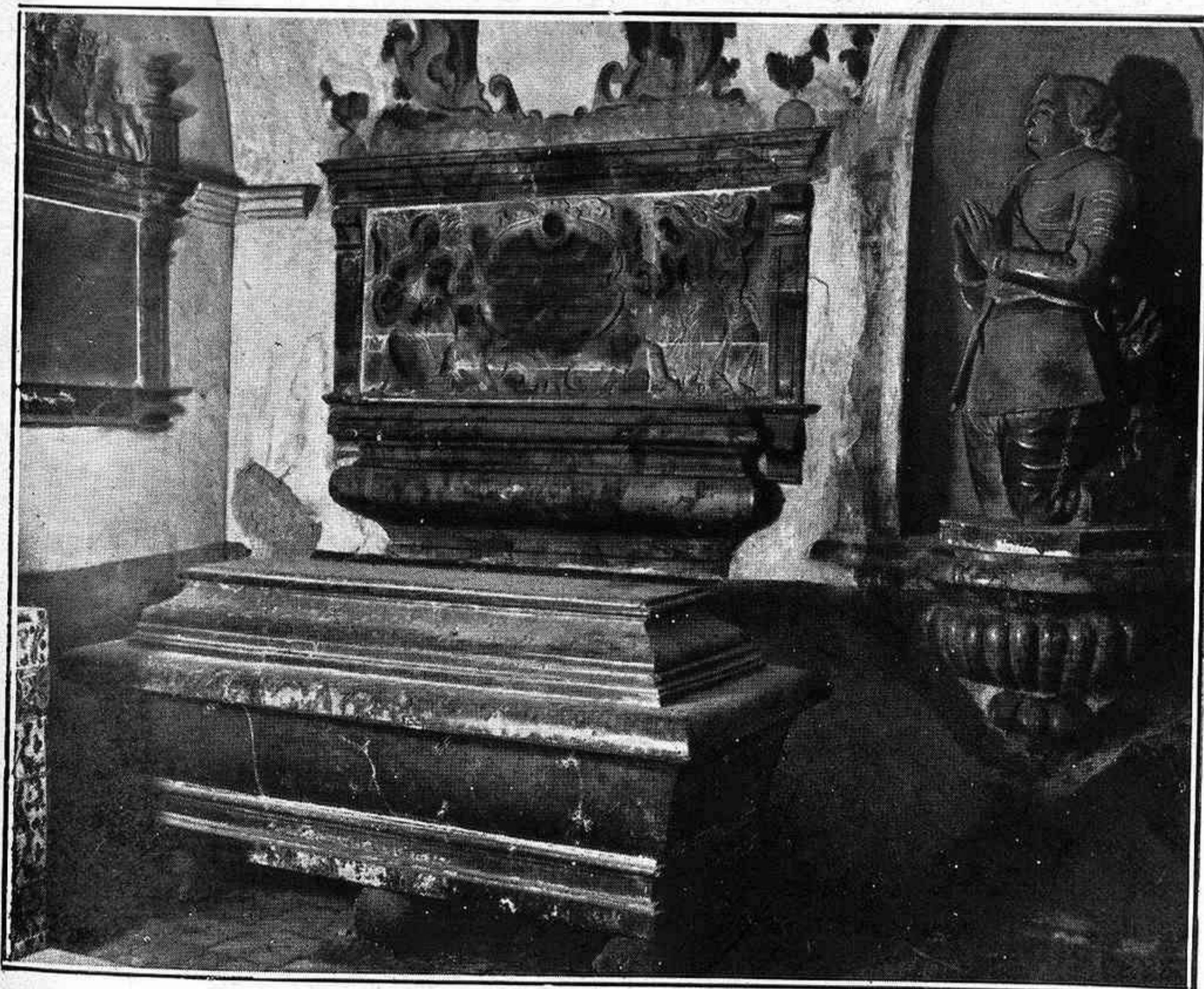
ooo

Los criados sirven un refresco de dulces y confituras, y agua, muy fría, con esponjados.

Sesiente el calor, pues Agosto culmina y abrasa. La reunión se da por terminada. Pero, antes de que los invitados se vayan, quiere don Vincencio que vean las nuevas antiguallas: dos vasos saguntinos; una estatuilla de bronce; tres valiosos camafeos, de amatista, con bustos de Emperadores romanos; dos tablas de «Las Vírgenes prudentes», de Ribalta, y una copia de Rubens. Los elogios de los contertulios se suceden. El marqués bromea.

Don Vincencio ofrece el brazo á doña Josefa de Sayas. Los lacayos aguardan en el vestíbulo de la casa, y fuera hay una litera y dos carrozas, y hasta un caballo, ricamente enjaezado, para el marqués, que gusta del ejercicio.

RICARDO DEL ARCO



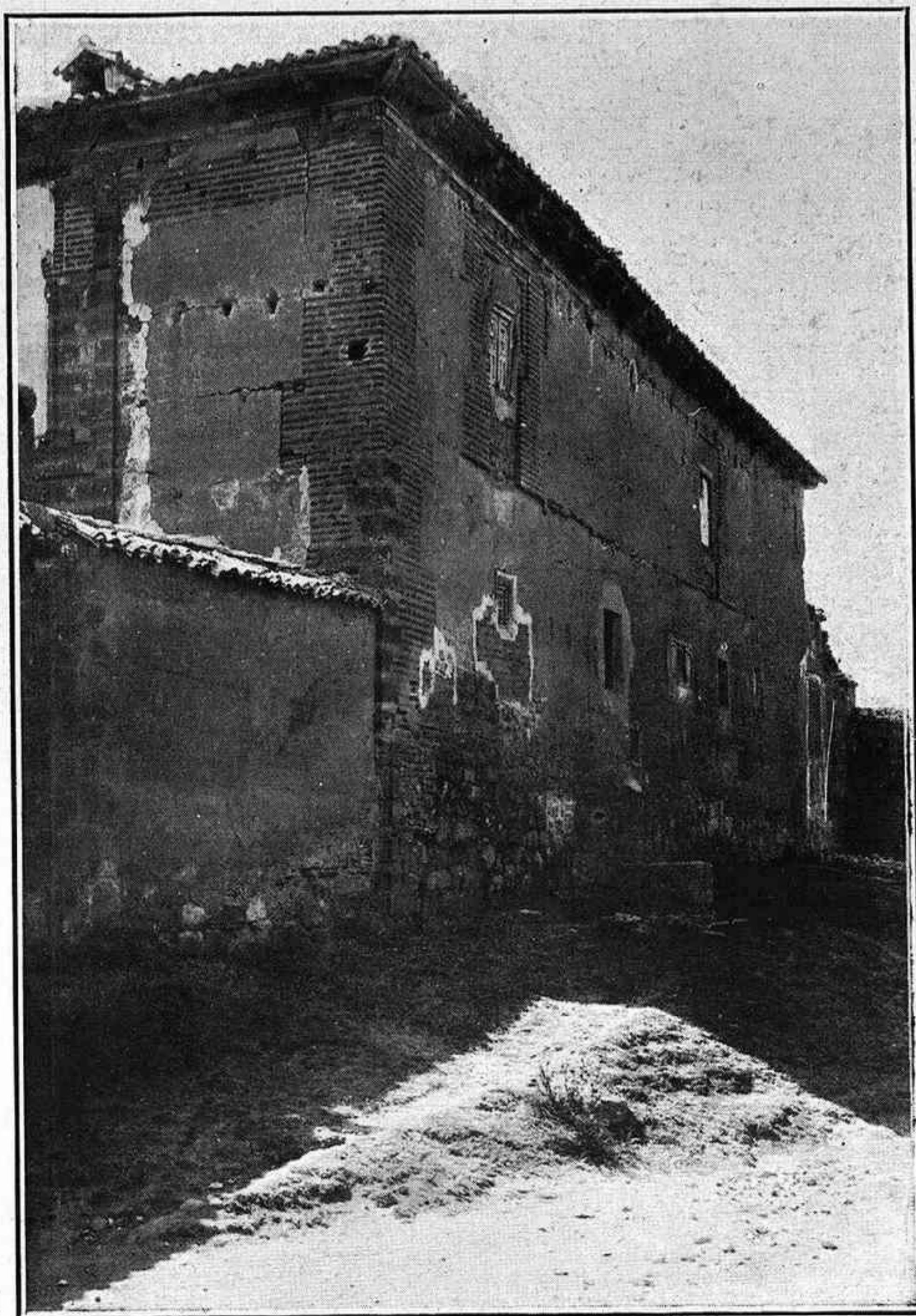
Panteón de los Lastanosa, en la catedral de Huesca. Estatua orante de D. Vincencio Juan de Lastanosa



Aspecto del gran comedor del Hotel Astor, de Nueva York, durante el banquete que, para conmemorar la Fiesta de la Raza, celebraron el día 12 de Octubre pasado las colonias española é hispanoamericana, bajo la presidencia de los cónsules de España y la República Argentina

POR TIERRAS CASTELLANAS

El palacio de doña María de Padilla, en Astudillo



Dos de las fachadas del palacio de doña María de Padilla

LA DILLA

CERROS desnudos, de caliza blanca, limitan el horizonte de la villa palentina de Astudillo. El campo no tiene la grandiosidad de otros lugares de Castilla, en los que la llanura se confunde con el cielo en la lejanía. Es aquello como un rincón apartado de la alta meseta. Las aguas del Pisuerga pasan bastante lejanas del caserío, que está en un terreno seco, privado del amable acento de la vegetación. No es fácil sospechar por qué se fundó un pueblo en sitio tan yermo y tan falto de todo atractivo.

Un castillo arruinado domina desde un otero á la villa. Sus dos iglesias, medievales, sus viviendas, el Ayuntamiento, no consiguen darla aspecto monumental. Perdida la fabricación de paños, destruida la gran riqueza del viñedo, Astudillo, como muchos otros pueblos españoles de Castilla, es tan sólo triste sombra de un pasado glorioso.

En un extremo de la población, sin que sus construcciones sobresalgan del pobre caserío, levántanse un convento y un palacio, cercanos, á los que el reposo secular en que yace esta tierra ha conservado casi tal como fueron elevados hará seis siglos. A ellos va unido el recuerdo de una dulce y noble figura de mujer. Llamóse de doncella, su fundadora, Mari Díaz, y, más tarde, ya en amores con el Rey Don Pedro I *el Cruel ó Justiciero*, se la conoció por D.^a María de Padilla. De estas tierras de Astudillo procedía su linaje; su padre, rico hacendado castellano, en ellas ejercía señorío; tal vez ellas contribuyeron á formar su espíritu.

LA MUJER

Cuando tenía Don Pedro diez y siete años conoció en León, en el palacio de los Quiñones, á Mari Díaz, «la más apuesta doncella que por en-

tonces se hallaba en el mundo»—según afirma la *Cuarta Crónica General de España*—, de buen linaje é muy hermosa é pequeña de cuerpo é de buen entendimiento», con palabras del cronista Ayala. Desde entonces es la fiel compañera, la abnegada amante del Rey, al que sigue en su vida nómada. Al lado de la figura de éste, recargada de tintas sombrías, la Historia nos muestra la de la Padilla, cuya existencia fué sólo de amor y bondad. La vida parece complacerse, á veces, en estos contrastes.

De todos los personajes de aquellos tiempos, aun de las hembras reales, los cronistas cuentan odios, crímenes y traiciones; de D.^a María tan sólo relatan su pasión por el Rey, sus tristezas cuando éste andaba en otros amores, y la bondad con que libró de la muerte á gentes por él condenadas, procurando siempre dulcificar sus rigores. Cuando decidido por Don Pedro el asesinato de su hermano D. Fadrique, éste es recibido en el Alcázar de Sevilla, D.^a María, «que sabía todo lo que estaba acordado contra él, al verle, fizo tan triste cara, que todos lo podrían entender, ca ella era dueña muy buena é de buen sexo, é non se pagaba de las cosas que el Rey fazia, é pesabale mucho de la muerte que era ordenada de dar al Maestre», dice el citado Ayala. En Olmedo salva la vida á Alvar Pérez de Castro y á otros caballeros, advirtiéndoles que el Rey les quiere matar.

En 1361 muere, aún joven, en Sevilla, «de su dolencia», como dice Ayala. Mujer castellana, resignada siempre con su destino; mujer de hogar, de vida retirada y humilde, no la desvanecen ansias de poderío, ni orgullos desmedrados. Tan sólo supo amar y perdonar. Más que de amante de un Rey, violento y arrebatado, parece su vocación la de mujer de un *hombre de afán* que no tuviera, como nos lo describe Fernán Pérez de Guzmán en sus *Generaciones y semblan-*

zas, «si no una azada é un asno con que mantenerse así é á su mujer é á sus hijos».

EL CONVENTO Y EL PALACIO

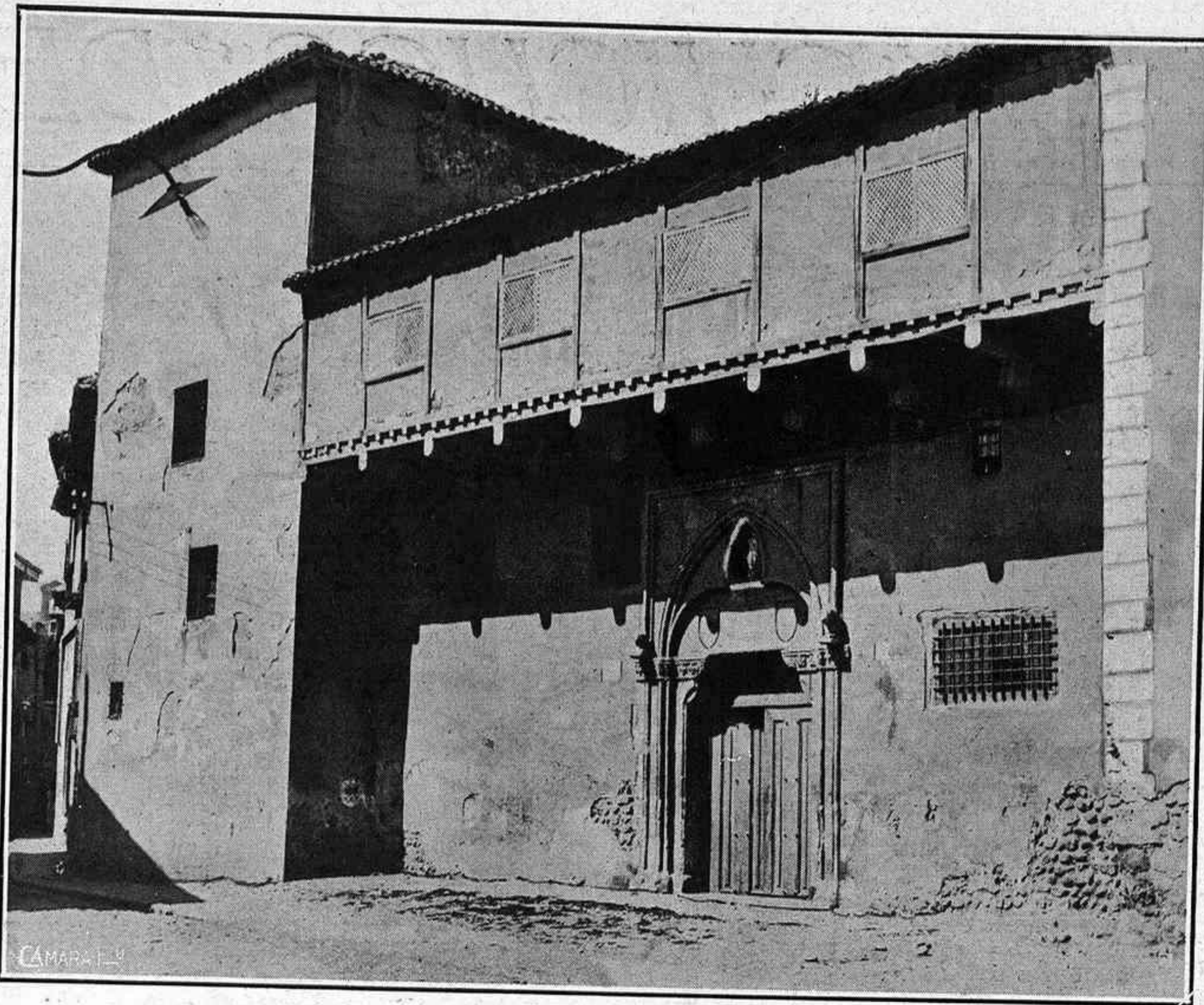
Fué en 1353 cuando D.^a María consiguió la autorización para construir un convento de monjas clarisas en Astudillo, casa en la que se conservaran sus restos y se rogara á Dios por su alma. En 1356 otorga la escritura de fundación. Dolorida por las infidelidades de Don Pedro, trató alguna vez de encerrar su vida entre las buenas Claras de su convento de Astudillo; pero el amor del Rey, que siempre le retornaba, mudábale el propósito. Finalmente, allí van á enterrarla desde Sevilla, y sus despojos guardáronse en el monasterio hasta que en tiempo de Felipe II deshacen el viaje para ir á reposar, como dejó mandado Don Pedro en su testamento, «del un cabo á la mano derecha», del sepulcro del Rey en la catedral hispalense.

Es el convento de Santa Clara un edificio modesto, con un alto ábside de piedra, poligonal, de rasgadas ventanas y bóveda de crucería, y una nave cubierta por un techo mudéjar de arteson y tirantes pareados. Tras la fuerte reja, que aísla el coro, atisbase una interesante sillería morisca, con escudos pintados, y un sepulcro gótico, de yesería, en el que enterraron á la fundadora. Dentro de clausura cuentan con dos grandes patios, en uno de los cuales se encuentra una cámara, que llaman de la Reina, cubierta de maderas labradas, y con una puerta mudéjar, pareja de otras que quedan, con inscripciones cúficas.

Al lado del convento, y fuera de clausura, está el palacio, pobre construcción que se conserva casi íntegra. Tiene la fachada un frente de piedra, obra exótica en el arte castellano, que, como la del palacio de Tordesillas, construido por Alfonso XI, es interpretación de otras mu-

sulmanas, y análogas ambas en disposición, aunque no en riqueza, á la del Alcázar de Sevilla. En el resto de los muros alternan el ladrillo en esquinas y guarniciones de ventanas con el castellano tapial. Forman el palacio, en planta baja, dos grandes salones: uno, rectangular, á modo de vestíbulo; otro, estrecho y largo, adosado á él por uno de sus lados menores. Cúbrense con sencillos artesonados mudéjares. En el piso superior, destinado, sin duda, á vivienda, los techos son lisos y las habitaciones pequeñas.

En su construcción vese la influencia del arte musulmán andaluz al lado del mudéjar, de larga tradición en estas tierras de Castilla la Vieja. Desde el siglo XII existe en ellas un arte popular, de influjo mahometano, cuyos centros fueron Sahagún, Olmedo, Arévalo y Cuéllar. En estilos románico ó gótico, importados de fuera, constrúyense de piedra los grandes monasterios, las catedrales, las fundaciones de Reyes y magnates, mientras que el pueblo, fiel tal vez á una tradición remota, emplea el ladrillo en sus modestos templos, y el tapial y el adobe en sus viviendas. A veces este arte parece renovarse con influjos andaluces; otras, adquiere un transitorio carácter aristocrático en los reinados de monarcas populares, más amantes del estado llano que de la nobleza, como



Palacio de los Quiñones, en el que el Rey Don Pedro conoció á doña María de Padilla

fueron Don Pedro I y Don Enrique IV. La vida del primero pásase entre el Alcázar de Sevilla, construído por artífices musulmanes, y los palacios de Tordesillas y Astudillo, que también deben gran parte de sus formas al arte andaluz.

LOS PALACIOS CASTELLANOS

Tal es el palacio de D.^a María de Padilla humilde vivienda, que apenas sobresale de las ca-

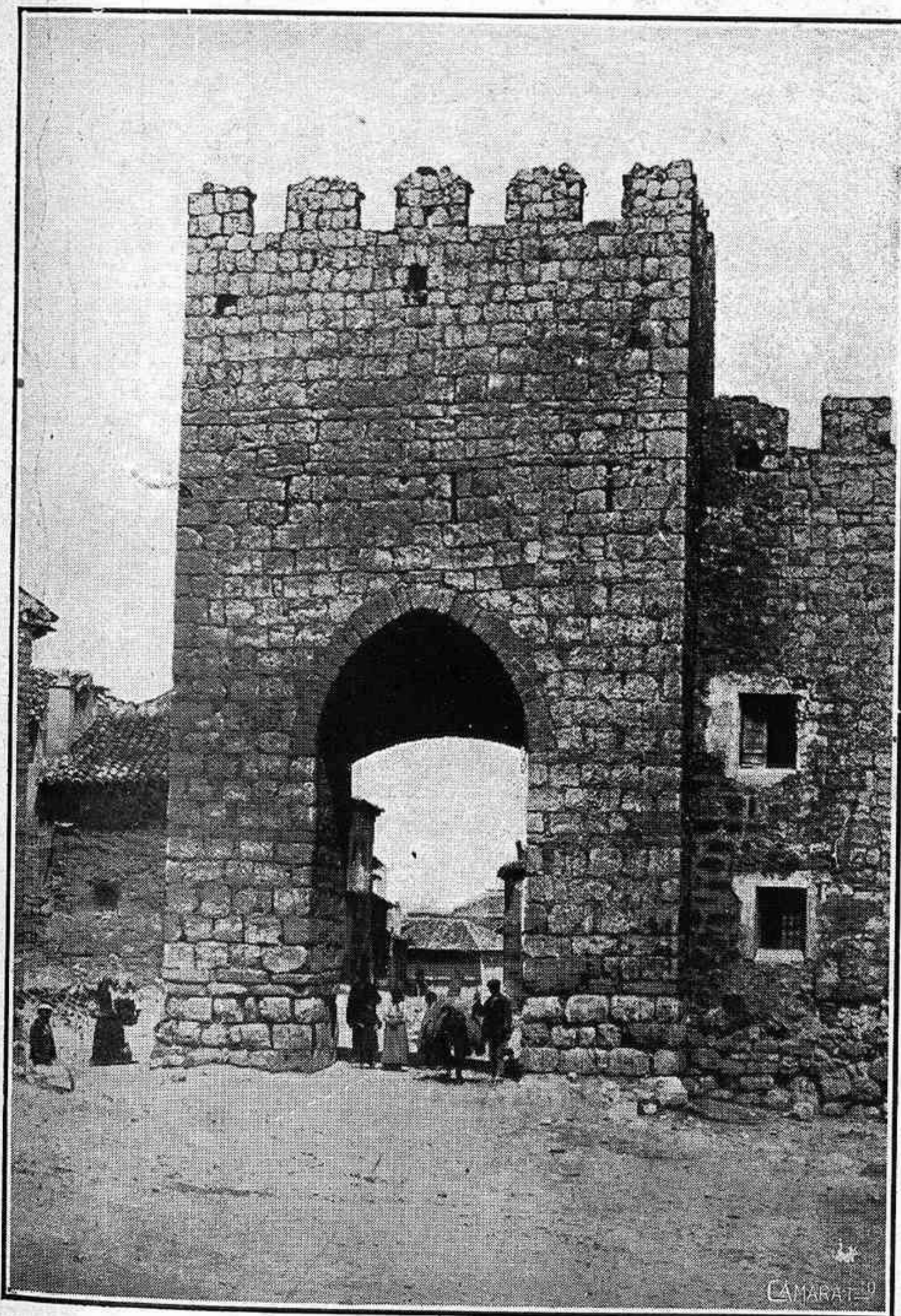
sas cercanas. No fueron más lujosos la mayoría de los aposentos de los Reyes castellanos, de vida recia y dura, siempre de lugar y de fortaleza en fortaleza. Aún humildad mayor es la del palacio en el que nació la Reina Católica, en Madrigal de las Altas Torres; y los restos de otros medievales, de nobles y magnates, que aún quedan en Castilla, fueron construídos con los materiales que da el país: maderas bravías, adobes, tapias y ladrillos. Que para el breve tránsito que es la vida, el sobrio castellano contentábase con tener satisfechas las más elementales necesidades, reservando riquezas, lujo y magnificencia para iglesias y monasterios, moradas eternas de los despojos humanos.

ooo

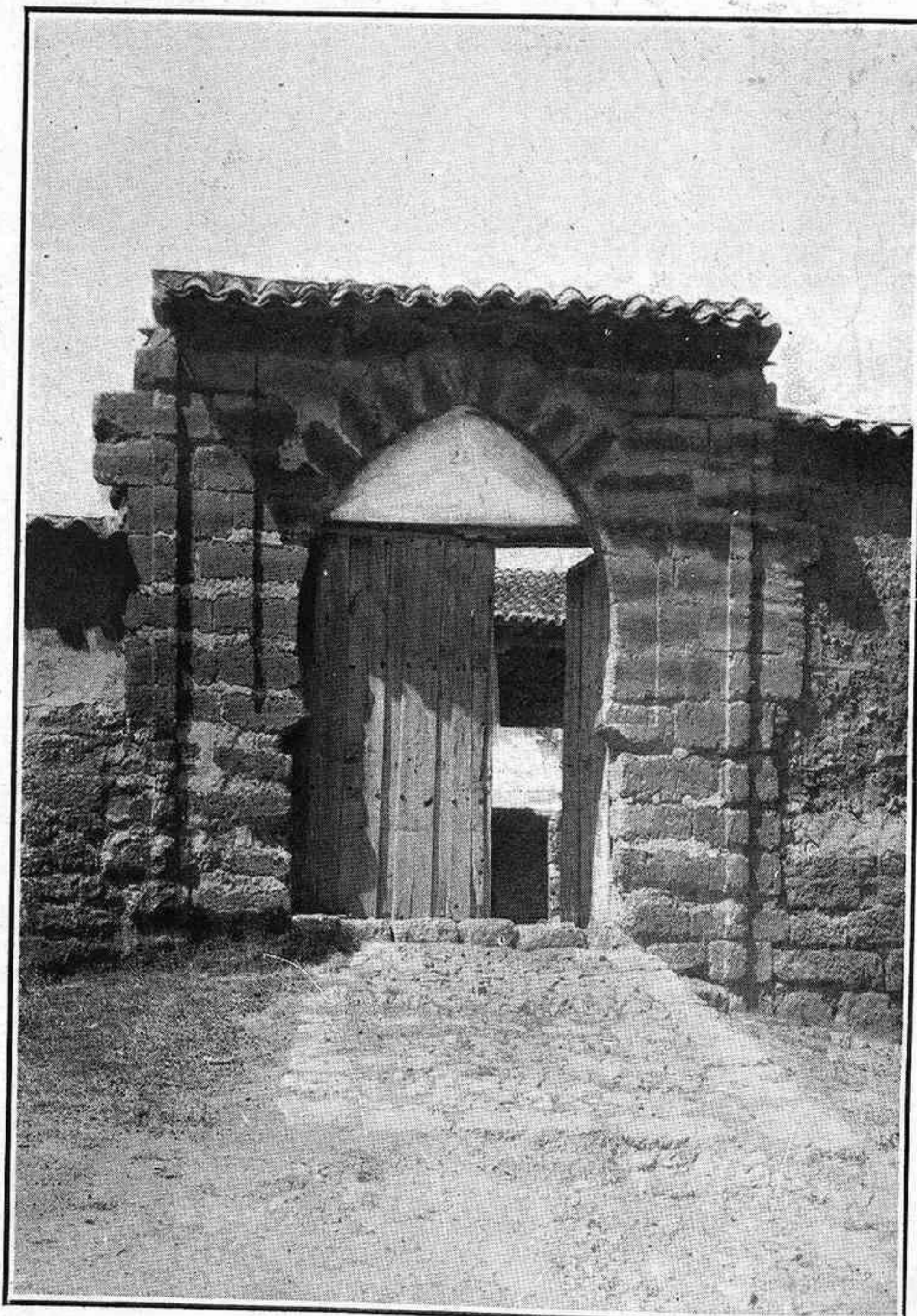
En el palacio de Astudillo, escenario de la existencia atormentada de Mary Díaz, sacudida por el vendaval de la pasión, vive hoy un

buen sacerdote. Todo es allí calma, silencio y soledad. A ciertas horas, óyense las campanitas del convento cercano y los cantos religiosos de las Clarisas que lo habitan. Y es este rincón, como imagen actual de Castilla, inquieta y vibrante antaño, dormida hoy en un sueño que va semejando eterno...

LEOPOLDO TORRES BALBÁS



La puerta de San Martín, en Astudillo



Puerta contigua al palacio de doña María de Padilla

CUENTOS DE "LA ESFERA" EL "CHICUCO" DE PAS



MARINEROS, boteros, cargadores del muelle, pescadores, carabineros, abastecedores de los barcos y algún que otro golfo del puerto, eran los asiduos parroquianos, amén de las parroquianas, mujeres de armas tomar en su mayoría, famosas por su desgaire en los mercados, muelles y prostíbulos de la encantadora capital montañesa.

Por la noche estaba en todo su apogeo el almacén de vinos, en el que se producía una atmósfera pesada, neblinosa, angustiadora, que hería el olfato y cosquilleaba la garganta con el humo acre del tabaco, el olor a vino, las exudaciones de los cuerpos.

Apiñábase el pintoresco concurso en torno de las mesas, pintarrajeadas de almagre, ó de pie junto al mostrador, recostándose algunos en las pipas y bocoyes arrimados á las paredes.

Además de los grupos, había también «dúos» y «tercetos»; en cada sitio y en cada mesa, los reunidos charlaban de sus negocios, formando el conjunto de voces, exclamaciones y risas un zumbido de colmena, al que acompañaba el eterno y monótono murmurio del agua que caía del grifo en el receptáculo de cinc del mostrador; el cristaleo de los vasos y copas que, diligente, limpiaba y servía el mozo de la taberna, y el «Va enseguida» de Luisín, un rapaz de ojos azulencos y mirar melancólico, que, constantemente, hecho un azacán, iba de una mesa á otra; un trajín y un ruido que aturdiría y mareaba.

Para la parroquia, Luisín, *el chicuco de Pas*, como le llamaban, era un muchacho simpático, por lo callado y formalito, lo discreto y servicial; para *zeño Rafaé*, *el Andalúz*, un chava su-miso, trabajador y agradecido; para Carmela, la

hija del tabernero, *la señorita*, como por antonomasia la denominaban, aquel rapaz era como un hermano. *El chicuco* la correspondía efusivamente, con cariño rayano en la idolatría.

El pobre no tenía á nadie en el mundo; habíanle recogido, por lástima, en la taberna. Su historia... ¡Bah, no tenía historia!... Nació en el pintoresco valle de Pas; una mujeruca, que no era su madre, habíale llevado á Santander para meterle en el Hospicio, *el spoliarium* de los hijos de la miseria ó del vicio. La mujeruca aquella entró en *La Universidad* á tomarse una de caña, y al hablar del objeto de su viaje, Carmelita, que casualmente se encontraba presente, suplicó á su padre recogiese al pasiegucó: *Zeño Rafaé*, cosa sorprendente, tuvo un generoso arranque, y accedió á la demanda de la angelical imploradora.

Agustín Aguirre

Por eso quería Luis á su amita con adoración sólo comparable á la misteriosa que sentía por la Inmaculada, aquella divina Señora, rodeada de un nimbo glorioso, vestida del azul de los cielos, con la cara resplandeciente, y en los ojos una mirada de inagotable bondad, de amor infinito.

ooo

El *chicuco* cayó súbitamente en una extraña taciturnidad; moviase de un lado para otro en el servicio de la taberna, como máquina mal regulada; reflejábanse en todo su ser cansancio, abatimiento, sombría tristeza. Ni las bruscas preguntas del amo, ni las cariñosas indagaciones de la *señorita*, consiguieran aclarar el origen de aquella transformación inexplicable.

¡No! ¡Jamás descubriría lo que, repudiándole la sangre, le acongojaba! ¿Quién era él para intervenir en tan delicado asunto? ¿No resultaría estupendamente ridículo que manifestara su indignación porque á la *señorita* la cortejase un señorito de los más ricos y de más cartel de la Montaña?...

Al enterarse de que las suposiciones suyas no eran fantasías de su imaginación; de que era cierto que el señorito Juan frecuentaba la taberna, como pretendiente de Carmelita, y que el amo, con la codicia de industrial más que con la prudencia de padre, le bailaba el agua, sintió mezcla de asco y de ira, de pesar y desaliento; porque en aquella escuela de malas costumbres, irónicamente titulada *La Universidad*, había sonado muchas, muchísimas veces, el nombre del hijo del señor Crisanto, el almacenista de maderas, unido á ruidosas aventuras galantes, en las que se escarnecía á infelices muchachas, miserablemente engañadas.

Si en lugar de ser chico de una taberna, fuera un igual del señorito; si contara más años, ó si pudiera llamar hermana á Carmelita, hablaría á ésta, al *Andaluz*, y si no le hacían caso, ¡no importa!, lucharía hasta obligar al señorito, aquel pinturero que, rodeado de amigotes, se pasaba todo el día y la mayor parte de la noche vaciando botellas de vinos de marca, á dejar el campo á quien supiera querer á las mujeres como deben ser queridas las que son buenas y honradas.

El primer domingo que el *chicuco* entró en la iglesia á oír misa y se vió ante la Inmaculada, le pidió sólo una cosa: que alejara de Carmelita al señorito... Y mientras pedía esto, enturbiábansele los ojos de lágrimas.

ooo

Fué el ataque tan brusco, tan inesperado, tan insólito, en suma, que únicamente los más cercanos al sitio que ocupaba el señorito diéronse cuenta de lo ocurrido. A la algarabía de la taberna, en todo su apogeo, por ser noche de sábado, sucedió el silencio imponente que sigue á las catástrofes, y, azorados los circunstantes, fijáronse en los protagonistas de la escena.

El *chicuco*, de pie, tembloroso, el rostro como la cera, los labios contraídos y los ojos muy abiertos, miraba al señorito Juan, caído á sus pies, desvanecido, como muerto; de su cabeza escapábase un hilillo de sangre que, poco á poco, extendiase por la madera, ennegrecida, del pavimento, como si buscara fundirse con el charco de oro que formó el contenido de una botella rota.

Un testigo presencial de la escena, el señor Claudio, viejo cargador del muelle, decía, nervioso é inquieto, con frase pintoresca:

—¡Plaf!... Todo ha pasado en un decir Jesús... El señorito, hecho un boceras, contaba que la *señorita*, ya sabís, hombres, quién; la hija del *Andaluz*, le ponía buena cara, y que muy pronto la verían con él de bracete por el *bulevar*, como le han visto con otras muchas de más postín que la hija del tabernero. Y, ¡plaf!, en mi vida vi cosa igual: el *chicuco* este, sin decir palabra, le encasquetó un botellazo... ¡Es un valiente!

Un murmullo de simpatía coreó lo dicho por el viejo cargador.

—¡Huye!... ¡*Chicuco*, huye!—vociferaron unos cuantos—. ¡Si no, te van á meter en la perra!

Y varios brazos empujaron al rapaz, que permanecía inmóvil, como si no se percatase de lo comprometido de su situación.

Abriéndose paso á empujones, llegó hasta el pasiego el amo, y, cogiéndole, lo zarandeó brutalmente, mientras que gruñía, rabioso:

—¡Maldito! ¿Qué has hecho?... ¡Vete!... ¡Largo de aquí!... ¡Vete, ó te mato!

Y llevado de la ira, sin dejar de zarandearle, y sin pensar en el mal negocio en que se metía si la Justicia reclamaba al agresor, puso á éste á la puerta, y, dándole un violento empujón, le echó á la calle, con más coraje aún que el que empleaba con los borrachos posmas y levantiscos que iban á alborotar á su establecimiento.

Solo, á la ventura, en aquella crudísima noche de invierno en que ni aun las estrellas templaban con su tibio resplandor la lobreguez de la tierra, vióse el *chicuco* vagando, como un mendigo, por las calles, arrasados los ojos de llanto... ¿Dónde iba?... ¿Cómo vivir alejado de Carmela, la *seño-*

estilo de los que cautivan la atención y emocionan á los honrados burgueses, en las absurdas y truculentas cintas cinematográficas, pintiparado era el momento, al iniciarse el éxodo del *chicuco*, para complicarle en una serie de estupendas aventuras. Pero rumbo más prosaico le trazó la suerte, haciéndole entrar, como recadero, en una de las afamadas fondas del muelle, donde se ganaba el pan con menos trabajo y más provecho que en la taberna.

Siempre que salía á la calle—cosa harto frecuente en un recadero—, no podía resistir la tentación de pasar por la *La Universidad*. La mayoría de las veces resultábale fallido el anhelo que le llevaba á aquel sitio, porque la *señorita* jamás fué ventanera; así es que el pobre tornábase á su obligación, mustio y cariacontecido; los días en que atisbaba la gentil figura de Carmelita, sentíase el ser más venturoso de la tierra.

Entre los parroquianos susurrábase que el señorito Juan era el novio de la hija del tabernero... El *chicuco* los vió, en cierta ocasión, muy juntitos y acaramelados, paseándose á lo largo del muelle... Detúvose un momento, estupefacto... Pero... ¿era posible?... Y, llena el alma de dolorosa desilusión, alejóse, sombríamente, presagiando una gran desdicha para su ídolo.

ooo

Cumplióronse las negras presunciones del muchacho.

Muerta de vergüenza y de pesar, y antes que su falta fuese la comidilla del barrio, Carmela huyó de su casa, con el decidido propósito de no volver nunca jamás.

Atardecía. Al verse en la calle, sintió la indecisión que ha de sentir el pajarillo que, por vez primera, tiende el vuelo. ¿Adónde ir?...

Su pensamiento no se apartaba un instante de lo que le había ocurrido. Enamorada, en un momento de alucinación se entregó al hombre que la mentía amor eterno. Aquel mal hombre—y al pensar en él estremeciase de ira y la vergüenza arrebolaba su rostro—mofábase ahora, con la desaprensión de un canalla, de la credulidad y del cariño de la infeliz.

En la peregrinación que esperaba, sólo Dios podía guiar sus pasos. Iba al azar, hacia las playas, lejos del poblado...

De vez en cuando, volvíase á mirar la ciudad, con los ojos turbios y el pecho henchido de suspiros. Al llegar á *Piquio*, un promontorio que se alza entre ambas playas; vió al *chicuco*, sentado en un banco, fijos los ojos en el mar.

Quiso rehuir su encuentro: dábale vergüenza de que la viese. Y, sin embargo, aquel muchacho, que siempre la manifestó un cariño sincero y una abnegación conmovedora, fué el único que la defendió. Por seguir los impulsos de su noble alma, expúsose á ir á presidio.

Detúvose, perpleja, en angustiosa indecisión, y así hubiera permanecido, Dios sabe cuánto tiempo, si el *chicuco*, al reparar en su ídolo, no se levantara del asiento, como movido por un resorte, y, loco de alegría, no fuera á su encuentro, exclamando:

—¡Señorita Carmela!... ¡Señorita Carmela!

La joven le tendió los brazos, sollozando.

.....
Fué breve la conferencia; á su final, el *chicuco*, erguido, como se yergue el héroe en el supremo instante de arrojarse á la pelea, musitó, con acento férvido de indomable resolución:

—¡Nadie! ¿lo oye?, ¡nadie se atreverá á hacerla daño, mientras yo viva!... Vámonos lejos de Santander, donde no nos conozcan. Para la gente seremos lo que yo quiero que seamos siempre: dos hermanos; porque yo la quiero á usted, señorita Carmela, como si fuera usted mi hermana... ¡Vámonos de aquí!...

Ambos jóvenes abandonaron *Piquio*, y, en vez de volver á la ciudad, marcharon, campo atravesado, envueltos en las sombras de la noche, rotas á intervalos por la luz blanca de la linterna giratoria del faro de Cabo Mayor...

ALEJANDRO LARRUBIERA

DIBUJOS DE AGUIRRE



rita, para él suma y compendio de todo lo más hermoso de este mundo?...

¡No! No se arrepentía de lo hecho; cien veces que volviera á ocurrir, cien veces que haría lo propio.

Como caminante al que una ráfaga de viento mete la luz que le sirve de guía en un lugar desconocido y tenebroso, así se encontraba el infeliz, sumido su espíritu en desoladoras tinieblas, sin saber adónde encaminar sus pasos.

De pronto detúvose como sobresaltado. Hasta él llegaba clamoroso é imponente el rugido del mar, negro y tumultuoso, aquella noche, como sus pensamientos. Las luces rojas de un buque anclado en la bahía, reflejábanse en las ondas cuá espadas flamígeras... Avanzó resueltamente... Allí, en lo hondo, encontraría la paz absoluta... Pero se rehizo... ¡No! ¡Aquello era una cobardía!

¡Adelante!

Y siguió un caminar errabundo, muelle arriba... Pronto la niebla borró la silueta del infortunado *chicuco*.

ooo

En verdad que si en la presente historia se tratara de hacer del protagonista un héroe, al

ESPAÑA ARTÍSTICA Y MONUMENTAL
LA COLEGIATA DE JEREZ DE LA FRONTERA

OFRECEMOS á nuestros lectores, en estas páginas, una información acerca de uno de los más hermosos edificios arquitectónicos que existen en Jerez de la Frontera, la mágica ciudad meridional del delicioso vino dorado y cálido como el sol de Andalucía; ese sol maravilloso é incomparable, de áureos resplandores y de ardiente luminosidad de fuego, que hace brotar en las almas fragantes rosas de alegría y jovialidad, y que hace sentir á los pechos los latidos intensos y ardorosos de avasalladoras pasiones, candentes, trágicas, morunas y sensuales...

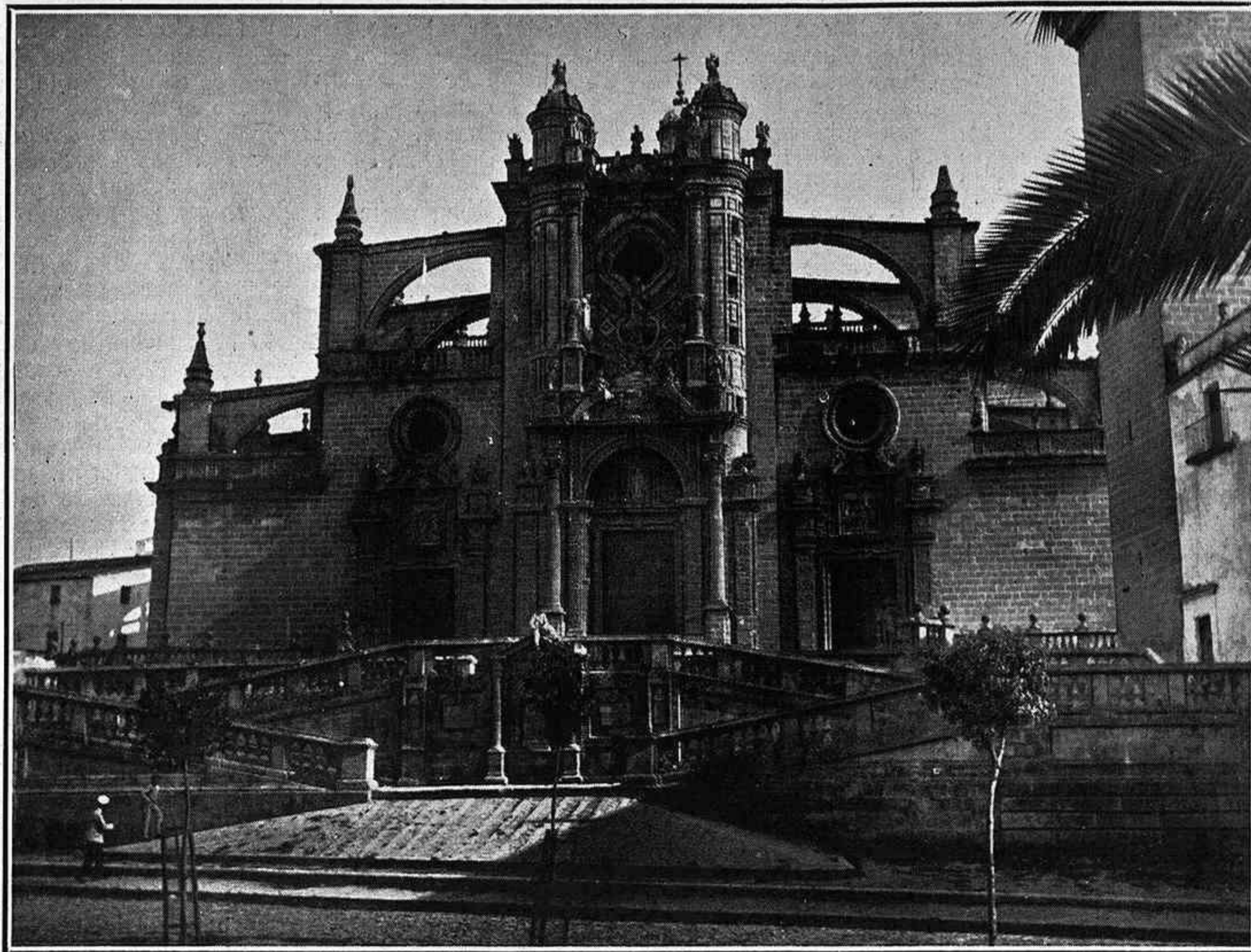
Desde la plataforma almenada de una de las torres del Alcázar de Jerez, se contempla admirablemente el edificio, bello y majestuoso, de la Colegiata, construcción de que en estas líneas vamos á tratar. La hermosa cúpula, con cuerpo de luces octógono, sobre cuyas aristas se levantan sendas estatuas de santos, se alza, alta y gallardamente, hacia la límpida túnica del cielo jerezano, pleno de ce-

La imafrente, escalinata y balastradas de la Colegiata

gadora luz y resplandeciente de intenso color. Fué hecha la cúpula por Torcuato Cayón de la Vega, ilustre artista andaluz, uno de los más valiosos representantes de lo que fué el arte arquitectónico durante los años del siglo XVIII.

natos, capiteles, etc., trabajados primorosamente con gran delicadeza; entre ellos figuran el *Padre Eterno*, la *Concepción*, la *Transfiguración*, *San Pedro* y *San Pablo*, todo levantado sobre rampas espaciaosas, graderías extensas

Debajo de la cúpula se extiende un edificio en forma de cruz, con una amplia terraza contornada de balaustres y pináculos barrocos, con arbotantes y contrafuertes, y con claraboyas angreladas. La construcción de esta parte de la Colegiata revela un arte bastardo, en que predomina la aspiración hacia la sencillez greco-romana y sobreviven las tradiciones del arte ojival, á pesar del gusto *vignolesco*. En la parte del hastial ó fachada se ve un conjunto, pesado y heterogéneo, en que se encuentran, mezclados, matices de arquitecturas diferentes, desde algunos aspectos del arte antiguo clásico, hasta algunas facetas de la arquitectura del siglo pasado. En esta misma parte del edificio existe número no escaso de estatuas, or-



Cúpula y linternas, ejecutadas en 1773



La puerta principal de la Colegiata



Un detalle de la sillería del coro



El magnífico baldaquino

y pretilos con balaustres, ofreciendo un conjunto verdaderamente artístico.

Junto al edificio se halla una torre, que fué la de la Colegiata primitiva, á que dió el Rey don Alfonso el Sabio el título de *San Salvador*, cuando la mezquita que había junto á ella fué purificada y habilitada para el culto católico. Esta torre conserva, en su cuerpo inferior, la decoración de estilo gótico, con algunos rasgos del arte musulmán, que, indudablemente, fueron aplicados después de la Reconquista; así parecen revelar las bellas y elevadas ventanas de sus cuatro costados, cuyo trebolado ajimez muestra una crestería, de estilo florido ó flamular, y un arrabá de delgadas cañas.

La parte interior de la Colegiata es de mal gusto greco-romano, que se encuentra mezclado con el ojival de la decadencia. Posee cinco naves con bóvedas por arista; un crucero amplio; un

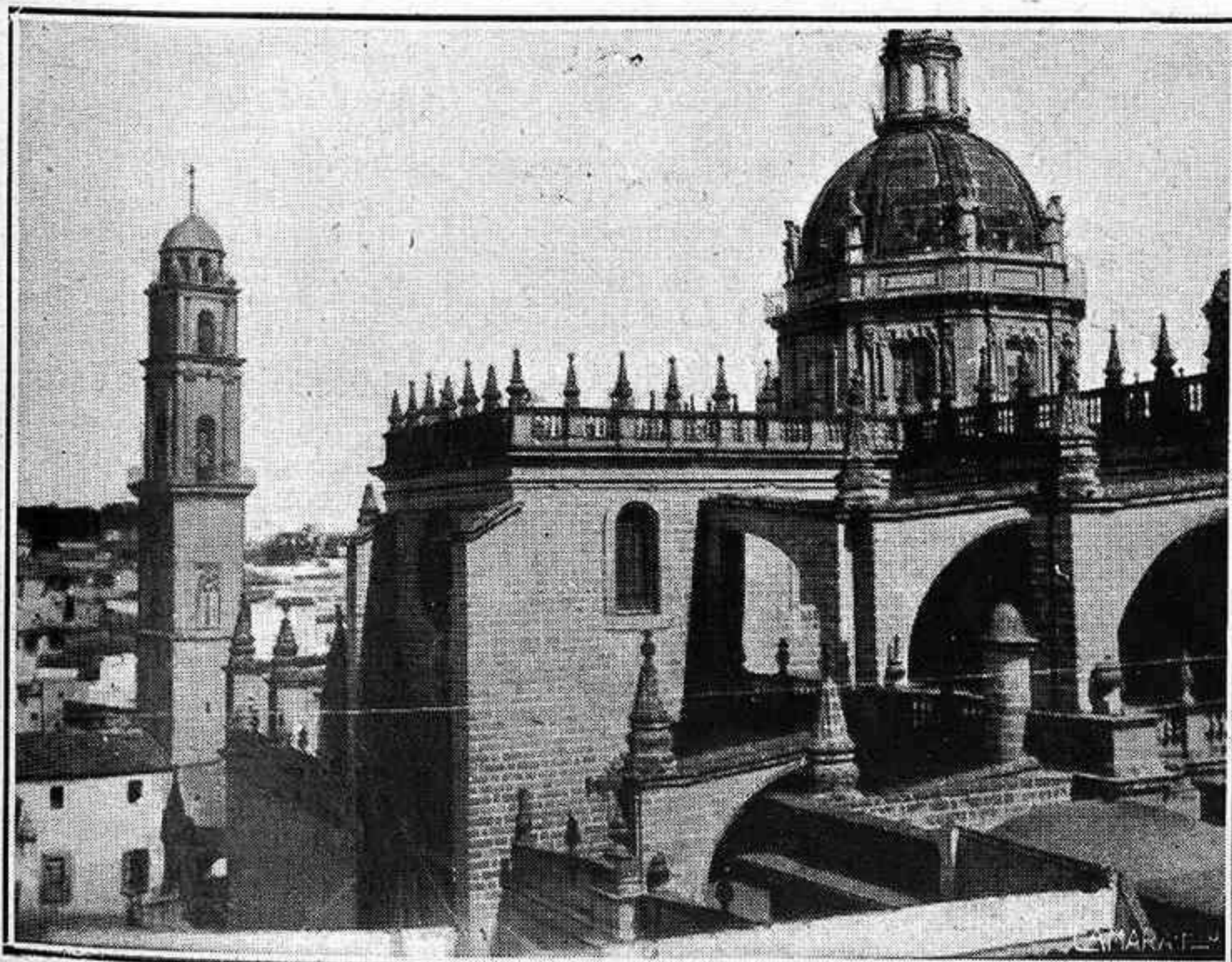
presbiterio, en que el altar se encuentra aislado y exento; pilares, que remedan los haces de columnillas y baquetones del arte ojival; medias columnas en la nave mayor, con cornisamento compuesto y grandiosos capiteles; carece de capillas, teniendo en su lugar altares situados lateralmente. El coro, que es enteramente de piedra, está adornado con pilastras corintias. La sacristía, situada detrás del presbiterio, tiene también un frontispicio, del mismo orden, con algunas estatuas.

La Colegiata jerezana tiene una hermosísima colección de monedas, legada por D. Juan Díaz, obispo de Sigüenza. Posee también una biblioteca, compuesta de 2.138 volúmenes.

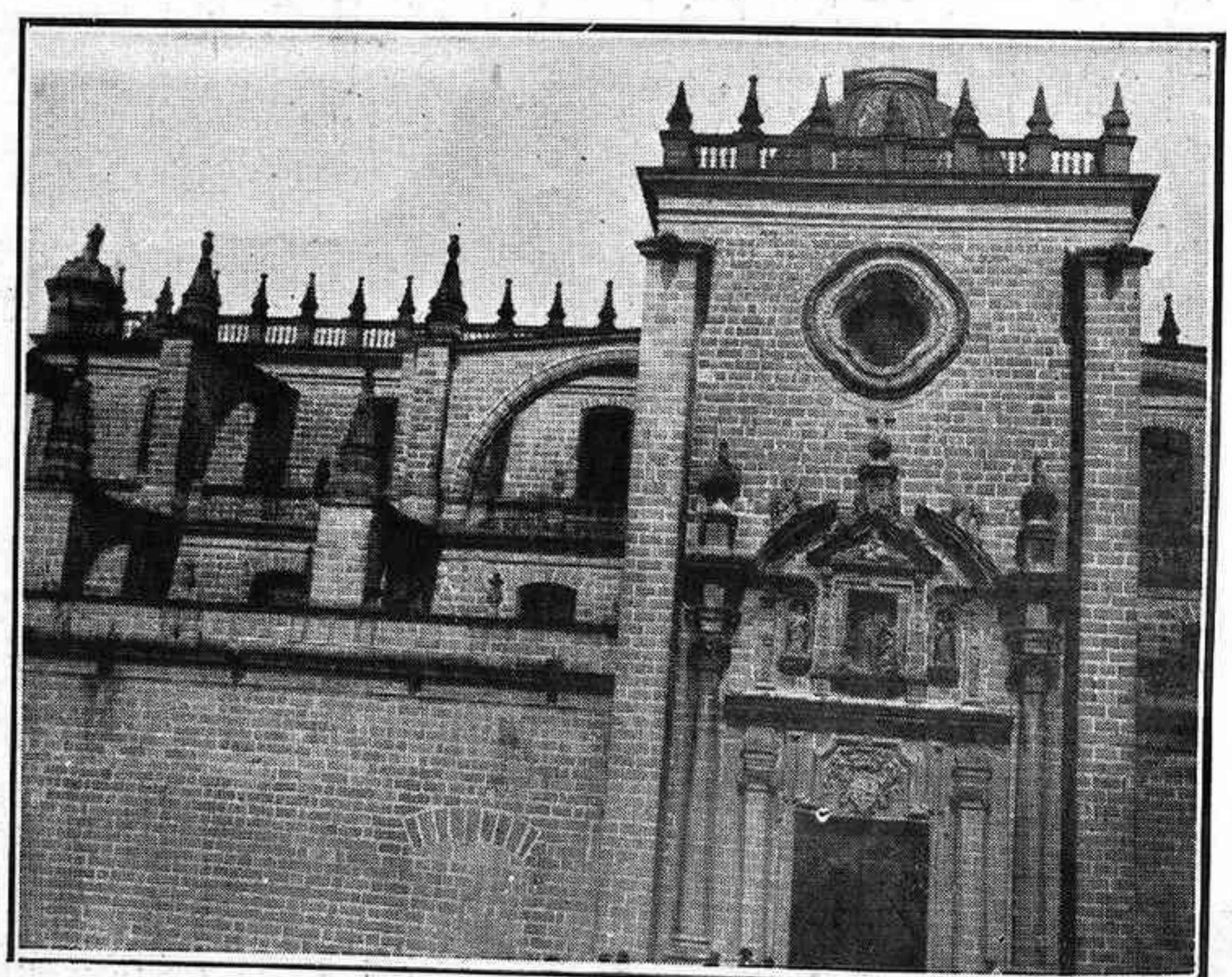
El templo de que tratamos, fué primitivamente una de las parroquias de la ciudad; el Rey Sabio la elevó á Colegiata, concesión que fué aprobada por el Papa Clemente IV. Respec-

to á la construcción del templo actual, diremos que en 1647, hallándose ruinoso la primitiva iglesia, tratóse, en Junta, por los dos Cabildos, de levantar los cimientos de un nuevo templo, y, una vez acordado esto, començáronse las obras en 1649. Después de grandes vicisitudes y contrariedades, se concluye la edificación en la segunda mitad del siglo XVIII, bajo la dirección del citado arquitecto D. Torcuato Cayón de la Vega, abriéndose al culto el 6 de Diciembre de 1778. La larga cantidad de tiempo que tardó en ser edificada la Colegiata, hace que ésta resulte, en general, pesada, y que se encuentren en ella ejemplos de diferentes y encontrados gustos.

A pesar de todo, es un monumento digno de ser conocido y visitado por todos los que lleven en su pecho ideales nobles y ardientes de Arte y de Belleza.



La torre y el campanario



Fachada de la parte Sur

FOTS. BUTLER Y MARTÍNEZ GIMÉNEZ

DE LA BOHEMIA PINTORESCA
LOS FLANES CHINOS DE "TUFITOS"

No quiero decirles más sino que la gente nos miraba por la calle y sonreía...

Yo tenía dos cosas, sólo dos cosas en el mundo, que me hacían la vida feliz: mi maravilloso traje de pana, de corte irreprochable—sí, eso es—, mi maravilloso traje de pana—¡toda la la lira!—y ella.

Eramos dos chivos locos.

Una vez que pasábamos por la Carrera de San Jerónimo, y tocaba en la acera el sexteto de los ciegos, no nos pusimos a bailar de contento, porque sí, en plena calle, por un verdadero milagro... Porque yo no sabía bailar...

Estábamos disparados de alegría.

Ella se cogía de mi brazo... ¡No se cogía: se amarraba! Y me apretujaba, y me zarandeaba, y me llevaba de aquí a allí, y me hacía parar en todos los escaparates; y aunque yo protestara, tenía que enterarme de cosas tan absurdas como de que *Pachín* (*Pachín* era un perrito golfo que ella tenía) le había hecho una cosa fea en un vestido, ó de que le iban a regalar un gatito de Angora que tenía un rabo, así, como un limpiatubos...

—¡*Tufitos*, por Dios, hija!—le decía yo, muy serio... ¡Ah! Porque yo, debido a sus rizos arbitrarios sobre las sienes, la llamaba *Tufitos*— ¡Por Dios, *Tufitos*, hija, eres un torbellino! ¡Es menester que echés más juicio!...

—¡Habrás mamarracho!... ¡El tontaina este!—me respondía, mirándome de reojo en la luna de un escaparate—¡¡Pues terminamos para siempre!!

Y se ponía muy seria, y se callaba... durante cuatro ó cinco segundos; porque ella podía resistir mucho tiempo callada, como yo ser arzobispo.

□□□

No, no; lo que se dice de una belleza correcta, no; pero se la miraba un poco á la cara, á aquella cara que tenía de golfillo de estampa, y se le ponía á uno un gesto de papanatas, que no quiero decirles... Créanlo ustedes.

¡Pero si no tenía más que quince años!...

Era menuda y fina.

Tenía los ojos de chivilla retozona, y me daba una risa loca, como si me hiciera cosquillas, cuando me miraba con gesto de desprecio, por encima, frunciendo su naricilla y echando un poco la cabeza hacia atrás...

Los labios, como una fresa. Sus senos, pequeños, de copa fina. Y sus tufos... Sus tufos, rizos... Sus rizos arbitrarios... Bueno, pero no. Era, toda ella, nerviosa y bonita, que se reía con toda la gracia, que vestía como una muñeca... Unos trajes que ella misma se hacía, del modo más fantástico que nadie puede imaginarse.

Todo en ella era adorable. Tod... Sólo tenía un defecto, un enorme defecto. ¡Dios mío, tenía un enorme defecto!

Se moría por los flanes chinos...

□□□

Yo tuve la culpa, lo comprendo; yo tuve la culpa de aquella pasión desenfadada y fatal.

Un día se me ocurrió obsequiarla con flanes chinos en una pastelería. (El hombre bordea á veces el abismo sin darse cuenta.) La obsequié

con flanes chinos. Ella, con sus ademanes inquietos de colibrí de plumas bonitas, cogió el cuchillo, cortó el flan y lo probó. ¡Dios mío!... Alzó la cabeza, su cabecita de rizos arbitrarios, y casi poniendo los ojos en blanco, entornándolos (con ese gesto de cuando entra azúcar en una muela picada), no se le ocurrió sino exclamar:

—¡Qué ricoooo!...

Hasta el confitero y la señorita de la «Caja» se echaron á reír.

Pero ella no se desconcertó; los miró, rápida, y les sacó la lengua.

—¡Eso no está bien!—le dije yo—¡Habrás visto!...

chinos diarios? ¡Y chinos; sobre todo, chinos!... ¡Ustedes, qué van á saber!...

Si yo hubiera tenido uno de esos comercios líricos cualesquiera, como exportación de pimientos neumáticos, ó una fábrica de buñuelos eléctricos ú otra cosa así, no hubiera habido conflicto; pero yo era solamente un luchador del ideal, ¿saben ustedes?, y eso no produce más que sonetos alejandrinos y dolores de estómago...

Por eso sobrevino la tragedia.

¡Días angustiosos aquellos en que yo no tenía para convidar á flanes chinos á *Tufitos*!... ¡Días terribles!... Más que nada, porque yo no decía á *Tufitos*—¡si tenía quince años!—los apuros en

que me veía... Y llegué á pensar también que ella podía creermé un egoísta al no convidarla... ¡Yo, Dios mío, egoísta! ¡Yo, que hubiera convertido mi corazón en un flan para que ella se lo comiera!...

□□□

Y aquí tienen ustedes (la juventud ama el sacrificio) que pensé:

«*Tufitos*: eres una cosa muy bonita, pero tienes un enorme defecto: te gustan demasiado los flanes chinos. Y yo, que no tengo en el mundo más que mi traje de pana y tú, voy á retorcerme el espíritu, sacrificándome, al renunciar á ti. Te voy á dejar, porque yo no tengo derecho á que por causa mía te abstengas de comer durante toda tu vida todos los flanes chinos que tú quieres...»

Y así lo hice.

Le representé una serie absurda de escenas violentas.

Traición, celos y rayos encendidos.

Hubo sus lagrimitas y cartas escritas con nitroglicerina; pero todo acabó.

Pasé unos días horribles, horribles, como si tuviera atravesada en la garganta una espina de bacalao, pero ya mi obra está hecha.

Hoy sé que *Tufitos*—mi bonita *Tufitos*—está casada con el dueño de una fábrica de perdices artificiales en escabeche; el cual, si ella quiere—basta que le haga unos mimos (la mariposa y el elefante)—, le puede comprar el Himalaya convertido en un flan.

¡Dios mío! ¡*Tufitos* comi-

miendo flanes chinos con un falsificador de perdices!...

Pero, ¡bah!, después de todo, esto me consuela algo: ella se ha de acordar siempre de mí; porque, ¿quién, si no yo, fué el primero que comió legítimos flanes chinos con ella; los más dulces, los únicos, los primeros? ¡Eso es, los primeros!...

Aunque al pensar que aquello se fué para siempre, ¡para siempre! ¡*Tufitos*, para siempre!... ¡Cuidado! ¡Cuidado con la tragedia!! Aunque al pensar que aquello se fué ¡para siempre!, me ponga *peripatético*...

Aquella fea de *Tufitos* nunca pudo decir bien esto de *peripatético*. Se le liaba la lengua y, lo que es peor, como yo me reía, ella me pegaba con sus manecitas chicas... Con sus manecitas chicas, que yo después me comía á besos...

FRANCISCO DE TROYA

DIBUJO DE MANCHÓN



—¿Que no está bien?... — me respondió — ¡Mejor!

Y me hizo un mohín de burla.

□□□

Después de esto, la catástrofe.

Pasábamos ante una pastelería, ¡ante una pastelería!, y me miraba... No me decía nada: me miraba; y, sin darse cuenta, se pasaba la punta de la lengüecilla por sus labios finos, lo mismo que un perrillo goloso ante un terrón de azúcar.

Yo, que ya había hecho arqueo, le decía:

—*Tufitos*: ¡hay flanes!...

Y ella, cogida de mi brazo, saltaba de contento como una chiquilla.

¡Las locuras que yo hice por convidar á flanes chinos á *Tufitos*!...

Pero, ¿tanto cuestan los flanes chinos?...

No es que costaran un dineral; pero, ¿saben ustedes lo que son cuatro, ó cinco, ó seis flanes

DE LA VIDA DE LA "MOCIÑA" DE GALLEGA

ENAMORADA de sus verdes prados y esclava del terruño que la vio nacer, y al que rinde, gozosa, su trabajo, la *mociña* gallega es todo un símbolo de amor y de ternura.

Un moteado pañuelo, cuidadosamente anudado á la nuca, cubre enteramente la rubia mata de su cabello, y sólo algunos rebeldes rizos se asoman sobre las sienes; en el alto pecho tentador se cruza una toquilla de flecos, y la volandera falda cae graciosamente sobre la oscura saya de bayeta; ni las gruesas medias, de burda lana, que cubren sus piernas, ni las almadreñas que calzan sus pies, restan esbeltez á su cuerpo, grácil y seductor; la *mociña* es siempre gentil y siempre bella, como los rientes valles donde su vida, apacible, se desliza.

En las tardes primaverales, cuando el aire acaricia la floresta y el campo gallego se llena de esas dulcísimas cadencias, que Veiga y Montes cristalizaran en el pentágrama, la *mociña* lleva á pastar la vaca, y la inocente mirada de sus ojos azules se posa en la *Xata*, de mirar triste y dulzón. Es la *Xata* la que ayuda al «paisano» en las labores del campo y la que provee á las necesidades del caserío, con el caudal de su leche, fresca y jugosa como la hierba de los pastos que la alimentan.

También la *mociña* sabe cuidar carneros y gallinas; pero es la vaca el objeto de su mayor veneración y cariño.

Algunas veces, cuando la cosecha del centeno es pobre y no puede pagarse la renta del «foral», tiene que ser vendida en el mercado de la cercana villa; entonces, parece que una intensa ola de tristeza invade el caserío; todos recuerdan la vaquiña



Cuidando "les vaques"



Con el carnero preferido

vendida, como un ser querido que se alejó para siempre, y las lágrimas afluyen á los ojos aldeanos...

Pero si la cosecha ha sido pródiga, reina en el caserío un ambiente de bienestar: el «paisano» canta, alegremente, en el «curro» ó en la era, y la *mociña*, contenta, acaricia el lomo tibio y lustroso de la *Xata*.

En los plácidos días otoñales la *mociña* varea el castañar; á los golpes de su palo recio van cayendo los maduros frutos, escondidos en una erizada y áspera envoltura; algún rústico galán, acechando en la umbría del seto vivo que marca el lindero de la finca, aprovecha entonces la ocasión para requebrar á la moza, y ésta agradece, sonriendo, las lindezas que escucha, y que halagan sus oídos.

Y al recoger los sabrosos frutos, que amontona en el halda, piensa en las tardes largas del invierno, en que la leve y sutil gasa de la niebla se prenderá en las altas ramas de los árboles, desnudos, y envolverá con su cendal grisáceo la campiña entera.

Entonces, junto á la chimenea de campana del hogar, se cocerán las castañas á los hervores de la olla, y el abuelo contará tiernas historias de la *terra meiga*, mientras la lluvia resonará en la oquedad del pajar del caserío, en cuya empinada chimenea azuleará, entre la bruma y sobre el obscuro tejado de pizarra, un leve penacho de humo.

FOTOGRAFÍAS DEL MISMO

CECILIO BENÍTEZ

LA MODA FEMENINA

La primera de nuestras figuras confirma las agradables noticias que vienen circulando, de que han terminado los *paniers*, y que la moda tiende á volver á la línea sencilla, esa que muchísimas de sus partidarias han tratado siempre de imponer en cada nueva estación. Parece que aquéllas logran ahora su afán.

La tela de dicho figurín es crespón de la China, color lila, y el adorno y los bordados son de terciopelo y felpilla, tono morado, á más del original detalle de esa onda, de grueso encaje negro, que cae por delante, al final de la falda. Fíjense ustedes en que vuelve á estilarse, como valiosa y magnífica joya, el medallón pendiente de fina cadena de oro.

La segunda figura, ataviada de manera envolvente y vaporosa, ostenta lindo vestido de raso, matiz paja, cuya falda luce esos bordados un si es no es chinoscos, y cuyo cuerpo bien podemos afirmar que va envuelto en esa ancha faja de terciopelo rosa fuerte, primorosamente plegada, sin afectación, y haciendo, casi, las veces de corpiño. Del lado derecho de la falda cae una semisobrefalda, de fina gasa blanca, y no llega al suelo; pero, en cambio, del lado izquierdo se convierte en moderada cola, la cual, según indica la actitud del figurín, cubre por detrás toda la falda.

La tercera figura opta por engalanarse de negro; y cubriendo una falda, no muy estrecha, de raso, va ese vestido de blonda.

Convengamos, con las buenas presumidas, en



que estos modelos son tentadores; hacen revivir, entre la prosa de otras vituperables modas, algo de la poesía, del lujo y de la voluptuosidad de épocas mejores. Hay *chic*, mucho *chic* en las tres damitas.

¡El *chic*! Diremos con la elegantísima María Leconte: «Para definir esa palabra sería preciso reunir en un ramillete una multitud de adjetivos, como elegante, gracioso, espiritual, esbelto, inesperado, espontáneo, coquetón, florido, tierno, generoso, bondadoso, bravo, y sacar de todos ellos la más gentil esencia. Y aun así, veo que algo faltaría á mi receta para producir lo que la sola sílaba *chic* indica.»

Desde hace algún tiempo ya, las modas tienden á ese espíritu inquieto, rebuscador, que se revela también en la mujer moderna. En los antiguos dibujos, en las viejas telas, en los centenarios encajes, se inspiran hoy los nuevos y más primorosos usos. Se vive del pasado. Se buscan, con afán, los grabados de otras épocas, para utilizarlos, en sus mejores detalles, como «último figurín».

Y antes, al igual de ahora y siempre, privando el simpático afán de agradar.

Ya nos lo dicen desde Francia:

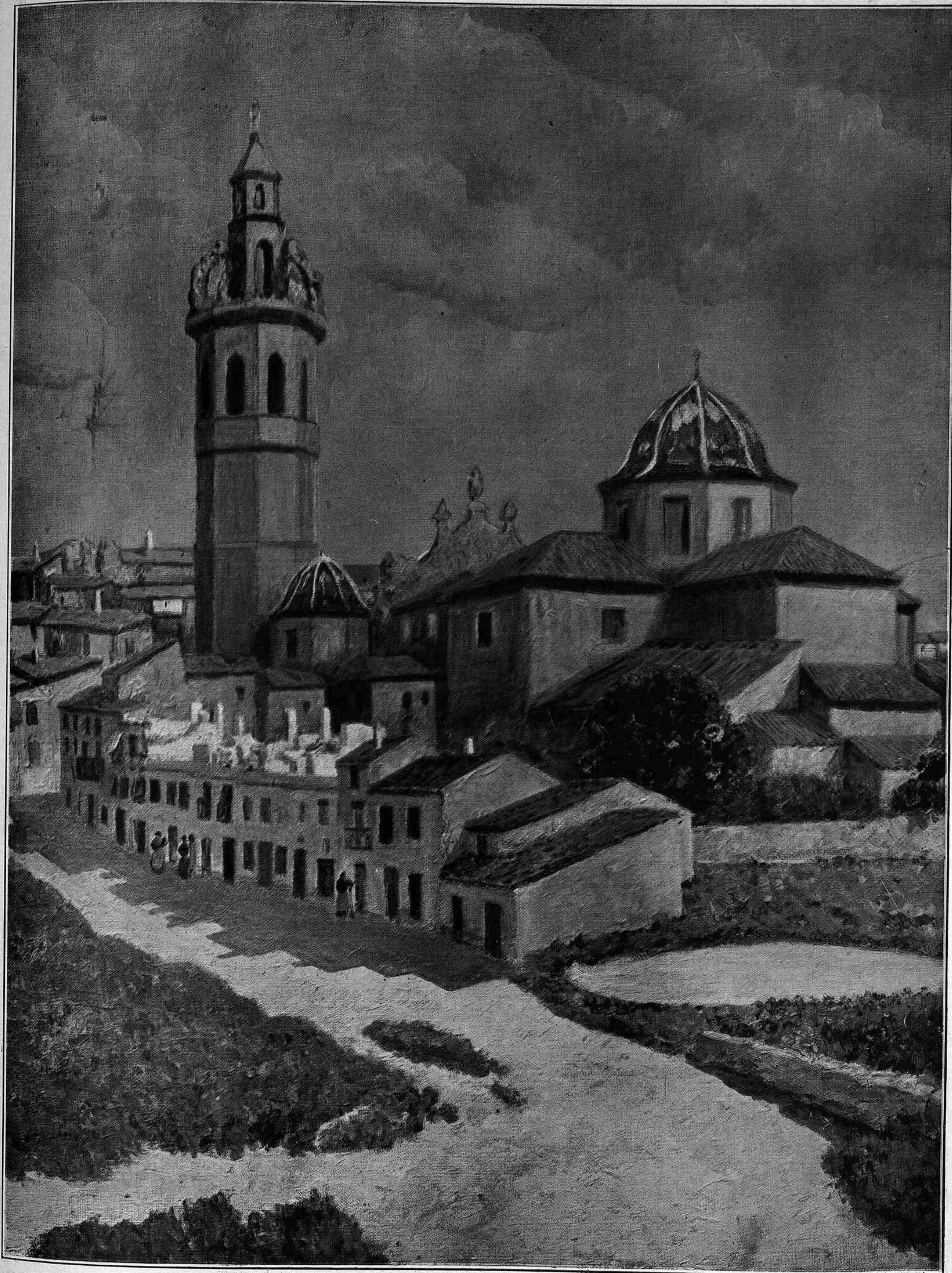
«L'art de plaire est l'art suprême;
Il ouvre les cœurs à son gré.
Un objet n'est qu'admiré,
Mais ce sont les grâces que l'on aime.»

SALOMÉ NÚÑEZ Y TOPETE



Tres elegantes vestidos de "soirée"

LA ESFERA
PAISAJES ESPAÑOLES



UN PUEBLO CASTELLANO, cuadro original de Darío de Regoyos

EL CASTILLO DE TORIJA

A diez y ocho kilómetros de Guadalajara, en la carretera de Madrid á Zaragoza, está situado el pueblo de Torija, interesante hoy por la fortificación, cuyas ruinas reproducimos, y célebre en remotas edades, por haber sido punto estratégico y teatro de las más encarnizadas luchas.

La fecha de la fundación del castillo de Torija se pierde entre las nebulosidades del tiempo.

Después que los Templarios fundaron el Monasterio de Santa María de Montalbán, primero de su Orden en España, no tardaron en poseer otros varios, siendo el segundo el de Torija, bajo la advocación de San Benito, según noticias que se consignan ya en códices y documentos, tales como en las *Memorias de Don Fernando IV de Castilla*; en la *Crónica de las Ordenes Militares*, de Rades; en las *Disertaciones históricas acerca de los Templarios*, de Campomanes, etc. Estas edificaciones se hicieron durante el reinado pontificio de Alejandro III, el cual falleció el año 1181.

el castillo, á pesar de los rudos sitios á que sometieron la fortaleza.

Este Puelles hacía frecuentes correrías á través de los espesos montes que entonces había por estas inmediaciones, y llegaba hasta Guadalajara, robando y destruyendo los caseríos y causando grandes daños en las casas y huertas del barrio ó arrabales del Alamin.

Pertenecía entonces Torija al Señorío de los arzobispos de Toledo, y deseando el Rey de Castilla apoderarse de esta fortaleza, por ser punto estratégico, ordenó al arzobispo que tomara esta plaza. El prelado envió allí sus huestes; pero era tal el brío y el coraje del aguerrido soldado navarro, Juan de Puelles, que obligó á retirarse al arzobispo, después de largo sitio. Entonces se reforzaron las tropas del prelado, D. Alonso del Castillo, con las del marqués de Santillana, que era á la sazón D. Íñigo López de Mendoza, y, después de prolongado sitio, lograron la rendición de la plaza, á condición de la libertad de los sitiados, el 2 de Agosto de

cluir estas luchas, el Justicia de Aragón vino á Castilla á negociar las condiciones de paz con el Castellano, en el año 1455, pasó por Torija «sólo por ver aquel tan nombrado lugar adonde tan señalados y famosos hechos de armas se ejecutaron por los capitanes y gentes del Rey de Navarra, que hicieron más que hombres en haber resistido tanto tiempo, y el marqués de Santillana estaba muy arrepentido por haber derribado aquella fortaleza...»; y parece ser que el Justicia quiso ver á Juan de Puelles, pues su fama había llegado á todas las partes, lo cual indica que no podía hacer mucho tiempo de la terminación de tales acontecimientos. Zurita dice que Puelles marchó á Aragon, una vez entregada Torija, y hay otros que aseguran que después estuvo preso en el Alcázar de Guadalajara, siendo Zurita eco de las dos versiones.

ooo

El Señorío de Torija perteneció á D. Alonso Fernández Coronel, por donación de Don Alfon-



La torre del homenaje, del castillo de Torija

FOT. SERGIO CABALLERO

Así, que la antigüedad de la venida de los Templarios á Torija puede fijarse hacia el año 1150. El padre Mariana afirma que este convento aparece citado en una bula de Alejandro III.

Con la desgraciada suerte de esta emprendedora Orden, que el Papa extinguió después de largo y calenturiento proceso, en 22 de Marzo de 1312, quedó desierta la vida del Monasterio, y sus bienes y propiedades á disposición de la Iglesia.

Hay quien opina que el castillo fué obra de los Templarios, y que se construyó sobre las ruinas del convento. La arquitectura del castillo y los rastros y señales inequívocas que se conservan en pueblo de tan remotas dominaciones, todo nos hace creer, con firmeza, que la obra del castillo es anterior á la venida de los Templarios, y que los bravos caballeros de la Orden del Templo vinieron á ocupar aquella fortaleza, la cual habitaron por espacio de bastante tiempo.

ooo

Las noticias más verídicas que se conservan de este castillo datan del año 1444, en que las contiendas entabladas entre los Reyes de Castilla y de Navarra determinaron la toma de la plaza de Torija por el Rey de Navarra, á la vez que otros pueblos que hallaba en su camino hacia Madrid, según las Crónicas de Don Juan II y de Don Alvaro de Luna.

El navarro ponía fuertes guarniciones en las plazas conquistadas, y en el castillo de Torija dejó al valeroso caudillo Juan de Puelles, caballero de indomable entereza, que supo conservar

1452, según parece desprenderse de dos escrituras hechas por el marqués de Santillana: «En la villa de Torija, en el qual día, el señor arzobispo de Toledo e yo entramos por combate la dicha villa. Año de el Nacimiento de N. S. Jesu-Christo de 1452.» (Cit. Padre Heredia).

Zurita y otros autores señalan la toma de la fortaleza en 1447; y como las fechas son demasiado distanciadas, vamos á confirmar con algún detalle la primera: Cuando, desde la plaza de Atienza, el valiente Rebolledo, alcaide ó caudillo encargado de su custodia por el Rey de Navarra, pidió á éste auxilio contra el sitio y empuje de las fuerzas de Castilla, al mando de don Alvaro de Luna, el navarro propuso una tregua en concordia, con lo cual los castellanos entraron en Atienza; y sospechando ser víctimas de un engaño, prendieron fuego á la villa en 20 de Agosto de 1446; lo cual indignó tanto al de Navarra, que no quiso entregar al castellano las fortalezas de Atienza y de Torija. Entonces Don Juan II mandó tomarlas por asalto, y fué cuando encomendó la labor en Torija al arzobispo, quien después de largo sitio tuvo que retirarse. Después pusieron otra vez cerco á Torija las huestes del arzobispo, unidas á las del marqués de Santillana, y para estos sitios, con la lentitud que solían llevar tales operaciones, parece poco tiempo un año. En nuestro favor están las Crónicas de D. Alvaro de Luna, donde consta que teniendo el de Santillana sitiada la plaza por *Febrero de 1449*, avisó al condestable de haber sabido que el Rey de Navarra venía en auxilio de los sitiados... Además, cuando, á poco de con-

so XI, en virtud de varios méritos y distinciones en los combates.

Después pasó á la Infanta Doña Beatriz, volviendo más tarde, en 1389, otra vez á poder de la familia Coronel, por Real orden de Don Juan I en favor de D.^a María Coronel.

Perteneció también al Señorío de la baronía de los Guzmán, que después formaron la casa de los señores de Algaba.

El marqués de Santillana compró el Señorío á D. Gonzalo de Guzmán y lo entregó á su hijo tercero, D. Lorenzo Suárez de Figueroa, conde de Coruña, que tomó el título de vizconde de Torija, legándole después á su hijo mayor, don Bernardino Mendoza, historiador de la guerra de Flandes, el cual fundó la iglesia parroquial donde reposa su cuerpo.

ooo

Durante otros disturbios, desempeñaron Torija y su Castillo interesantes papeles.

Felipe II estuvo el día 4 de Febrero de 1585 comiendo y descansando algunas horas en el Castillo de Torija, propiedad entonces del conde de Coruña.

Durante la guerra de Sucesión también padeció mucho la villa de Torija. En 1811 voló el Castillo *el Empecinado*.

... Y hoy está en lamentable ruina. Con sus sillares se han hecho en el pueblo algunas construcciones, cuyo detalle puede verse en el grabado.

SERGIO CABALLERO

Guadalajara, 1920.

MÚSICOS ESPAÑOLES

JOAQUÍN TURINA

DEL grupo de nombres, constantemente barajados por nosotros, que cultivan en la actualidad el arte de la composición, seriamente, en España, quedarán sólo unos cuantos, media docena á lo sumo, entre los que sobresaldrá, por sus méritos propios, el de Turina, con una nota personal, revelada en las *Danzas fantásticas* y en *La procesión del Rocío*, para orquesta; *Mujeres españolas* y *Rincones sevillanos*, para piano; más el *Quinteto*, de piano y cuerda, y el *Cuarteto*, para instrumentos de arco; en la música de cámara, obras de importancia suficiente para hacerse una reputación europea de la solidez que el compositor sevillano ha conquistado, en plena juventud, sin ningún apoyo oficial ni particular.

Porque la producción musical del compositor sevillano está muy por cima de lo que producen actualmente los compositores de su edad en otros países, no sólo por la factura de su construcción, sino por la belleza y la gracia de sus ideas, y particularmente por la nobleza de sus tendencias estéticas, de un marcado sabor nacional.

Turina está en el apogeo de su fuerza de producción, pues á las obras señaladas hay que añadir otras tan interesantes como la *Sonata romántica*, *Album de viaje*, la *suite* pintoresca *Sevilla*, *Recuerdos de mi rincón*, para piano; la *Escena andaluza*, para viola, piano y cuarteto de cuerda, y la *sinfonía Sevilla*, en tres tiempos, premiada en el concurso abierto por el Gran Casino de San Sebastián. Turina nunca es vulgar. Moderno, sin excesos de modernismos infantiles, no necesita recurrir á lo extravagante para llamar la atención. Sus ideas melódicas, fundidas en el troquel del canto popular andaluz, sabe presentarlas en formas caprichosas y originales, natural y espontáneamente sentidas, sin atildamientos, delicadezas ni frías genialidades musicales, incapaces de conmovir el corazón humano; sin los preciosismos decadentes, un tanto afrancesados; sin *debusismos*, *ravelismos* y *estravinsquismos*, en los que la inspiración propia nada vale. Su orquesta es, por tanto, de un colorido agradable, brillante y artísticamente sabia.

A raíz del estreno de *La procesión del Rocío*, escribió Manrique de Lara unas palabras que copio á continuación, y con las que estoy de completo acuerdo:

«Su primera composición orquestal—dice Manrique—nos lo revela como un maestro de la técnica, que consigue en cada instante el color justo en la instrumentación, para hacer valer el detalle típico de la invención melódica, trazada con rara firmeza y concebida con desenfadada gallardía. En el cuadro pintoresco que forma la composición estrenada anoche, sorprende la unidad lograda para la composición entera, á través de los elementos heterogéneos que el autor se ha complacido en acumular, formando con ello un admirable cuadro de género, donde el espíritu regocijado de David Teniers parece resucitar bajo el cielo sevillano, por singular acierto que pocas composiciones modernas de la misma índole han logrado realizar. *La procesión del Rocío* conserva el aroma característico de la canción popular, bajo la estructura armónica, modernísima, de que la melodía aparece revestida, y entre el pomposo follaje instrumental, donde los más violentos contrastes de sonoridad y de



JOAQUÍN TURINA
FOT. BERINGOLA

ritmo no impiden que la obra se desarrolle con unidad sorprendente y como abarcada en conjunto bajo una sola mirada.»

El teatro ha sido para el compositor español, dedicado á la música sinfónica y de cámara, un verdadero escollo, ya por falta de habilidad ó desconocimiento de los llamados recursos teatrales (en los que son tan diestros muchos músicos mediocres), ó más bien por incompreensión del público y de la crítica al uso, que llama música sabia á la música bien hecha, á la música escrita por un artista que conoce y domina la técnica de su arte.

Turina ha triunfado en el teatro, para el que ha escrito: *Margot*, estrenada en la Zarzuela; *La adúltera penitente*, representada en Eslava; *Navidad* (monólogo escénico), puesto en el mismo teatro, y refundiciones y libros de Martínez Sierra, que siempre ha distinguido á Turina con la consideración que merece el talento del joven maestro.

Las actividades de Turina le permiten espigar, con fortuna, en la crítica, que suele hacer con cierta soltura y gracia, y en la publicación de libros, como la *Enciclopedia abreviada de música*, escrita un poco á la ligera, por lo que determinados juicios, emitidos con cierto desenfado por el insigne compositor, no se pueden compartir, unos por demasiado ingenuos, otros por absolutamente equivocados.

Algunas de sus obras de cámara más importantes se han estrenado en París, interpretadas por los cuartetos Legenne y Porent, en la Sociedad Nacional Independiente. Las obras más populares de piano, aparte de *Nin y Viñes*, las tocan muchos pianistas nacionales y extranjeros, de diferentes categorías.

Como Turina es también un excelente pianista, ha tomado parte en conciertos interesantes en la Sociedad Nacional (en la que sus obras obtienen unánimemente el favor del selecto auditorio). Recientemente ha organizado un quinteto, «Quinteto de Madrid» (del que forman parte distinguidísimos artistas), que ha dado conciertos en la Nacional, en varias capitales españolas y en el Liceo de América.

Hace unos años formó una pequeña orquesta, patrocinada por la Sociedad de Hijos de Madrid, con la que dió algunos conciertos en el Odeón.

Turina nació en Sevilla, donde estudió la armonía y el contrapunto con el maestro de capilla de la catedral andaluza, don Evaristo García Torres, y más tarde el piano, en Madrid, con D. José Tragó.

En 1905 se trasladó á París, para perfeccionar y ampliar sus estudios técnicos en la «Schola Cantorum», bajo la sabia dirección de Vincent d'Indy. En la capital francesa comienza, en realidad, Turina la carrera de compositor, que le ha proporcionado, al lado de los sinsabores y desengaños propios de toda profesión, muchos elogios de la crítica docta universal y un nombre esclarecido. No hay que decir que sus obras de orquesta más interesantes han sido interpretadas por las Sociedades Sinfónica y Filarmónica con el éxito que merecen. En el Círculo de Bellas Artes dió el pasado invierno un curso de lecciones sobre historia de la Música, en las que nuestro admirado artista demostró otra fase de su privilegiado talento musical.

R. VILLAR

LA PINTURA CLÁSICA



«La Virgen y el Niño», hermoso cuadro de la escuela flamenca, atribuido á Van Dick. Esta obra es de propiedad particular, y se conserva en Alicante



FIGURAS DE ALFAR

ESTAMPAS ESPAÑOLA

PARA que haya riqueza de color, precisa una luz media, ni apagada ni fulgente. Castilla es rica en matices, pero pobre en los tonos. Para esta estampa no necesito más que tres: amarillo, negro y ocre. La visión tiene un claroscuro violento de aguafuerte, porque sólo un sol vivísimo puede dar la dolencia en el contraste. Casi todos los pintores de Castilla pintaron con esos tres tonos. La tierra, de oro; las sombras, negras; las carnes, sienosas. Porque la luz de nuestro solar es tan cruda, que embadurna los claros de jalde, y las sombras de negros vivísimos. He aquí cómo el refajo de una aldeana es nota de color en la monotonía del paisaje. Todo el paisaje de Castilla se dora al sol y empardece bajo el gran nubarrón. El mismo verde rancio de las viejas encinas, pardo es también por milagro del tiempo. Sólo los cielos velazqueños y las noches sin luna tiñen de azul el inmenso sayo franciscano de la llanada. Pero Castilla es así: recocida, sedienta.

Y los hombres — terrazgueros —, los que de la tierra viven y en la tierra hincan la rodilla, y en la tierra pudrirán su huesa, también están sedientos y cocidos. Se dirían figuras de barro pasadas por el horno de alfarero, saltadas aquí en un chirlo que enseña el hueso de santo y pintadas allá con chafarros de sangre. Yo vi en algunas catedrales añejas un orante y una imagen, y no sabía de cierto cuál era el hombre y cuál la talla.

En verdad que la hilera cotidiana, la que discurre

por los caminos — mendigos, yunteros y trajinantes —, se diría que abanónó un retablo de boj y echó á andar milagrosamente. Porque son duros como la madera, como esa madera de fibra eterna donde no clava su sierra la carcoma. Tallados, angulosos, sin dulcedumbres bíblicas ni pálidas transparencias. Como la tierra. Terrones modelados vueltos en un tabardo tan duro y seco, que parece partirse en los pliegues como cortezas despegadas del árbol. Y se piensa entonces que han nacido autógenos, de una caliza, sin otro génesis que el sol y la tierra fermentando como una raíz, desarrollándose como un gusano, cubriéndose con un caparazón dermático, como el escarabajo. Tienen la uña corva del alacrán, y los ojos vivos, menudos y fugaces de la langosta.

A veces, estos terrazgueros — figuras de alfar —, páranse á contemplar un hormiguero. Y como son muy dados á la contemplación y al éxtasis — mecidos en la cuna de los místicos —, viendo á las buenas hormiguitas, miran su propia vida retratada. Como ellas, siguen á lo largo de los caminos un día y otro día, porteando el grano y la paja para encerrar en la troj — ¿no es la troj un hormiguero? —, temerosos de todo, pero pacientes. Y cuando uno se muere, los otros arrastran su cadáver al camposanto — ¿no es el camposanto una troj eterna? —. Y los terrazgueros que se detuvieron sobre el mojón de cruce ó en las gradas del calvario, para hacer colación ó rezar un rezo, viendo cómo las menudas hormigas tiran y tiran con dilatado esfuerzo de aquella otra gigante y zamba que murió, piensan

que en las llamadas lampas no tienen más valor los hombres sufridos que esos animalitos de Dios.

Y por eso en estas tierras de pan llevar, pobres desde que los tiempos de las gestas se hicieron legendarios con su riqueza y poderío, los nietos de Juan Bravo tienen una resignada pasividad.

— ¡Malos tiempos que corren! — plañe el mendigo.

— ¡Dimpués ya vendrán mejores! — canta la moza.

— ¿Y qué más da, si no vienen? ¡Pa lo q' hay que ver! — añade la vejancona, amarilla por la ictericia y el hambre.

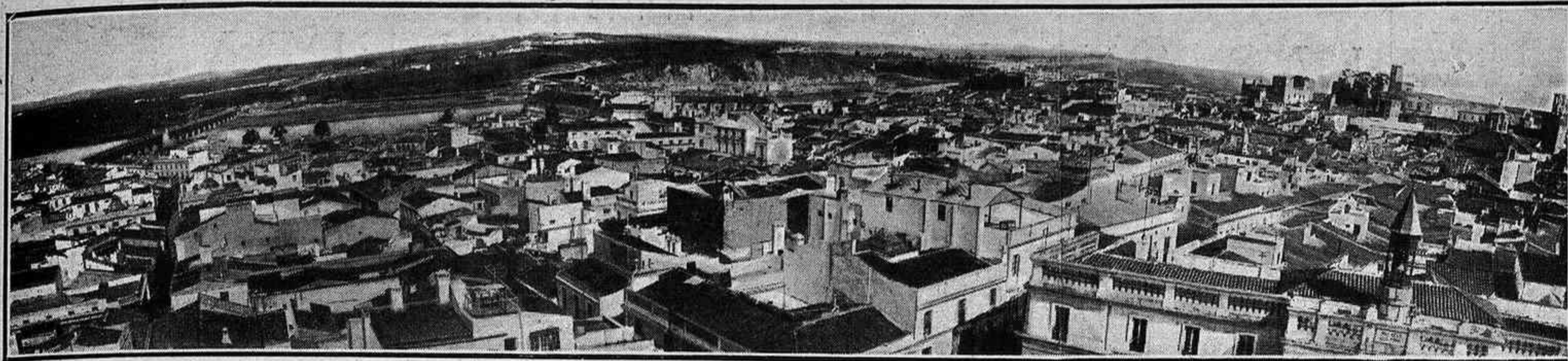
¡Pobres villanos, sin sed, sin amor ni rebeldía! Como esos perros lazarillos que van á la zaga del hampón olfateando lo que les sale al paso, sin dar jamás un tirón de la cadena, convencidos de la inutilidad del esfuerzo. ¡Ay, lazarillos de Castilla, que ya perdisteis el humor del de Tormes!

Cuando á la tarde, tramontano el sol, las yuntas vuelven y las huebras tornan, vienen detrás los tristes terruñeros con una silueta de fatiga, de una fatiga más angustiosa que la del cuerpo, de una fatiga del espíritu, que es desesperanza.

Y se diría que no habían sido puestos en este retablo de miserias que se llama mundo, sino como figuras ornamentales en el fondo ocre y pardo de la tierra llana. Tallas vivas, tallas tristes. Figuras de barro cocidas en el horno de un alfar. Contrastes violentos de trazo genial que Dios pintó con el dedo del castigo.

LUIS FERNANDEZ ARDAVIN

DIBUJO DE CEREZO VALLEJO



Vista panorámica de Badajoz

CAPITALES DE ESPAÑA



BADAJOZ

DICE Estrabón que doscientos ocho años antes de Cristo existía en Badajoz un grupo de población; la antigüedad hace venerable el origen de la *Civitas Paris*, de la *Pax Augusta*, que Viriato rescató de los romanos. Recuerdos arqueológicos de esta época hacen presumir que Badajoz era una importante Colonia. Después, la provincia extremeña sufrió la suerte del resto

Los portugueses lucharon por separarla del dominio castellano, pero fué mantenida para Castilla y León por los Monarcas de estos reinos, siguiendo en vasallaje musulmán.

En tiempos de Sancho IV hubo grandes luchas civiles dentro de la misma población, como dice el poeta:

Allá, dentro de Badajoz,
dos bandos hay muy contrarios:
uno, los portugueses
contra de los Bejaranos.

Pueblo de tradiciones, aún conserva la del caballero portugués que robó el estandarte de la plaza el día de la festividad del Corpus; cara pagó su valentía ó su estupidez. Sin duda, como eterno dolor ó como recuerdo perenne, en la procesión del día citado iba delante un gran caldero, que traía á memoria aquél en que murió, abrasado por aceite hirviendo, el atrevido lusitano. En justa correspondencia, los vecinos de la plaza de Elvas paseaban, á igual hora y con semejante pompa, el estandarte robado...

Mantiénese vivo este recuerdo de luchas pasadas entre portugueses y extremeños; son ejecutorias de actos que entonces merecían la admiración de gentes que se creían de raza distinta, sin relaciones de convecindad: enemigos; hoy vamos en busca de una aproximación que, seguramente, no se obtendrá con jactancias y recuerdos del pasado, que debieran hacerse desaparecer.

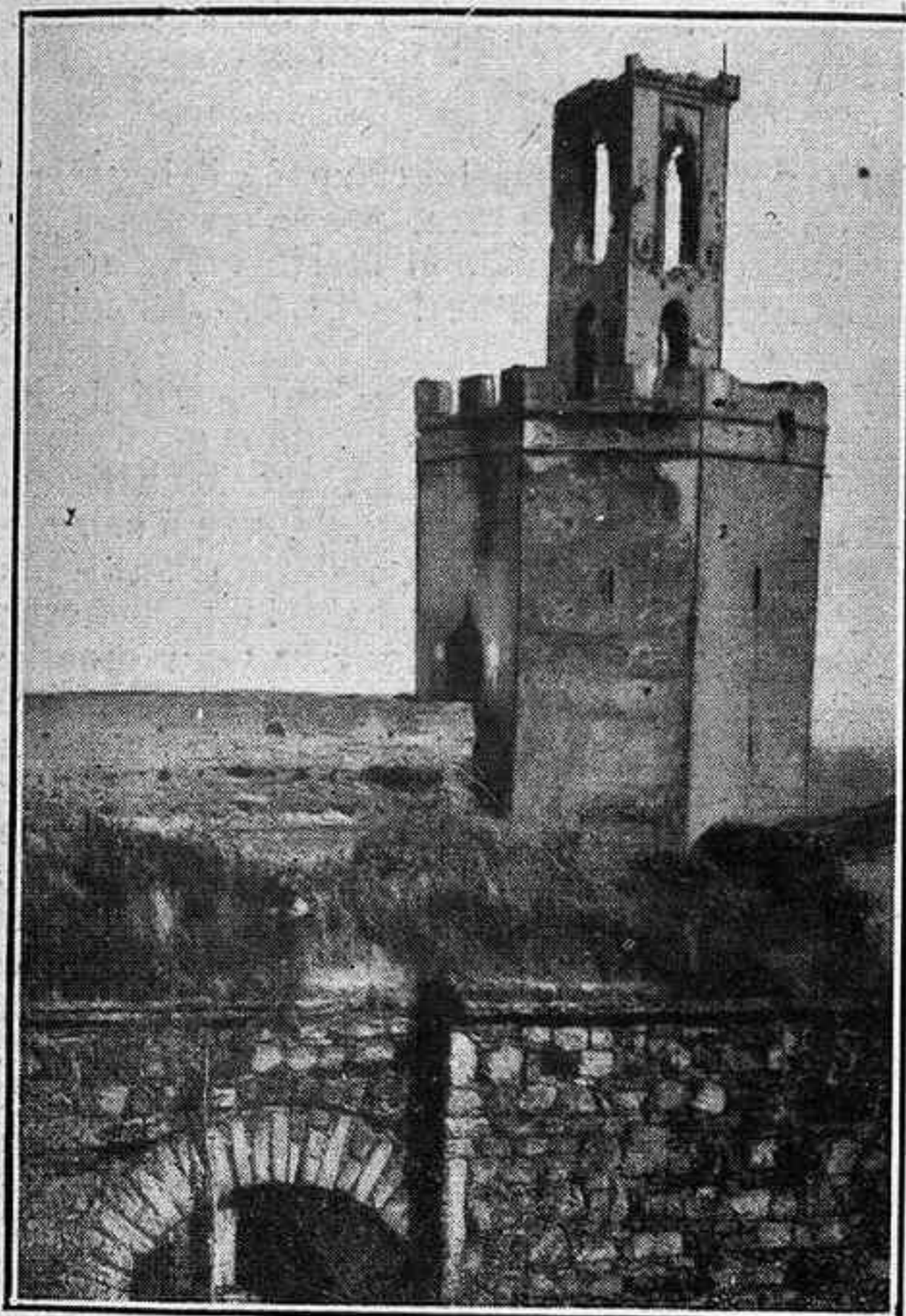
Badajoz tiene una catedral, la Pacense, digna de visitarse, y más de considerarse como ejemplo de tolerancia religiosa, puesto que fué levantada en sus orígenes hacia los tiempos de los árabes. La capilla primitiva se fundó en el siglo IX, y la catedral actual en 1232, durando cincuenta años los trabajos de su fábrica. Entre los edificios religiosos con que cuenta se pueden citar: Santa María, San Andrés, el Sagrario y la Concepción. Conventos de monjas, templos sin gran importancia y ermitas.

Ciudad fronteriza, no podía por menos de tener medios defensivos, sobre todo, desde el momento en que de ella había de partir la invasión hacia Portugal. Así aconteció que en 1680 estaban terminadas las obras defensivas. El frente de San Cristóbal y el de Praderas han jugado importante papel en el aspecto castrense de la capital extremeña.

Y en este aspecto, en la guerra de la Independencia,

como antes con Portugal, saben los extremeños dar sus notas de valor y vencer á los ejércitos franceses. No es historia de lirismos la de esta tierra, pero sí de sacrificios y de realidades.

De este conjunto de recuerdos del pasado, y de almas templadas en la lucha, ha surgido el Badajoz moderno, el Badajoz higiénico, con paseos,



Torre de Espantaperros

de España: dominaciones diversas, luchas continuas, despojos de los árabes... Aún se conserva hoy, con la torre llamada de *Espantaperros*, el recuerdo de aquella campana que tañía en defensa de la grey cristiana. Corte musulmana, en el reinado de Gapor alcanzó relativo esplendor y, más tarde, fué centro de gran cultura, allá por los siglos XI y XII.

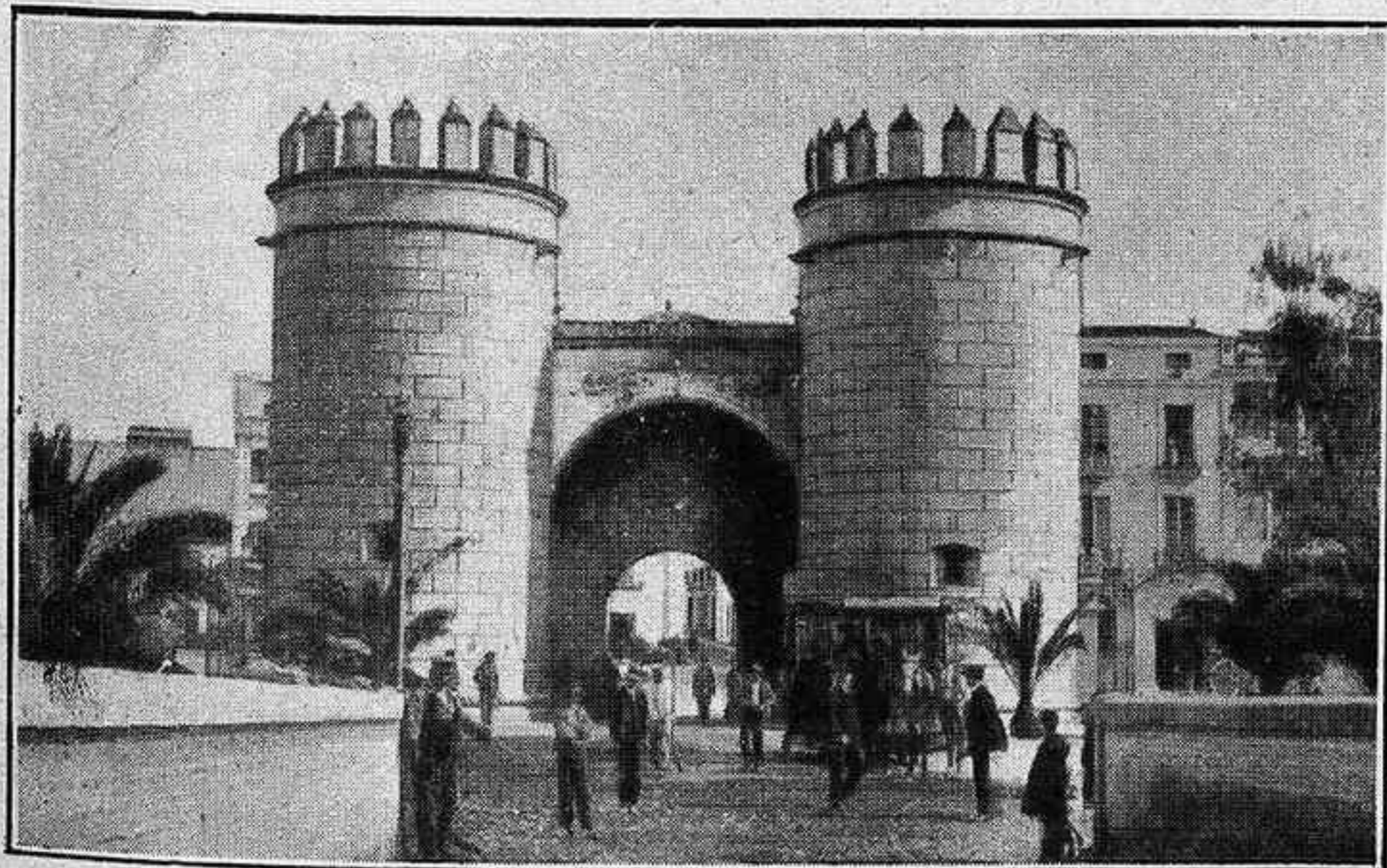


La Puerta Pilar

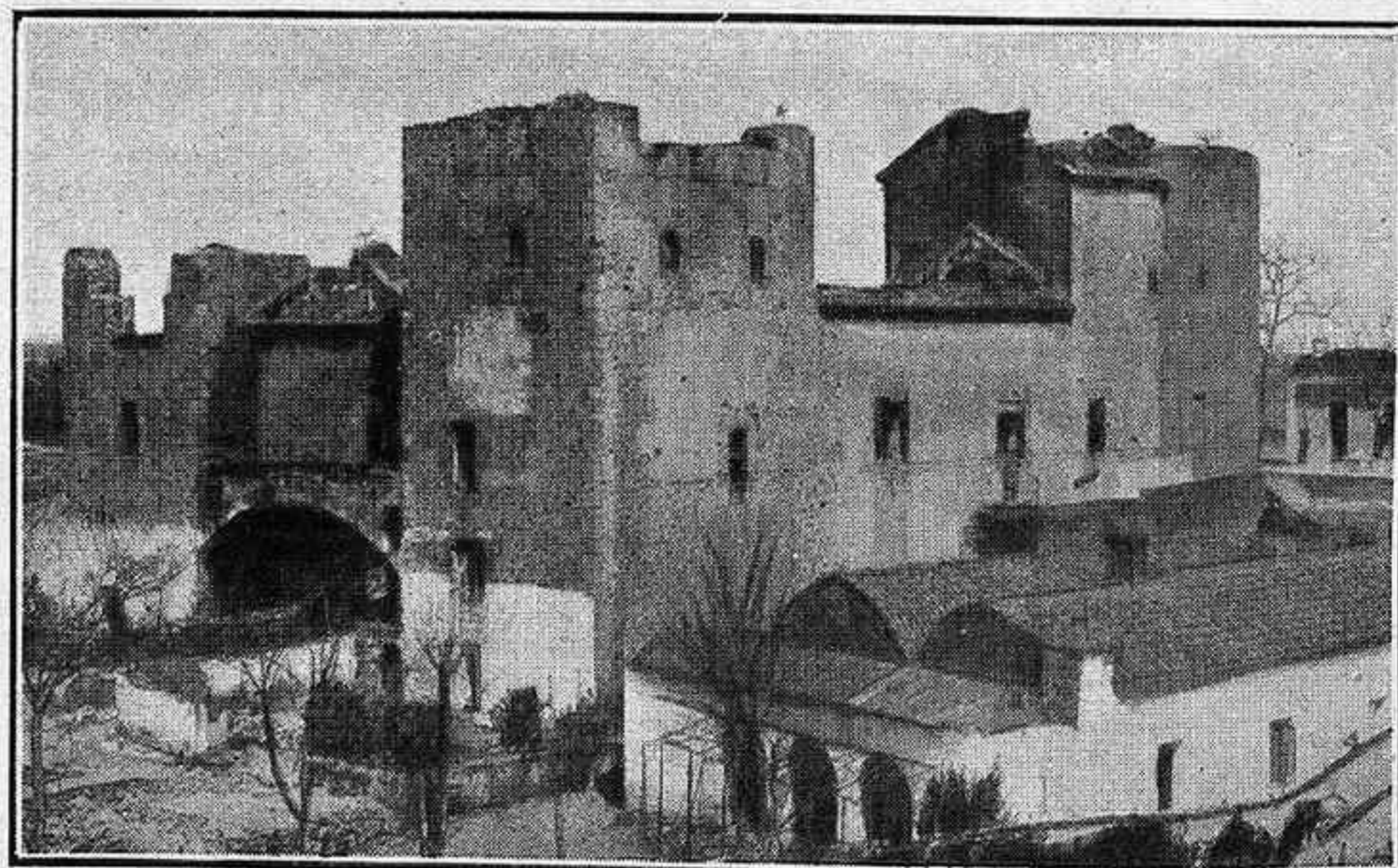
con casas nuevas, edificios públicos apreciables, escuelas, palacios... La urbe moderna quiere seguir siendo la *Pax Augusta* de Viriato, la vanguardia hispana en Lusitania, pero con todos los mejoramientos del progreso y de la cultura.

FEDERICO PITA

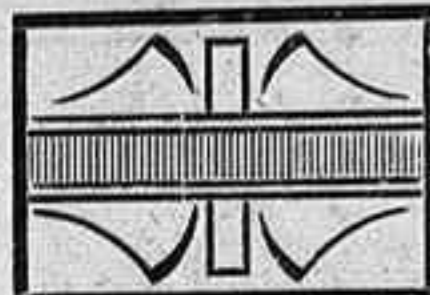
FOT. BIENVENIDO



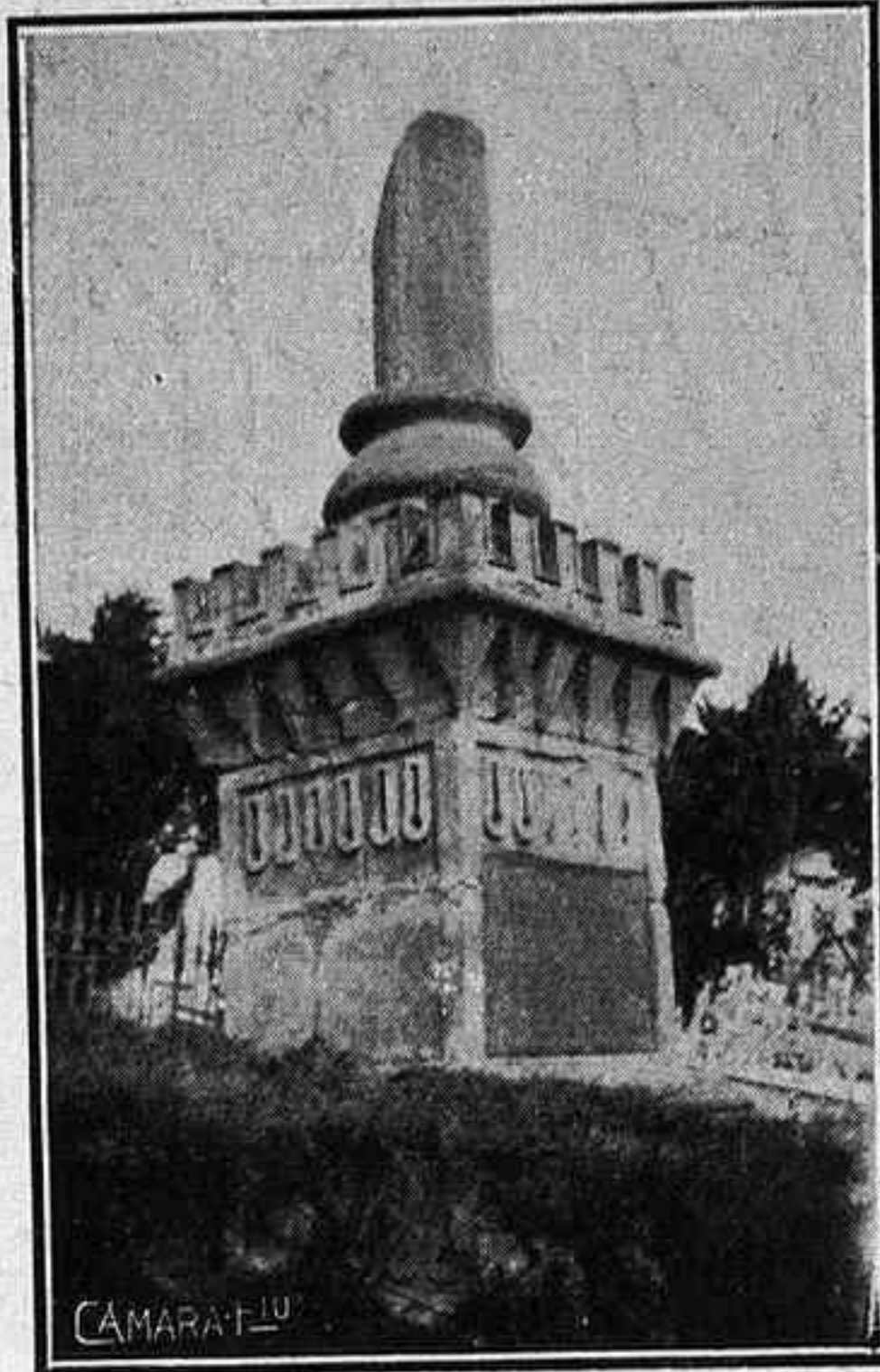
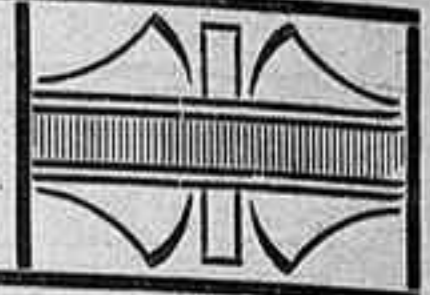
Puerta Palmas



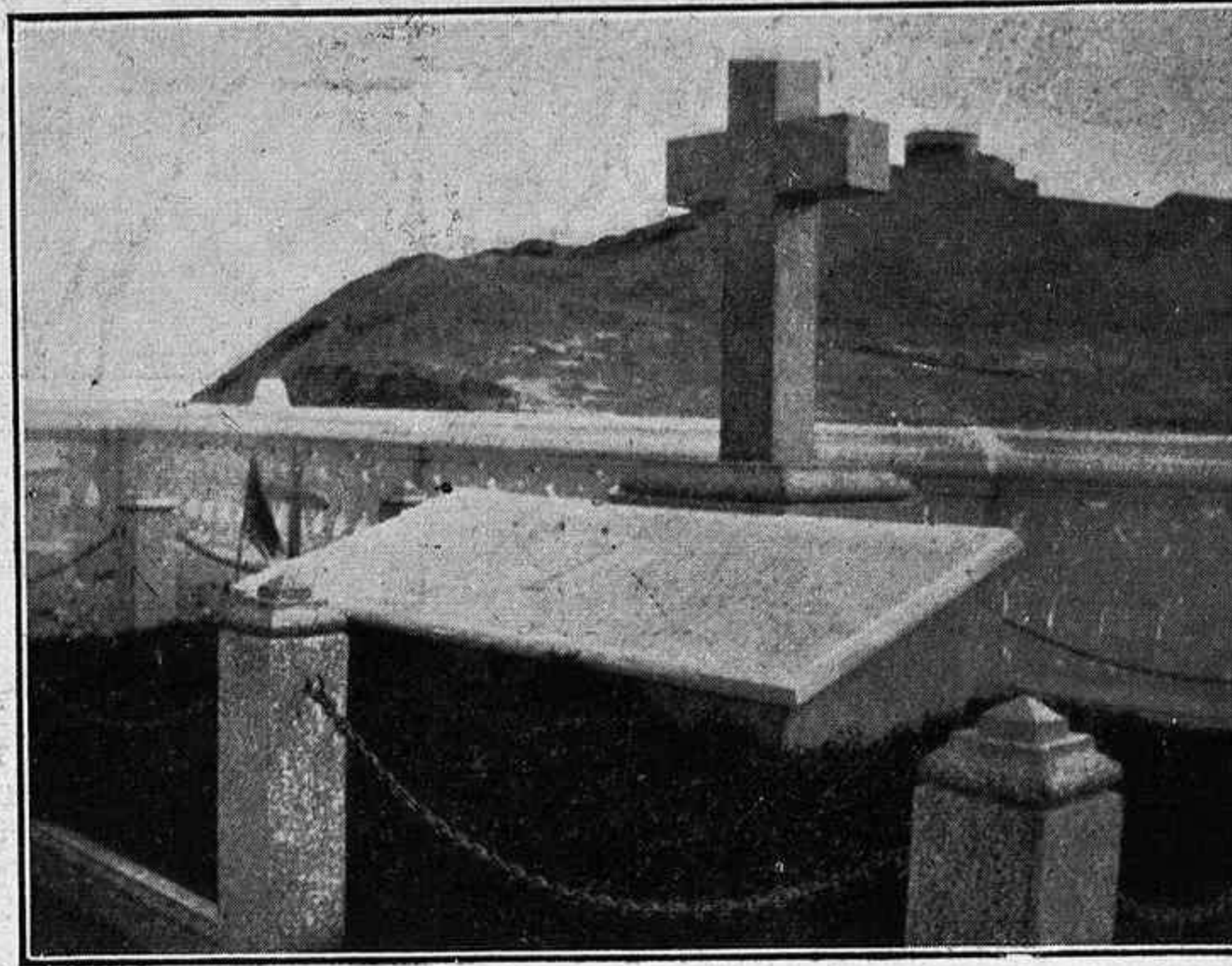
Ruinas del Castillo



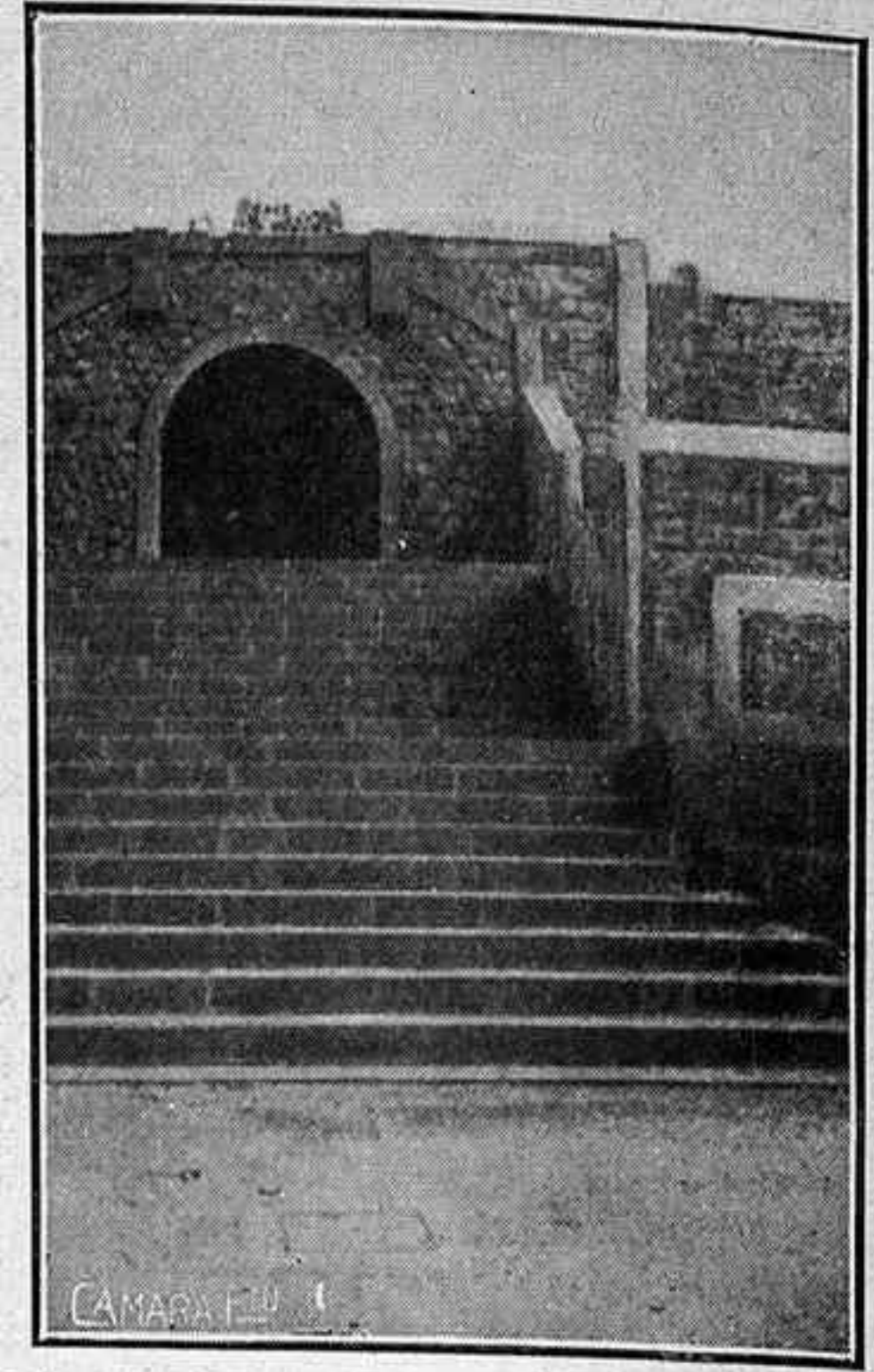
AGUAFUERTE
LAS TUMBAS DE LA GUERRA



La almena del señorial castillo, símbolo de fortaleza; la columna, rota como el vaso de vida que se rompió. He aquí la tumba de un soldado que murió en 1893.



En la cumbre, en fila sus cañones el fuerte de Ataque Seco; á sus pies, como libro abierto que canta una epopeya, la tumba de los héroes del convoy de Araal, una de las páginas más dolorosas de las campañas de Africa



El panteón de los héroes de las campañas del 1909, 1910, etc..., semejante á la cueva troglodita horadada en la roca por un pueblo de titanes

ESTAMOS en el mes de los muertos; la piedad cristiana ha querido consagrarles un día de piadosa recordación; pero aunque en el Calendario Romano no rezase esta fiesta en honor y recuerdo de los que fueron, estas tardes grises del otoño, que agoniza con chapoteo de la lluvia que cae en las rojizas hojas, secas, que tapizan los campos de naturaleza muerta...; ese aire, frío y cortante como la guadaña de la Intrusa; y el plumizo color de un cielo de tristes crepúsculos..., todo evoca la hermosura de lo que fué, la belleza de una vida germinadora que se extinguió.

Días grises de Verlaine y de Musset; días pálidos, que vibráis en las cuerdas del arpa de Bequer; días en que lloran los sauces y musitan los cipreses salmodias de funeral, cuando tiemblan ante los vientos que agitan sus ramas, sois siempre tristes evocadores de la Muerte, que tiene en su tez el color del sudario que entolda el cielo, y en sus vientos, el clamor que arrancáis al amor que llora el amor que murió.

Y entre los recuerdos que ha dejado en mi alma esta romería anual de los muertos, en que vamos á llorar sobre las tumbas, quedó, con trazo indeleble, mi visita á las tumbas de la guerra, aquellas tumbas que se alzan bajo el sol africano, donde yacen los héroes que, con el sacrificio de sus vidas, han escrito la última epopeya hispana.

Yo había visto sus despojos, sangrantes, entre la bruma de la pólvora, en los momentos épicos del combate; yo vi aquellos convoyes de la Muerte, severos como un aguafuerte de Goya, en que, cargados sobre el recio lomo de los mu-

los, iban evacuados al Hospital de Sangre; aquella carga de humanas y desgarradas piltrafas, en que alentó una vida pletórica de juventud.

Era la carne brava de los mozos de Castilla; eran los mozos de Aragón, de Andalucía, de Levante, de Extremadura, de Vasconia, astures, gallegos... Abandonaron los trigales castellanos, las huertas valencianas, las montañas de la recia Cantabria, las minas astures, los prados de la Arcadia gallega; la Patria los llamó; les exigió su juventud y sus bríos; el temple de acero de sus almas; el nervio varonil de su bravura. Les dió un fusil... y les exigió más: el gesto trágico de la muerte en sus labios cárdenos, donde murió la flor de una juventud.

Y allí, caldeadas por el sol africano, están sus tumbas; tumbas bellas, como el sacrificio que mató los cuerpos que se pudren en su recinto.

¡Cuántas cosas pensó mi mente en aquel cementerio de Melilla! Cementerio muy burgués, de cuidado tapial y más cuidados jardines, pero recio y fuerte como todo cuanto existe en aquella ciudad de guerra, de moros arrogantes, de cristianos bravíos y de judíos patriarcales, como los profetas de Israel.

Alzase bajo el anfiteatro de guerreras montañas; frente por frente, el altivo Gurugú; á su espalda, el fuerte de Ataque Seco, y, circundándolo, como férreo collar, los fuertes de Camellos, San Lorenzo, Rostrogordo...

Y allí está el panteón de los héroes, monumento de ciclopes trogloditas, que parece cavado en la dura roca; la almena, coronada por una columna rota, símbolo de aquella vida, que también se rompió, de un heroico soldado del batallón Dis-

cipinario, muerto en la campaña del general Margallo—. Ved esa otra, que se levanta á las faldas del monte, donde el fuerte enfila sus cañones...: es la tumba de los héroes del convoy de Araal...

Y en este piadoso día de la romería de los muertos, los que, como los antiguos gladiadores de Roma, pueden decir al sol que los baña con sus rayos: «¡Ave César, los que van á morir te saludan!»; los que quizás un día no muy lejano irán también á descansar bajo la misma cruz, acuden á esas tumbas de guerra para ornarlas de flores, de flores rojas y gualdas como la bandera, que exige el valor, la sangre y la vida de sus heroicos defensores...

Pero, sin embargo, hay en esto tanta grandeza, que ante ellas, por la inmortalidad de la muerte del héroe, no se siente todo el horror de la tragedia; el frío trágico viene después, en aquella hilera de nichos, al leer en una de sus lápidas: «Manuel Villacampa...» No dice más... La tragedia continúa más allá de la tumba, ya que en aquella lápida, de mármol negro, quedó el estigma de una vida, y una carrera que se cortó con la loca aventura de un hombre soñador.

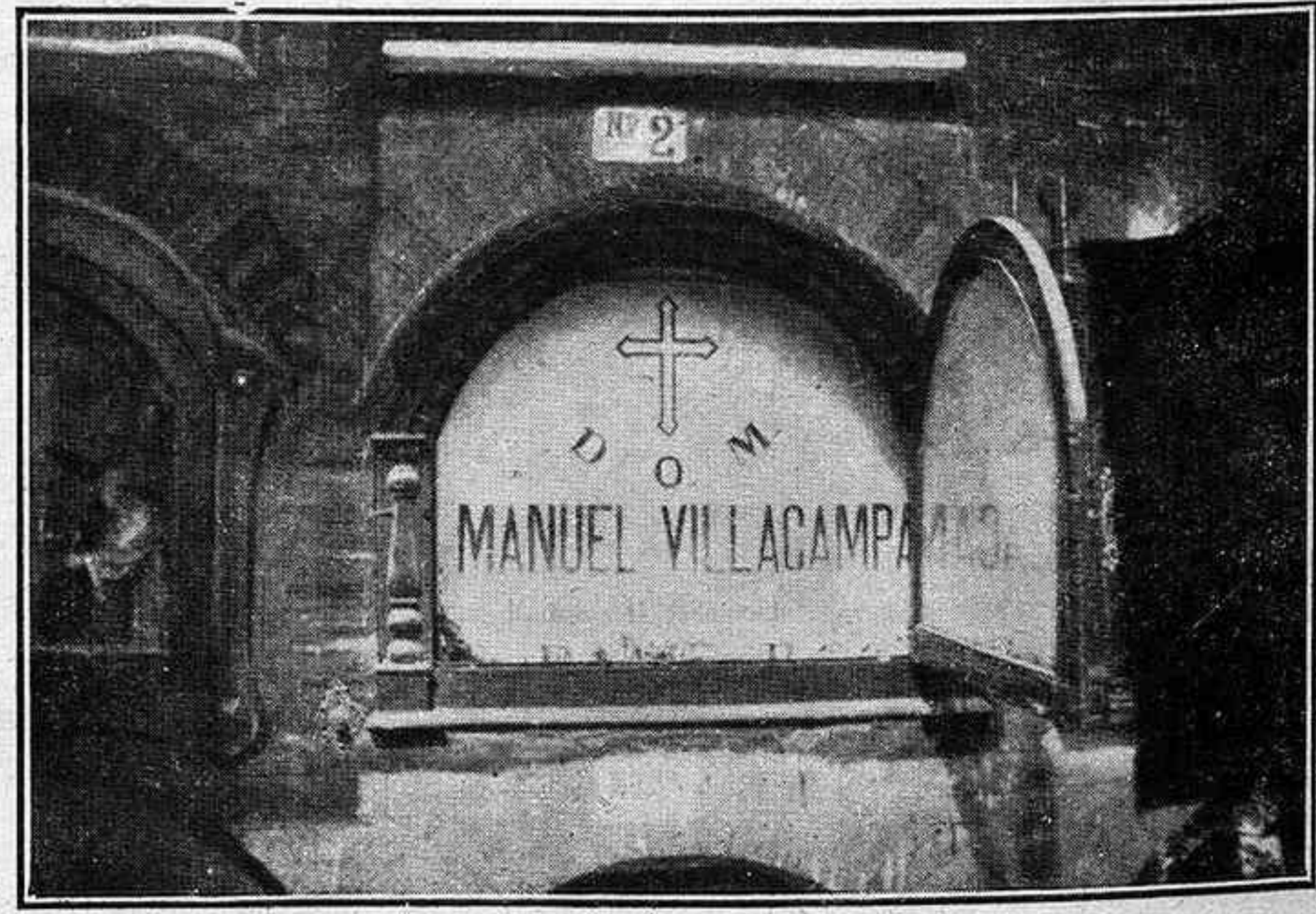
Es trágico, sumamente trágico, visitar un cementerio donde en cada lápida grabó el cincel un nombre y una jerarquía del Ejército, y encontrarse entre ellas una que solamente dice: «Manuel Villacampa», sin que el buril haya esculpido debajo: «General de los Ejércitos Nacionales.»

JAIME MARISCAL DE GANTE

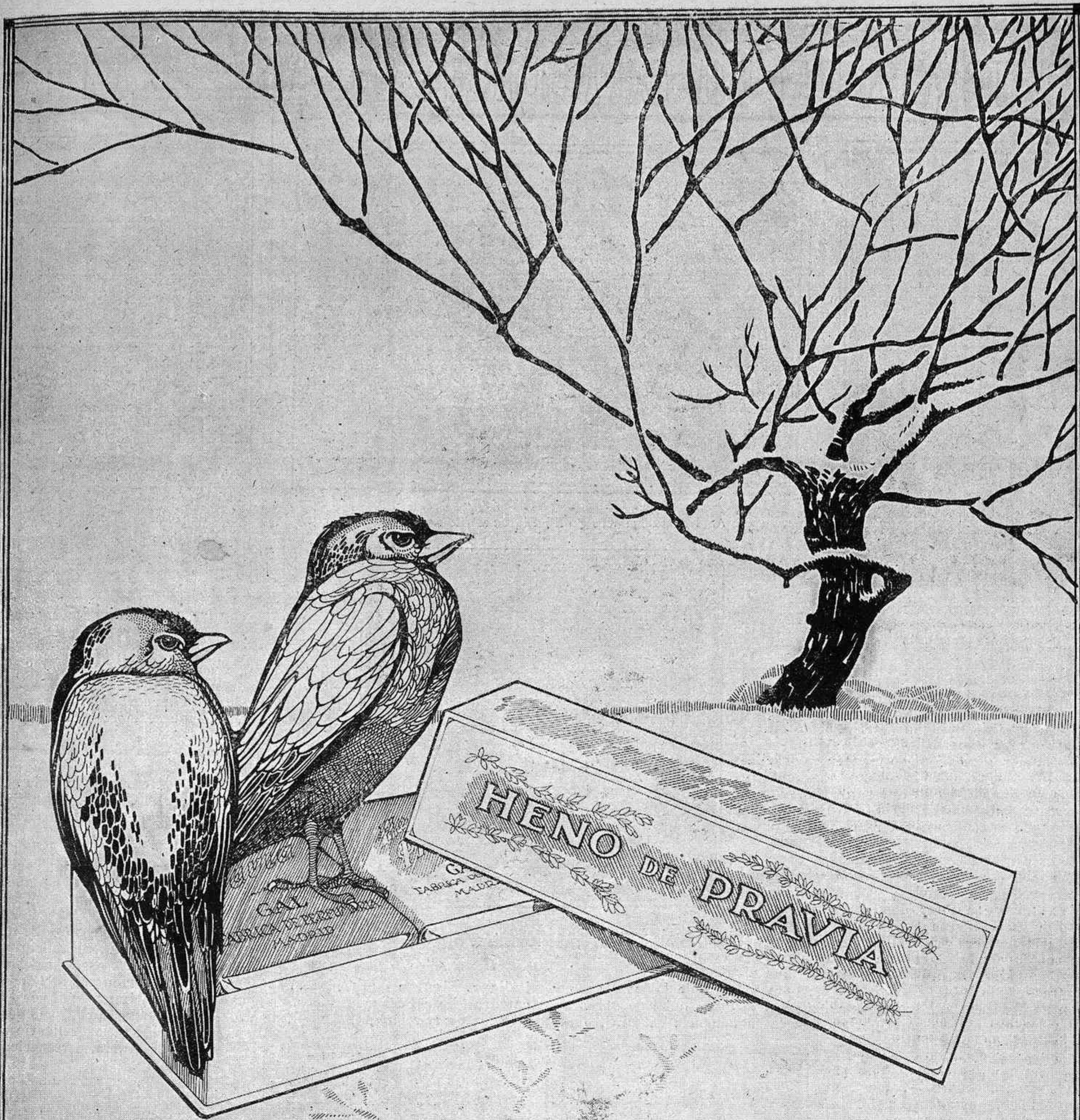
Melilla, Noviembre de 1920.



Los que van á morir, el día de la romería de los muertos, depositan sus flores en las tumbas de la guerra



La tumba trágica: Aquí reposan en Melilla los restos del que fué general Villacampa



POR SU AROMA SUAVE Y DELICADO, EL

JABÓN HENO DE PRAVIA

evoca en todo tiempo la fragancia de la primavera.

1,50 LA PASTILLA
EN TODA ESPAÑA

PERFUMERÍA GAL

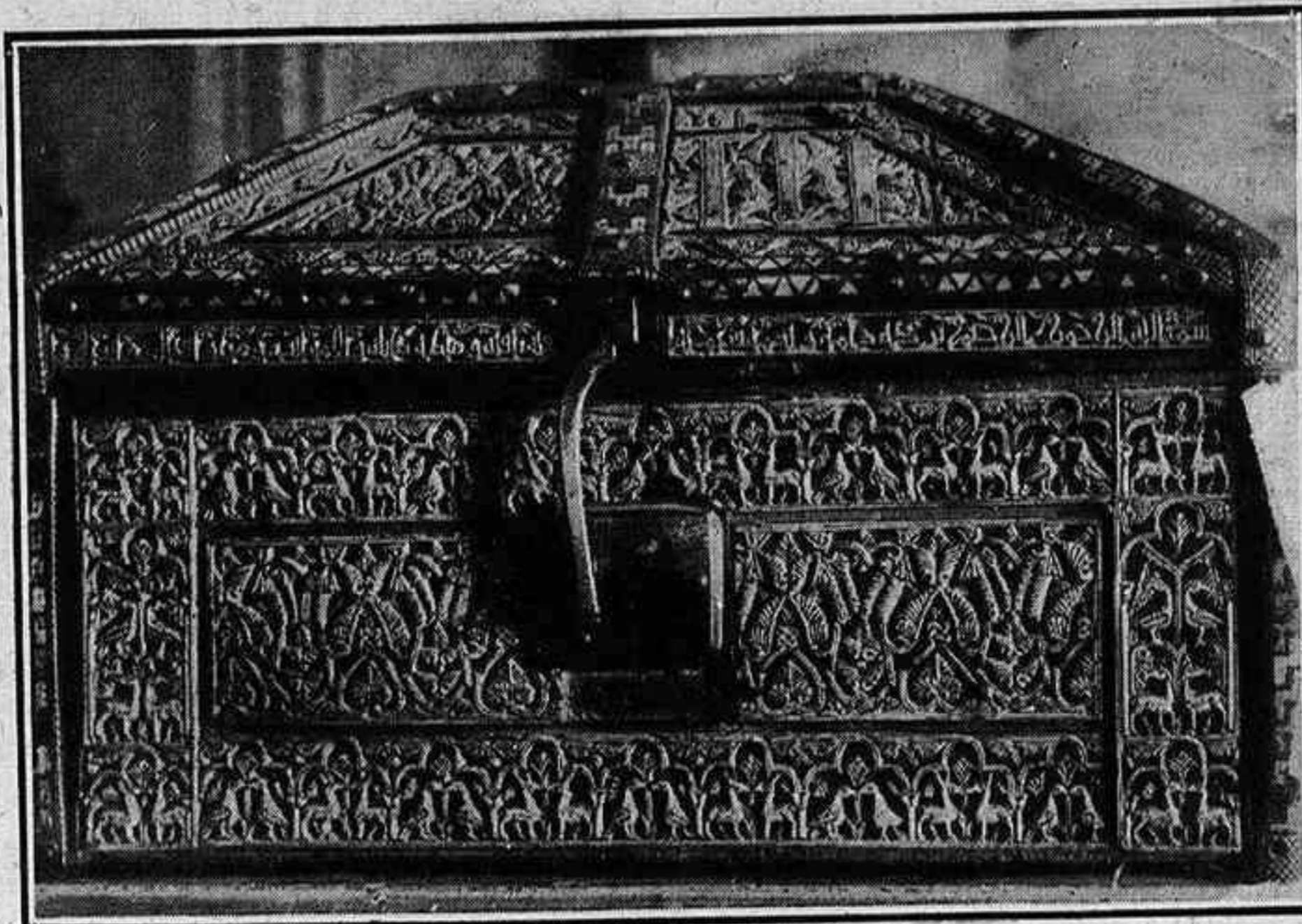
MADRID



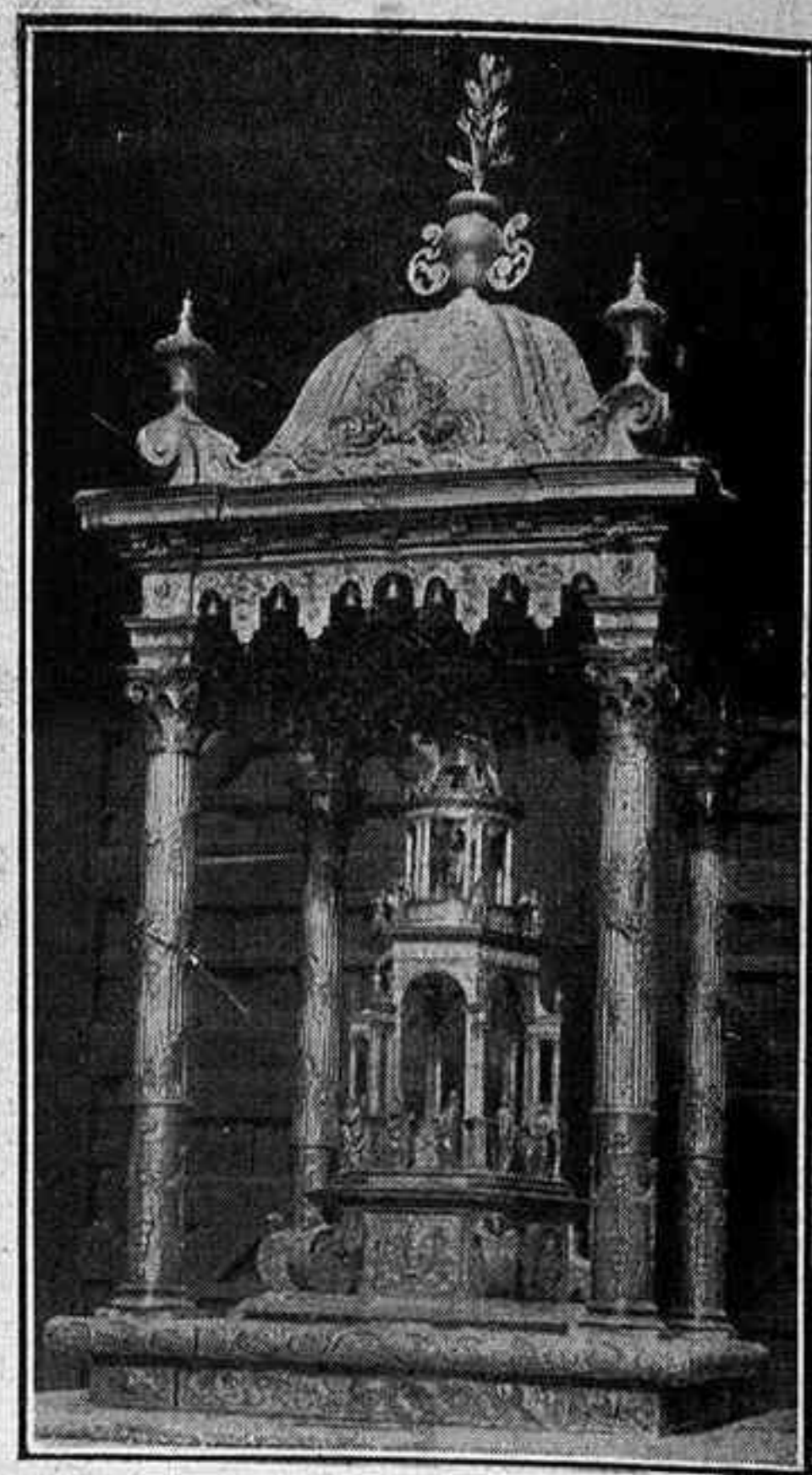
JOYAS DE LA CATEDRAL DE PALENCIA



Portaviático, de plata repujada, estilo y factura castellanos



Arqueta arábica del siglo XI, de gran mérito arqueológico

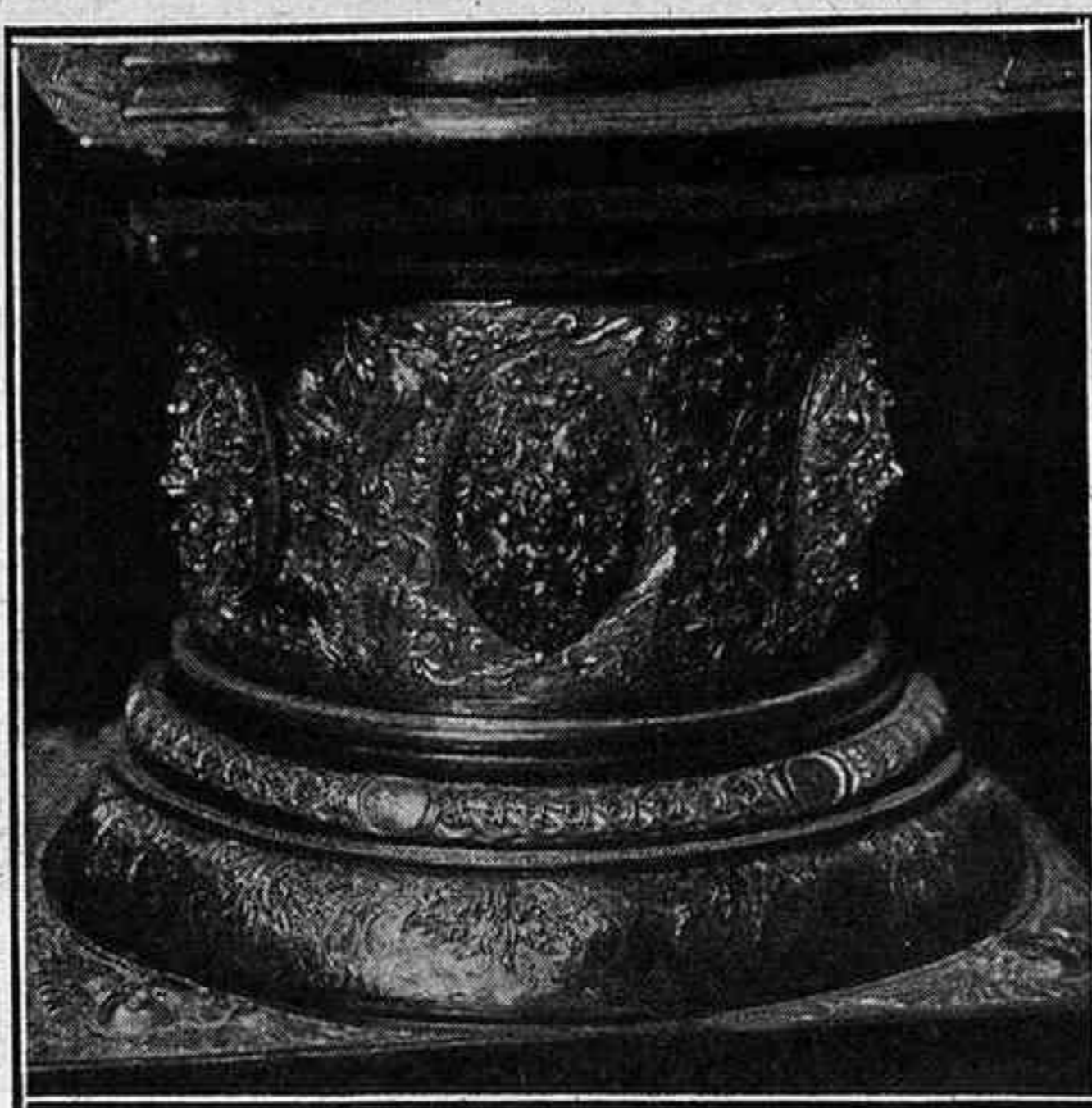


Custodia, de plata repujada y cincelada, de Juan de Benavente

Pocas catedrales españolas poseerán un tan considerable y valioso tesoro de obras de arte como la catedral de Palencia, tanto en escultura, pintura y orfebrería, como en tapicería y ropajes bordados.

No enumeraremos aquí, de una manera detallada, todos y cada uno de los objetos que constituyen la riqueza de la catedral palentina. Nos limitaremos á mencionar tan sólo lo más notable que en ella se encierra, y á reproducir algunas interesantes fotografías.

En pintura posee joyas admirables, como el tríptico del trascoro, las tablas del retablo mayor (obra de Juan Flandes); y otras muchas del siglo XVI, cuyos autores, de nombre desconocido en su mayoría, fueron sin duda alguna grandes artistas, flamencos y castellanos. Asimismo pueden considerarse de gran valor artístico, y de singular mérito arqueológico, las soberbias esculturas que rematan el altar mayor, obra maestra de Pedro Manso y Juan de Valmaseda. Figuran también en el valioso caudal de obras escultóricas con que se halla enriquecida la mencionada catedral, obras admirables, de meritisimos artistas del cincel, ejecutadas con arreglo á las normas estéticas de los bellísimos estilos gótico, plateresco y renacimiento castellano. Al gótico florido corresponde el magnífico trascoro, inimitable y sutilísimo trabajo, cuya pureza de ejecución ha sido elevada á su grado máximo, y en el que impera el más exquisito gusto.



Pie de un relicario de San Antolin, delicadísimo trabajo de orfebrería italiana

En rejería, conserva la catedral de Palencia ejemplares notabilísimos, cual son las rejas de la capilla mayor y la del coro, labradas por Andino y Gaspar Rodríguez, de Segovia, á mediados del siglo XVI.

En el Museo Arqueológico de Madrid se conserva la bellísima arqueta arábica del siglo XI, la cual formó parte del tesoro de la sede catedralicia de Palencia, y que, por constituir una joya excepcionalísima, fué incorporada al citado Museo.

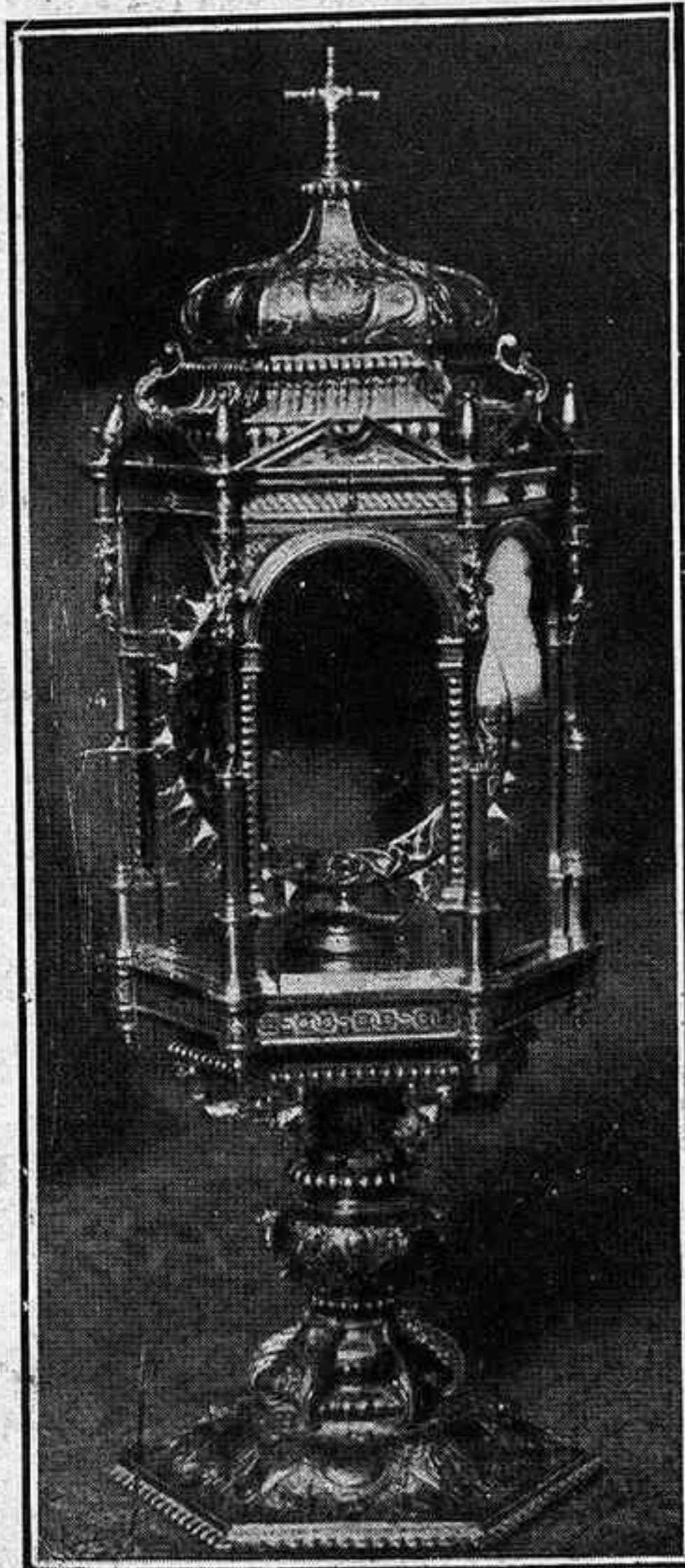
Los ropajes bordados y los tapices de la catedral de Palencia, son asimismo notables y numerosos, y otro tanto acontece con los objetos de orfebrería que en ella se conservan. Mencionaremos, en primer lugar, la soberbia custodia, de plata cincelada, incomparable obra del renacimiento castellano, y, después, el relicario de San Agustín, admirable trabajo de orfebrería italiana. Figuran también en el soberbio caudal de riquezas de la citada catedral, los cálices magníficos, de la época del renacimiento; el portaviático, de plata repujada; el viril, de Villasilos, del más puro estilo gótico plateresco, y los relicarios, de plata esmaltada, pertenecientes al siglo XV.

Sería en extremo curioso conocer la historia de cada una de estas obras de arte, y la forma en que pasaron á ser propiedad de la catedral de Palencia; pero ello sería tarea harto prolija y extensa para un trabajo de esta índole. — A. DEL C.

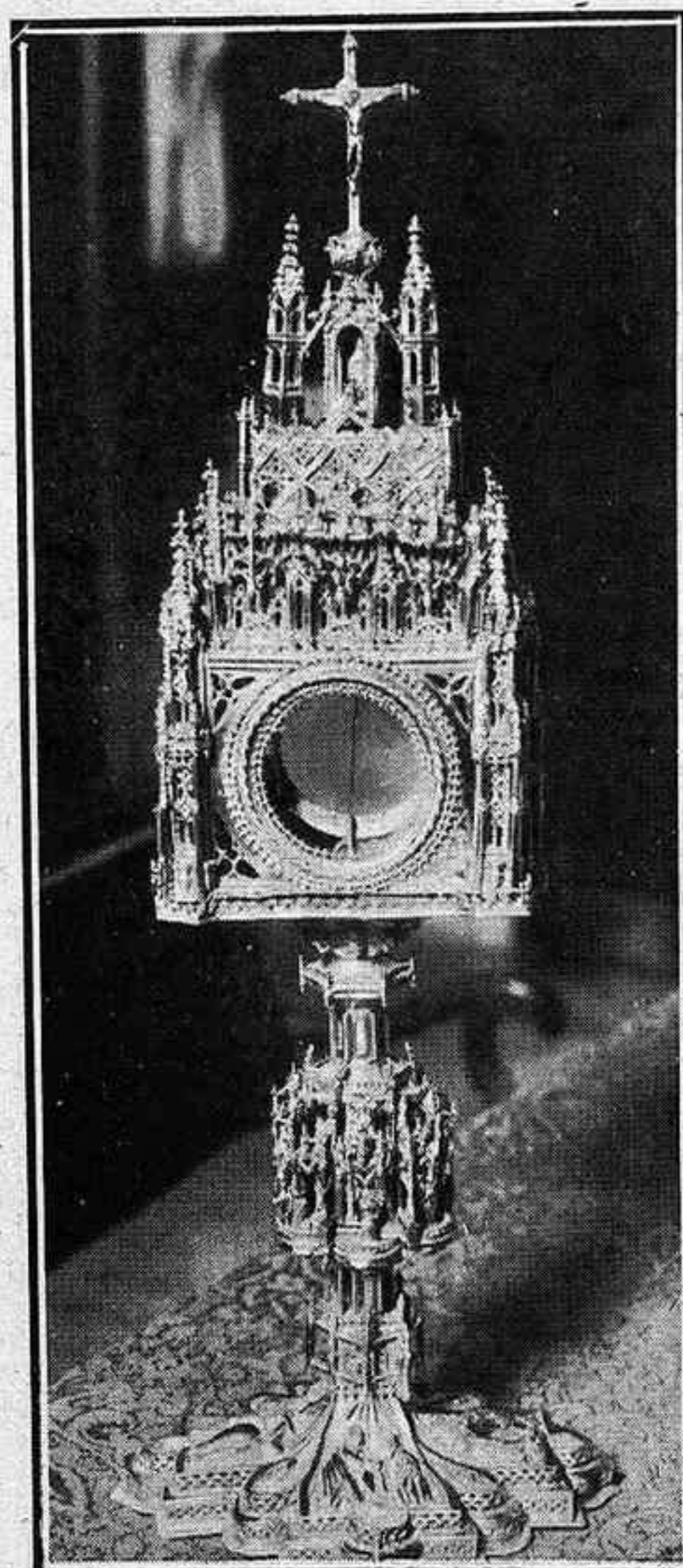
FOTS. ALONSO



Cáliz de plata del renacimiento



Viril plateresco de Villasilos



Viril de la custodia de Juan de Benavente



Cáliz de plata del siglo XVII

El regalo
más acertado



Gemelos Prismáticos
para Viaje, Campo, Sport, Caza, Marina

GRAN LUMINOSIDAD :: CAMPO MUY EXTENSO

Gemelos de Teatro

DE VENTA EN LOS ALMACENES DE ÓPTICA

Pídase el prospecto "T 438"

BERLIN, HAMBURG,
WIEN,

MILANO, NEW-YORK,
TOKIO

Casa en BUENOS AIRES: Balra ce, 160

SE VENDEN los clichés usados en esta Revista.
Dirigirse a Hermsilla, número 57.

Salsa LEA & PERRINS

Da un picante muy agradable
y un olor estimulante, á la
CARNE, PESCADO,
SOPA, AVES DE CAZA,
QUESO, ENSALADAS, etc.

Fijense en la firma
en blanco

Lea & Perrins
sobre la etiqueta
roja de cada botella.

La verdadera y original WORCESTERSHIRE SAUCE.

Agente de "Prensa
Gráfica" en los Estados
Unidos: **Compañía
Hispano-Americana**,
156, West 14TH Street,
New-York.

Agente de "Prensa
Gráfica" en Méjico, **D. Ni-
colás Rueda**. Avenida
del Uruguay, 55. Aparta-
do de Correos 2.546.

Para toda la publicidad
extranjera en "Mundo
Gráfico" y "La Esfera",
dirigirse á la Agencia **Ha-
vas**. 8, Place de la Bour-
se, Paris; 113, Cheapside,
London E. C., y Precia-
dos, 9, Madrid.

"La Esfera" y "Mundo
Gráfico". Unicos agentes
para la República Argen-
tina: **Ortigosa y C.^a**,
Rivadavia, 698, Buenos
Aires. Nota: Esta Empre-
sa no responde de las sus-
cripciones que no van he-
chas directamente en la
República Argentina por
nuestros agentes Sres. Or-
tigosa y C.^a, únicas perso-
nas autorizadas.

Delegación de "Prensa
Gráfica" en Portugal, **don
Alejo Carrera**. Rua

Aurea, 146, Lisboa, y rua
Santa Catalina, 53, Oporto.

Para anuncios y suscrip-
ciones dirijanse á las de-
legaciones de "Prensa
Gráfica" y "El Sol" en
Baleares y Cataluña
(Ibiza, Formentera, Ca-
brera, Mallorca y Menor-
ca.-Barcelona, Tarragona,
Gerona y Lérida), á Bar-
celona, Rambla de Cana-
letas, 9. Director: **D. Joa-
quín Montaner**.

En **Andalucía** (Cór-
doba, Sevilla, Huelva, Cá-
diz, Málaga, Granada, Jaén
y Almería), á Sevilla, ca-
lle de Albareda, 16. Di-
rector: **D. Ramón Gar-
cía Lara**.

En las **Vascongadas**
y **Navarra** (Alava, Viz-
caya y Guipuzcoa.-Nava-
rra), á San Sebastián, ca-
lle de San Ignacio de Lo-
yola, 1. Director: **D. Pe-
dro Garicano**.

En **Levante** (Valen-
cia, Castellón, Alicante,
Murcia y Albacete), á Va-
lencia, Plaza de Canale-
jas, 2. Director: **D. Am-
brosio Huici**.

CALVACHE

FOTÓGRAFO

Carrera de San Jerónimo, 16

TINTAS
LITOGRAFICAS Y TIPOGRAFICAS

DE
Pedro Closas

ARTICULOS PARA LAS ARTES
GRÁFICAS

Fábrica: Carretas, 63 al 71
Espacho: Unión, 21 **BARCELONA**



Mala puñalá te den
y sin entierro te veas,
si no confiesas muy alto
que la crema PECA-CURA
es la mejor de las cremas.

Jabón, 1,50. — Crema, 2,50. — Polvos, 2,50. —
Agua cutánea, 5,50. — Agua de Colonia, 3,50.
6, 10 y 16 pesetas, según frasco. — Lociones
para el pelo, 4,50, 6,50 y 20 ptas., según frasco.

ÚLTIMAS CREACIONES
Productos Serie «Ideal»:

ACACIA, MIMOSA, GINESTA, ROSA DE JERI-
CO, ADMIRABLE, MATINAL, CHIPRE,
ROCIO FLOR, ROSA, VERTIGO, CLAVEL,
MUGUET, VIOLETA, JAZMIN

Jabón, 3. — Polvos, 4. — Loción, 4,50, 6,50 y 20.
Esencia para el pañuelo, 18 pesetas frasco con
estuche.

Cortés Hermanos, SARRIÁ (BARCELONA).

¿Quiere usted
aprender idiomas?
Vaya á la

ESCUELA BERLITZ

ARENAL, 24

Nadie se los enseñará
mejor

ESPAÑA
LA MEJOR COLONIA
CARMEN, 10, ALCOHOLERA

Misterios de la Policía
y del Crimen

¡¡ PÍDASE A ESTA ADMINISTRACIÓN !!



PLUMA FUENTE

noto

Lea Ud. todos
los miércoles

MUNDO GRÁFICO

El papel en que se imprime esta ilustración está fabricado especialmente para "LA ESFERA" por

LA PAPELERA ESPAÑOLA

**CREMA DENTIFRICA
COLGATE**



Dé á su dentadura la blancura de las perlas con el dentífrico COLGATE

AGENTE EN ESPAÑA:
JOSÉ A. PELLA
Alta San Pedro, 4 BARCELONA

BIEDMA

FOTÓGRAFO

23-Alcalá-23

Teléf. 730
HAY ASCENSOR

CASA DE PRIMER ORDEN



TAPAS

para la encuadernación de
La Esfera
confeccionadas con gran lujo
Se han puesto á la venta las correspondientes al primer semestre de 1920

De venta en la Administración de Prensa Gráfica (S. A.), Hermsilla, 57, al precio de **7 pesetas**

Para envíos á provincias añádanse 0,45 para franquía y certificado

**CONSERVAS TREVIJANO
LOGROÑO**

A nuestros anunciantes y suscriptores

Los agentes administrativos de esta Empresa van siempre acreditados en forma que no quede duda de la legitimidad de su representación.

Lo advertimos al público para que no acepte trato alguno con quienes no tengan autorización reciente, carnet de identificación de la casa, sellado con el sello de la misma y firmado por el Administrador Delegado, ni satisfagan el importe de los recibos que les presenten al cobro en nuestro nombre, ni estimen, en fin, garantizados sus intereses por nosotros, que no podemos responder de más gestiones que de las encomendadas á nuestros representantes debidamente autorizados.

ELIXIR ESTOMACAL

de Saiz de Carlos (STOMALIX)

Es recetado por los médicos de las cinco partes del mundo porque tonifica, ayuda á las digestiones y abre el apetito, curando las molestias del

**ESTÓMAGO É
INTESTINOS**

el dolor de estómago, la dispepsia, las acedias, vómitos, inapetencia, diarreas en niños y adultos que, á veces, alternan con estreñimiento, dilatación y úlcera del estómago, etc. Es antiséptico

De venta en las principales farmacias del mundo y en Serrano, 30, MADRID, desde donde se remiten folletos á quien los pida.

IMPRESA DE «PRENSA GRÁFICA», HERMOSILLA, 57, MADRID
PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN DE TEXTO, DIBUJOS Y FOTOGRAFÍAS

Concesionarios exclusivos de LA ESFERA para la República Argentina:
ORTIGOSA Y COMP.ª, Rivadavia, 693, BUENOS AIRES